



## LA CACERÍA REGIA EN MORATALLA

Ante el Palacio de Moratalla y en torno a S. M. el Rey: la marquesa de Viana; el marqués de Estella; el duque de Arión; el conde de Maceda; el Infante D. Alfonso; el marqués de Viana; el duque de Peñaranda; el ministro de Estado, Sr. Yanguas; el embajador de España en París, Sr. Quiñones de León, y otras distinguidas personalidades

(Fots. Santos)



#### LOS DUQUES DE YORK EN LAS PALMAS

El Duque de York, segundo hijo de los Soberanos ingleses, acompañado por su esposa, viaja actualmente, á bordo del acorazado británico «Renown», en ruta hacia Australia y Nueva Zelanda. Los Duques de York han desembarcado en Las Palmas, á su paso por Canarias, siendo recibidos por las autoridades y por la población con toda clase de honores y agasajos

(Fot. Agencia Gráfica)



«Rezando el rosario», notable cuadro de Marisa Röesset, que figura en la Exposición del Lyceum

## CRÓNICA MUNDANA

EL encargado de Negocios de Holanda y la señora de Hübrecht reunieron á sus amistades para revelarles el arte de una joven danzarina inglesa: miss Joy Bleu Jones.

Esta deliciosa artista, casi una niña todavía, pasa una temporada en Madrid, y se propone enseñar sus danzas clásicas y modernas á las muchachas de nuestra sociedad.

Se ve muy concurrida en estos días la Exposición de otra artista también joven, bella y aristocrática: Marisa Röesset, que ha presentado en el Lyceum una serie de cuadros verdaderamente notables.

Varias fiestas se han celebrado en residencias diplomáticas.

Hassan Vaschat Pachá, ministro de Egipto, dió en su residencia de la Castellana un baile muy brillante.

También abrieron sus salones los Embajadores de Alemania y el ministro de Suiza y madame de Stoutz.

Varios abonos á funciones benéficas. Además de los miércoles de Fontalba, los lunes de Eslava, que patrocina la Princesa Hohenzollern, y las sesiones de cinematógrafo, orga-

nizadas en Bellas Artes por la condesa de Gavia.

Un aspecto muy brillante ofrecía la sala de la Comedia durante los conciertos de Rubinstein Iturbi y Heifetz, el gran violinista ruso.

Una nota muy nueva en la vida social madrileña es la hora del *cok-tail*. Todas las mañanas, Sakuska, el restaurant ruso, se ve concurrido por un grupo de bellas y elegantes mujercitas que acuden á tomar el aperitivo al son de la *Balalaika*.

También hemos visto allí á no pocas damas extranjeras de paso en Madrid.

Por un momento creímos que el bar Basques, de Biarritz, ó la *Potnière*, de Deauville, habíanse trasladado á la madrileña calle de Alcalá.

La hora del aperitivo es muy interesante, muy significativa. Es un pretexto de salir por la mañana, de reunirse en un ambiente simpático; es una hora optimista...

Cada día que pasa, Madrid pierde un poco de su carácter provinciano, local, para hacerse moderno, cosmopolita.

¿Por qué asustarse de tal evolución?...

En los libros, en el teatro, no se pierde ocasión de ridiculizar, con espíritu retrógrado, el *cok-tail*, el *chárleston*, etc., añorando los tiempos del clásico mantón y de los coches simones...

¿Que nuestras madres no fumaban ni salían solas?...

Bien está. Eran... «aquellos» tiempos, y, por serlo, pasaron. A nadie se le ocurre sorprenderse de que las muchachas modernas no lleven crinolina ni bailen el rigodón...

No olvidemos el proverbio: «Renovarse ó morir...»

DANCENY



La bella y distinguida señorita María del Pilar Luca de Tena, hija del director de «A B C», y Don Pedro Fagalde, después de su boda, que se celebró el lunes último en la Iglesia del Cristo de la Salud, de esta Corte (Fot. Díaz Casariego)

## Los castillos de la Emperatriz Carlota

«La voluntad y el sueño de ser Emperatriz» pudiera titularse la vida larga de esta mujer que acaba de morir, en el Palacio de Bouchout, á los ochenta y siete años, prisionera de la locura. Era la Emperatriz Carlota una flor típica del ambiente europeo de mediados del siglo XIX. Sueños de triunfo y de imperialismo encendían su frente. Era Princesa de Bélgica, hija de Leopoldo I y de María Luisa de Orleans. Casó, en 1857, con el archiduque Maximiliano de Austria, hermano del Emperador Francisco José, pensando que esta boda la aproximaba al Trono. Se instalaron los esposos en el castillo de Miramar, en el Adriático, lugar de fantasía que era como un marco ideal para aquellos sueños de la Princesa Carlota. A consecuencia de las intervenciones europeas en México, se acordó en este

MIRAMAR y Chapultepec son los castillos de maravilla que mejor reflejaron en sus espejos la belleza aromada, toda altivez y donosura, de la emperatriz Carlota. En el de Chapultepec se coronó reina, bella y fatal, de todo un pueblo que tiene una extensión de siete Españas. Los demás, el de Tervueren y el de Bouchout, más que mansiones señoriales de la Emperatriz, fueron prisiones de la desterrada. Los aposentos de estos viejos castillos de Europa están como poblados de los fantasmas de la locura.

El tránsito de la Emperatriz por la tierra ha sido demasiado terrible. No merecían tanto castigo ni su vanidad de reina ni su belleza de mujer. Solamente la tragedia de nuestra doña Juana se acerca al drama profundo que ahora tiene su epílogo con la muerte de la emperatriz Carlota. Esta pompa de una vida comenzó con el idilio del castillo de Miramar; tuvo un paréntesis de gloria y de inquietud en el palacio de Chapultepec, y ni siquiera terminó en el Cerro de las Campanas de la ciudad de Querétaro. Allí fué el epílogo del imperio, pero se alargó el drama. Los actos de dolor y de agonía se prolongan hasta 1927, en la hora blanca de la nieve, cuando la verdadera heroína desaparece de la escena. Porque Maximiliano no fué más que un actor que muere en el final del primer acto. Los restantes los sostiene la Emperatriz á través del tiempo, del infortunio, de la demencia y de la muerte.

El destino se vengó con un cruel refinamiento de la ambición que alimentaba tan soberana belleza. Aunque, por otra parte,



La Emperatriz Carlota á la edad de doce años



La Emperatriz Carlota en la época de su casamiento con el Archiduque Maximiliano de Austria

días antes por esa misma puerta, en la que ras de luto.

El real séquito, desembarcado en Verac

M I R A M A R  
C H A P U L T E P E C  
T E R V U E R E N  
B O U C H O U T

país formar una Monarquía y ofrecer el nuevo Trono á Maximiliano, entonces jefe de la flota austriaca. Desembarcaron los emperadores, con el apoyo de tropas belgas, francesas y austriacas, y bajo la hostilidad de México. El caudillo Juárez levantó todo el país contra Maximiliano. La Emperatriz regresó á Europa en busca de un auxilio eficaz por parte de las potencias. Pero no lo encontró... Y fué—se cree—en esta peregrinación donde la Emperatriz Carlota cayó en la locura. Estaba recluida en una Casa de Salud de Bruselas cuando recibió, insensiblemente, la noticia del fusilamiento de su esposo en Querétaro. Y desde entonces la locura, piadosa, no la abandonó, para ocultarla la verdad de su tragedia y de su fracaso. En las nieblas de su sinrazón, ella continuaba siendo la Emperatriz...

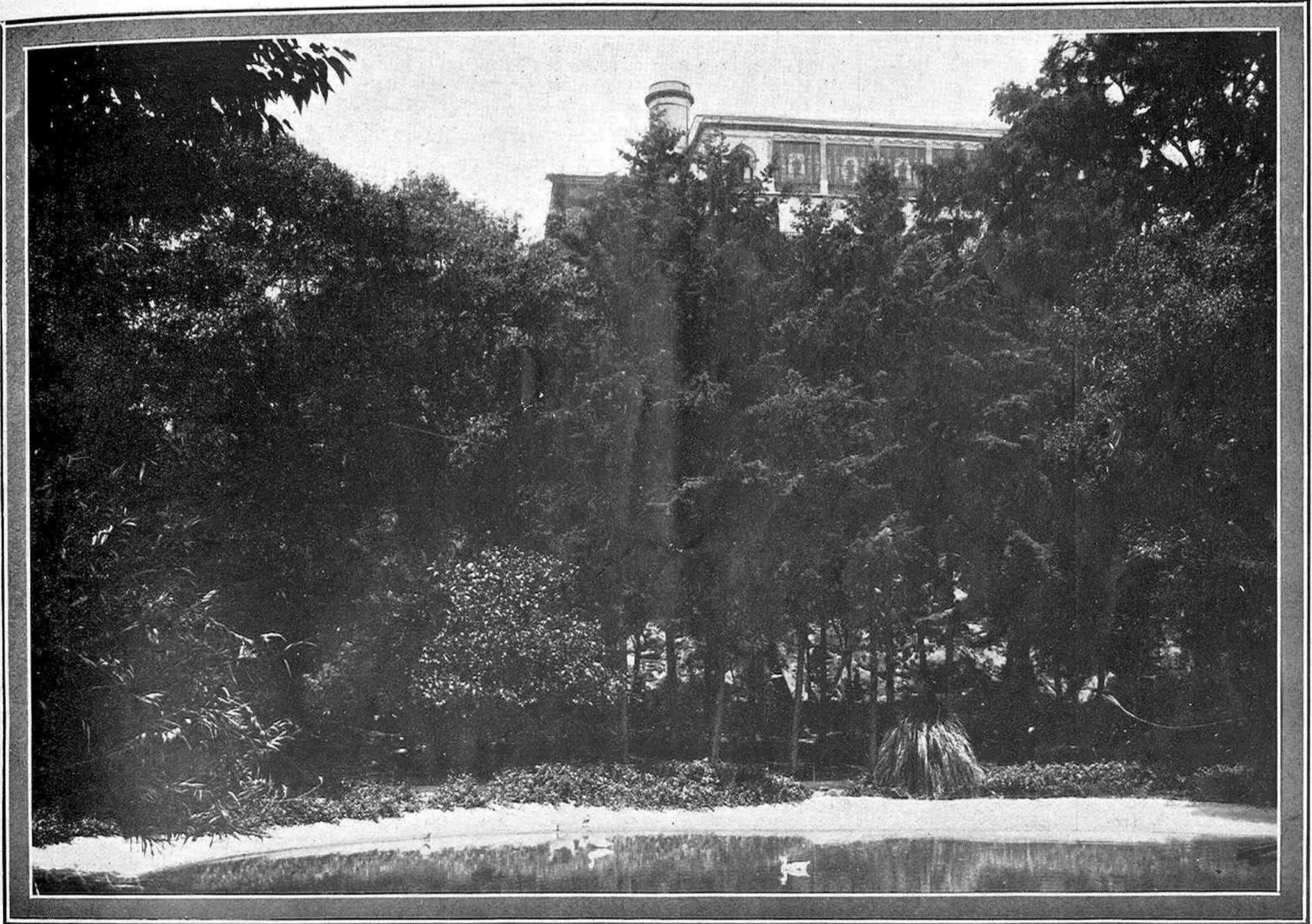
fué gentil y piadoso. Carlota muere á los ochenta y siete años, sin darse cuenta de que su hermosura había desaparecido como una rosa en el viento. Si esta mujer, tan bella y altiva, hubiera logrado verse ante un espejo, hubiera logrado verse ante un espejo, dueña de sus facultades mentales, las hubiera perdido en esa hora. No era mujer que se resignara á contemplar su hermosura hecha un fantasma, puesto que nunca se resignó á ver su imperio hecho polvo entre el polvo de la Historia.

La llegada triunfal de los Emperadores á la ciudad de Méjico denuncia más bien el fasto de la Emperatriz que la vanagloria y el orgullo del Emperador, que no era más que un romántico galante, un poeta de su siglo, enamorado de una mujer como del punto de una estrella. Mucho más romántico que Zorrilla, quien iba en el séquito por su cuenta y razón.

Se efectuó este acto, con lujo desmesurado y gran escándalo de clarines, el 11 de Junio de 1863. Amaneció el pueblo con esa alegría de los borrachos que no se dan cuenta de su borrachera y más tarde se acusan á sí mismos. Todas las calles estaban llenas de flores de la

ban  
apr  
ven  
sen  
tris  
los  
adu  
ves  
vida

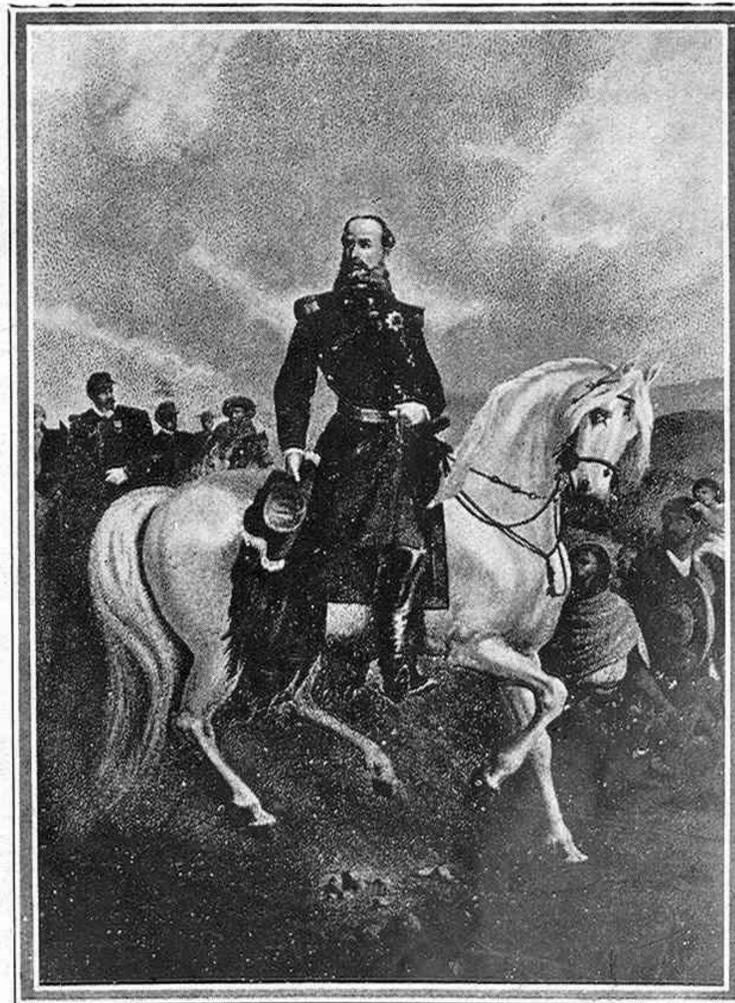
e  
is  
á  
s  
en  
y  
il  
ió  
a  
ó



las cumbres de Maltrata. Sobre las cumbres era como una larga serpiente multicolor y exótica, enredada en la fronda profunda, sobre la que descansaban las nubes. A las puertas de Méjico, en el Tepeyac, fueron descendiendo los Emperadores para orar ante la Virgen de Guadalupe, custodiadora de la fe insurrecta de los mejicanos, sencilla y recatada en la fosca catedral de ancha piedra que se reclina en la falda del monte.

La selva de lanzas y de banderas, de música y de bengalas, desbordaba su triunfo desde la ciudad hasta la villa. Era un resplandor no visto que mantenía absorta la acrición indígena, y que hacía mirarse unas á otras á las gentes del pueblo, ignorantes de todo aquello, puesto que el afán de Miramón y de su grupo de aristócratas de casta, estaba bien lejos de representar el sentimiento del alma nacional de Méjico. El Arco del Emperador, el de la Paz, el de la Justicia, obra del escenógrafo Serrano y de sus diestros pecnes, daban á la ciudad un aspecto desconocido en la metrópoli americana. Era toda una feria de escudos, casacas, cascos y lanzas, volcada sobre la rebelde ingenuidad criolla, en el corazón de la urbe indiana, con remilgos coloniales. Le habían impuesto á la ciudad una máscara y un dominó fantasmagórico, oropel y escayola, que servían de adorno al escenario en que se ensayaba una comedia que terminaría en drama tremendo.

Uno de los arcos, el de los potosinos,



Arriba, el castillo de Chapultepec, palacio de los Virreyes de Méjico, donde la Emperatriz Carlota vivió los días de su breve reinado. Abajo, el Emperador Maximiliano según el cuadro de Beaucé existente en el Museo de Méjico

hecho de laurel y flor dorada, lucía un medallón, en el que resaltaban estas palabras:

*A Maximiliano  
Emperador de Méjico,  
y su augusta esposa  
la Emperatriz Carlota,  
fidelidad eterna  
juran los potosinos.*

Fidelidad eterna, ¿eh? El alma mejicana, recogida en el indio D. Benito Juárez, rumiaba su justicia roja, como el tigre que lame la luna que le baja las barbas. ¡Pero que no le basta la luna! Tiene una misión de sangre en los ojos que ha de saborear en caliente al alargarse hacia la presa sus manchas elásticas, temblorosas como una llama. En un friso, con mentidas fanfarrias de arte dórico, se leían los siguientes versos malos:

*Por base el trono y la justicia tiene,  
y en la equidad y el orden se sostiene.*

Estaba visto que Maximiliano era un romántico perdido. Si hubiera sido un personaje astuto, un gobernante á la europea, comprendería que á quien se le recibe con tan mala retórica, tanta bambolla y tantos colorines está propenso á subir á la horca. No lo comprendió tampoco más tarde cuando, al formar el Teatro Nacional é inaugurararlo el 4 de Noviembre, bajo la dirección de José Zorrilla, el poeta español le espetó esta poesía, cuyos cascotes á lo Taxara denuncian á un

verdugo literario, más que al primer poeta de España, en su época:

«Augusto Emperador: por donde quiera que me lleve mi espíritu errabundo, llevaré un buen recuerdo, hasta que muera, de nuestro buen encuentro en este mundo. Ambos hemos venido á estas regiones predicando la paz. Vos, con grandeza imperial, con corona en la cabeza, con oro, con poder y con legiones; mas en la mano, al par, con ansia viva, mostrando al pueblo de la paz la oliva. Yo vine solo aquí con la nobleza del corazón leal del castellano, extraño á las políticas pasiones, ajeno á odios de raza y de opiniones, y á visitar, cortés, á un pueblo hermano.»

En la inauguración se representó el drama

*Don Juan Tenorio.*

Se ejecutó música del maestro Rossini, hecha para aquel acto de los Emperadores. Caso curioso y por demás irónico: Maximiliano ofreció dos premios de mil pesos mejicanos para la mejor comedia y la mejor tragedia que acudiera al torneo. El concurso se tuvo que dar por desierto. No hubo comedia ni tragedia que merecieran la cantidad aludida. En realidad, la mejor comedia había sido la elevación de Maximiliano al trono de Méjico; la mejor tragedia, la de su muerte en el Cerro de las Campanas. Hay ironías terribles en la vida y en los actos de los hombres.

El Palacio de los Virreyes, situado en un pintoresco promontorio, á la misma entrada del gran bosque de Chapultepec, se iluminó por aquel tiempo del reinado de la Emperatriz, como si el castillo fuera una hoguera de oro, una gran hostia de llamas que brotara de la capa negra que miente el bosque fecundo. Volvía por un momen-

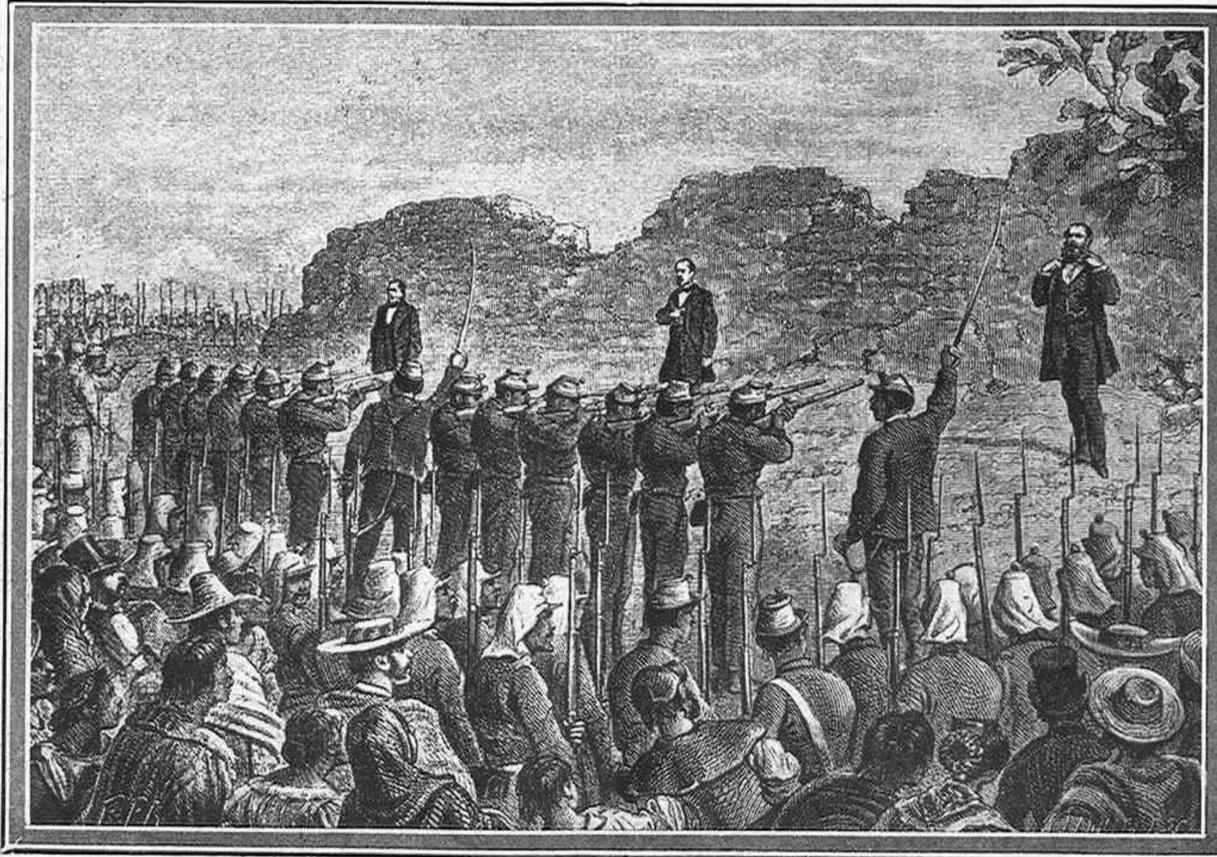
to, acaso con más esplendor, la época de los virreyes. Mas llena de galanía y de perfume, de intrigas cortesanas y de gestos floridos. Se echaban de menos aquellos gestos foscos de caballeros graves, entre monjes y soldados, capitanes é inquisidores, de los primeros tiempos del coloniaje. Ahora la sonrisa venecía al tosco cilicio. La augusta belleza floral, franca como una aurora, limpia como el agua, desterraba el olor á cera y el ambiente monjil de las muertas virreinas españolas. La Pompadour, con sus perfumes matinales y turbadores, se erguía triunfante sobre los negros hábitos de Santa Teresa y de Juana Inés de la Cruz. La elegancia enjovada del siglo puso mucho de Versalles en la gravedad

del palacio. Todavía hace poco que se publicó la noticia de haber sido substraída, por unos norteamericanos, parte de la alcoba de la emperatriz Carlota, que se conserva en el castillo de Chapultepec. Se desmintió la noticia. Méjico guarda estos restos del imperio, como las hojas mustias é inútiles, en el corazón de un libro impreso con tinta roja.

Pasó como una verbena el sueño dorado de la Emperatriz en el castillo de Chapultepec. Los lagos dejaron de copiar su sonrisa para recoger sus primeras lágrimas. Comenzó su calvario, desterrada de Méjico, pidiendo protección, primero, al tercero de los Napoleones; después, arrojándose á los pies del Papa, que había bendecido á los Emperadores en

la partida. Ni siquiera encontró paño para secar sus lágrimas. Los que la adularon cuando algo esperaban, ahora le daban la espalda, mientras el Emperador, el iluso caballero romántico, avistado por la muerte, luchaba más por el trono de la Emperatriz que por el imperio de Méjico. Poco después, cuando Carlota agrandaba sus ojos de loca en busca de una justicia imposible, Benito Juárez, corazón entero, acallando sus sentimientos personales para obrar en favor del pueblo y de la república, fusilaba á Maximiliano, á Miramón y á sus compañeros en el Cerro de las Campanas, situado en las afueras de Querétaro. Desde entonces, la Emperatriz, en incurable demencia, es como una enterrada en vida. Ahora, que se da la noticia de su muerte, se dijera que brota del corazón de la tierra; que la han llevado de un castillo á otro; que la han cambiado de tumba.

ALFONSO CAMIN



Fusilamiento del Emperador Maximiliano y de los generales Miramón y Mejía, en el Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro

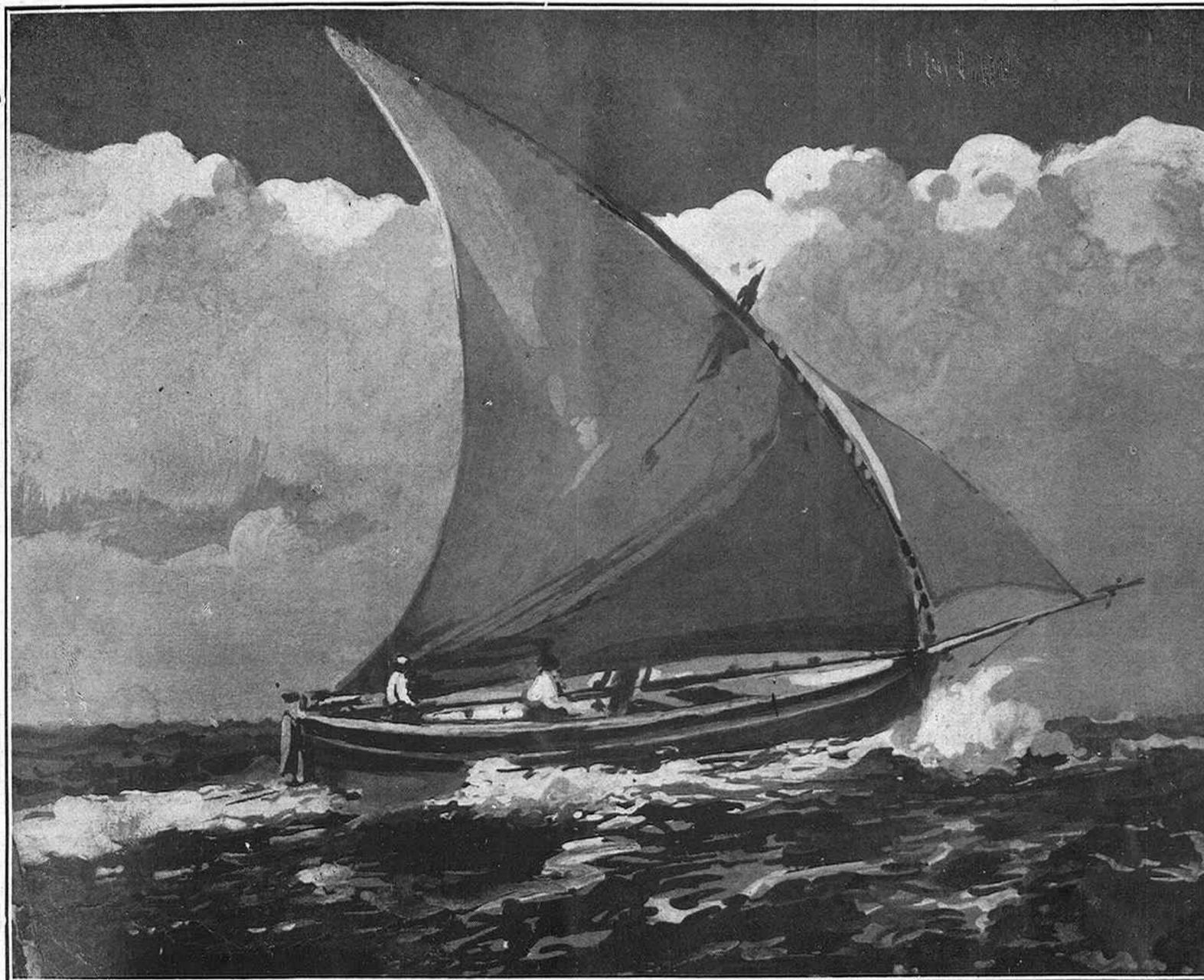
món y Mejía, en el Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro



El Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota

BIENEO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

## POETAS AMERICANOS



## EL POEMA DEL VIAJE

Yo iba contigo en el esquife,  
sin rumbo claro, de mis sueños,  
por mares no sabidos:  
vastos mares profundos de misterio.

Tú eras la Capitana  
de mi bajel quimérico,  
cuyas latinas velas  
se hinchaban como senos  
á la sola caricia  
pasajera del viento...

¡Libres de la Ciudad que entre sus redes  
nos sofoca y nos hace sus muñecos,  
de la ambición mezquina y de la farsa  
de la tierra falaz, libres y lejos!  
¡En un ansia inmortal, purificados  
del estigma terreno,  
íbamos hacia Dios con la mirada  
plena de luz y el corazón ileso!

Quando, al atardecer, el Sol ponía  
sobre la albura del velamen terco,

la viril y solemne  
púrpura de su beso,  
yo me acercaba á ti, mi Capitana,  
y en mi vaso cordial – vaso pequeño –  
te iba dando á beber, hasta embriagarte,  
el taumaturgo vino de mis versos.

La noche nos ungió  
en la liturgia azul de su silencio,  
y de silencio, rimas y tinieblas  
nos quedábamos ebrios.

Así pasaban días, meses, años,  
entre la mar y el cielo.  
¡Así pasaban siglos:  
no sé si acaso se detuvo el tiempo!

Sólo sé que, de pronto,  
me hirió la angustia de llegar á un puerto...

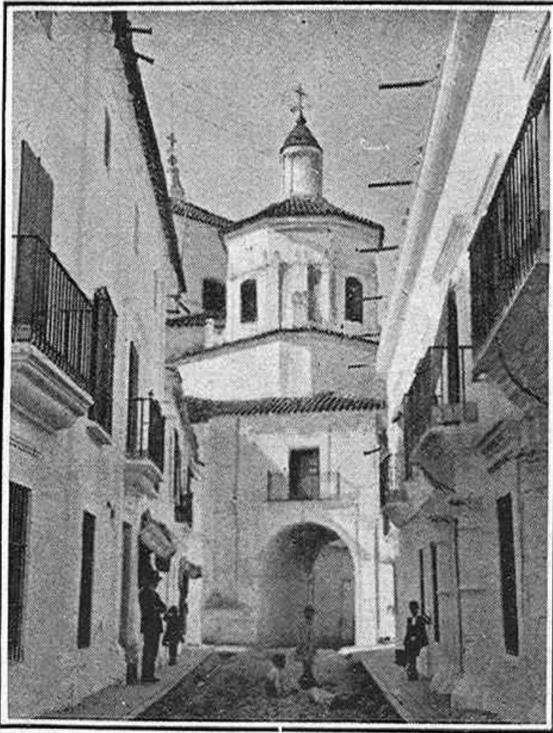
PABLO ABRIL DE VIVERO

(Perú)

(Dibujo de Verdugo Landi)

## CÓMO DEBEMOS VER ESPAÑA

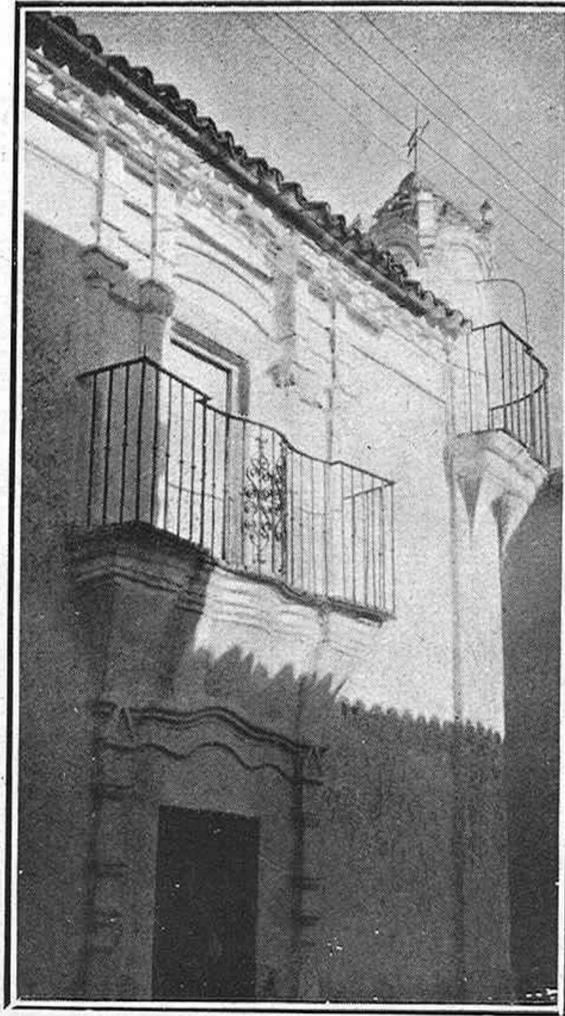
## LAS CALLES DE LLERENA



Santa María de la Granada

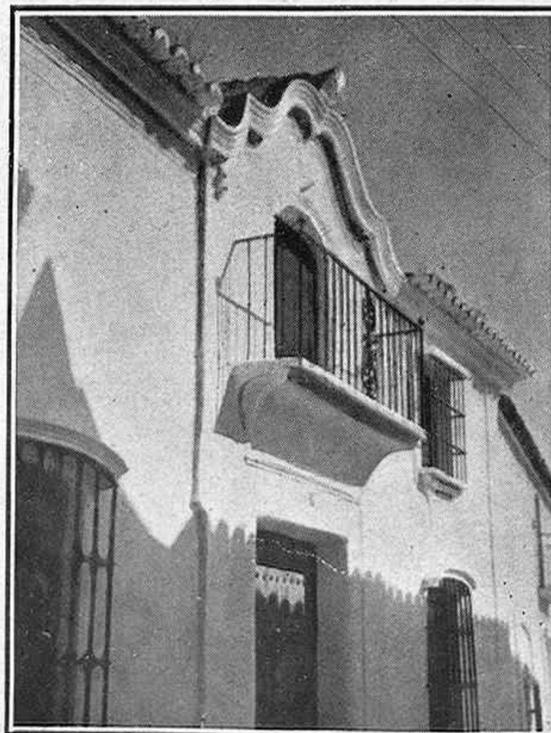
DEJEMOS á un lado los monumentos, las murallas moras, las grandes iglesias que todos estos pueblos de larga historia tienen en número desproporcionado á su población actual. Limitémosnos á recorrer las calles buscando las casas en donde habita el pueblo alto ó bajo, y preferentemente las que construye, sin ciencia oficial, el buen alarife ó el maestro de obras de la localidad. Llerena y sus pueblos, típicos de la Extremadura baja, nos ofrecen por todas partes motivos singulares de un carácter genuino y propio que nos atrae no como turistas, sino como españoles. Aquí se ha encontrado una manera de vivir, no de ganarse la vida, sino de gozarla, y si la palabra parece poco española, de conllevarla.

Bajo la luz clara, refulgente hasta la crueldad, del cielo extremeño, las casas son blancas de arriba á abajo; blancas del zócalo al tejado, y á veces las mismas tejas están enjalbegadas de blanco también. En esto son hermanas de las andaluzas. ¿Qué sería del Sur de España si se acabaran de pronto la cal y el yeso? Quizá de todo el Mediodía no he encontrado más notas oscuras en las calles que las de Gibraltar. Allí parece que han seguido los ingleses un criterio lógico: han amortiguado la luz, demasiado dura, y han opuesto á los rayos del sol un fondo gris pizarra, verde bronce y á veces negro. Han procurado neutralizarlas, sin duda considerándolas como un castigo. Extremeños, andaluces, levantinos, se bañan en la luz como en su propio elemento. Pero los andaluces de Cádiz; los mediterráneos de Málaga, de Almería, de Alicante y Valencia hacen de cada pueblo un mosaico de colores alegres, en los que dominan los tonos claros del rosa y del azul. Son los extremeños los que se conservan fieles al blanco inmaculado de la cal. Es un desafío, un reto al sol. Así nos parece á nosotros, que necesitamos habituar la retina á tantos reflejos que nos llegan de todas partes; del cielo y del suelo; pero acaso no haya tal propósito ni tal osadía, sino simplemente el placer de la luz. No significa para ellos sacrificio ni les obliga á ningún esfuerzo. Brillan sus pueblos como las pirámides de sal de San Fernando, y alguna vez he pensado que el juego consiste en extremar, llevar al límite la energía ofensiva del sol para que el abrigo de sus habitaciones sea más grato. Estos «problemas» de albañilería—subrayo la palabra problemas para descubrir que

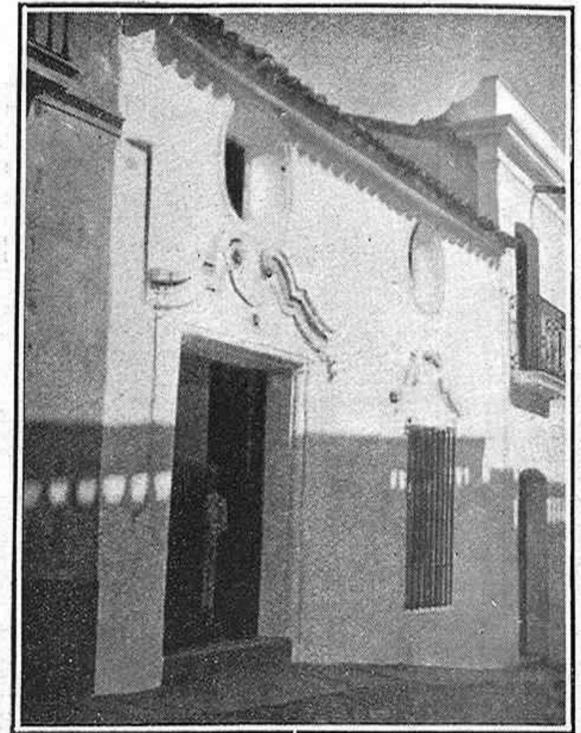


Una casa de Llerena

aquí asoma la técnica—, de albañilería mejor que de arquitectura, suelen resolverse por razones económicas, más bien que estéticas. La cal es más barata que cualquier pintura. Cuesta poco renovarla dos ó tres veces al año. Las buenas amas de casa no aguardan tanto tiempo para blanquear sus habitaciones, que han de estar impecables. Pero también es barata la cal en toda la costa levantina y, sin embargo, alterna con otros procedimientos. En San Fernando, por ejemplo, llegan á usar para los edificios colores y barnices de barco; esplendidez que responde á una necesidad de su estética urbana. No. No



Ribera del Fresno (Llerena)



Ribera del Fresno (Llerena)

os la economía. Es que su idea de limpieza, de nitidez, así como su gusto por los contrastes violentos, han encontrado la gran colaboradora, la cal, y no necesitan sustituirla, ni creen posible mejorarla.

Pero éste es sólo un rasgo—aunque de mucho realce y, desde luego, el que más nos hiere los ojos—, común á toda una extensa zona del Mediodía de España. Si Llerena y sus pueblos sólo tuvieran ese rasgo, no valdría la pena de venir. Pero asomémonos por cualquiera de sus calles; no por la calle de las Armas—que yo leí de las Almas, y me sonaba mucho mejor—, ni tampoco por la plaza grande, plaza de capital de provincia, con sus casas consistoriales y su templo soberbio, rematado por una giraldirilla, sino por la última de sus callejuelas, y sobre todo por las plazuelas viejas: del Pasquín, de la Fuente Pellejera, del Toledillo, del Peso, de los Ajos; plazuelas que no pierden sus antiguos nombres, pintorescos y evocadores, aunque los sustituyan por otros de circunstancias. En todas ellas encontraremos algo singular, del tipo más perfecto—y más bello—, de la arquitectura urbana del siglo XVII y del XVIII. El barroco español llega á tener aquí una forma sencilla y popular. Se auxilia con los hierros: balcones, rejas y veletas y con el enjalbegado que dulcifica todas las líneas, como si hubiera pasado sobre ellas una primera—y ligera—capa de nieve. Al hablar de arquitectura extremeña entro en la jurisdicción del Sr Solana (D. Francisco), de quien he hablado en otra ocasión en estas mismas notas de LA ESFERA, arquitecto y artista, que no es lo mismo, tan encariñado con esta considerable riqueza desconocida que va descubriéndola y estudiándola desde hace años para sacarla á luz algún día con el criterio de unidad y con la atención que por su importancia merecé. Las casas señoriales de Llerena, como las más sencillas de Ribera del Fresno—que presento aquí—aprovechan elementos decorativos del gran arte barroco con tal gallardía, que difícilmente se encontrará en toda España nada tan amable ni tan atractivo. Nuestros pueblos, los que guardan tradición artística, suelen tener la adustez de la piedra, ennegrecida y apollillada por los siglos. Sólo se libra Salamanca, la incomparable y magnífica Salamanca, ciudad de las piedras doradas. Aquí el material, siendo más humilde, resiste mejor. La cal no envejece: es como el mar. Los muros sólidos, de



La ermita del Arrabal (Llerena)

ladrillo, con su buena argamasa, viven amparados por las olas de cal, siempre joven y nueva.

Pero, además, pasó la edad en que los pueblos y las ciudades españoles construían en piedra para la eternidad. Ya no aspiran á tanto, ni siquiera tienen el deseo de realizar obra de arte. Los arquitectos, desviados y desorientados, llenan nuestras calles de

monstruosas fachadas, mezcla de todos los estilos que, como es lógico, no tienen estilo; en pleno reinado de la escayola, lugar común de la arquitectura de fines del XIX y principios del siglo XX. Así sorprende más encontrarse por toda la Extremadura baja un tipo de construcción española de líneas barrocas, de sentido moderno, que no ha desaparecido aún en las costumbres locales, sino

que perdura cuidadosamente conservado por los alarifes del pueblo. Lo que se hizo doscientos años ha, se sabe hacer hoy, y se hace sin fines arqueológicos, sin resucitar muertos. Este es el mayor encanto que podemos tropezar hoy andando por un pueblo español

LUIS BELLO

(Fots. del autor)



La Plaza de la Constitución, de Llerena

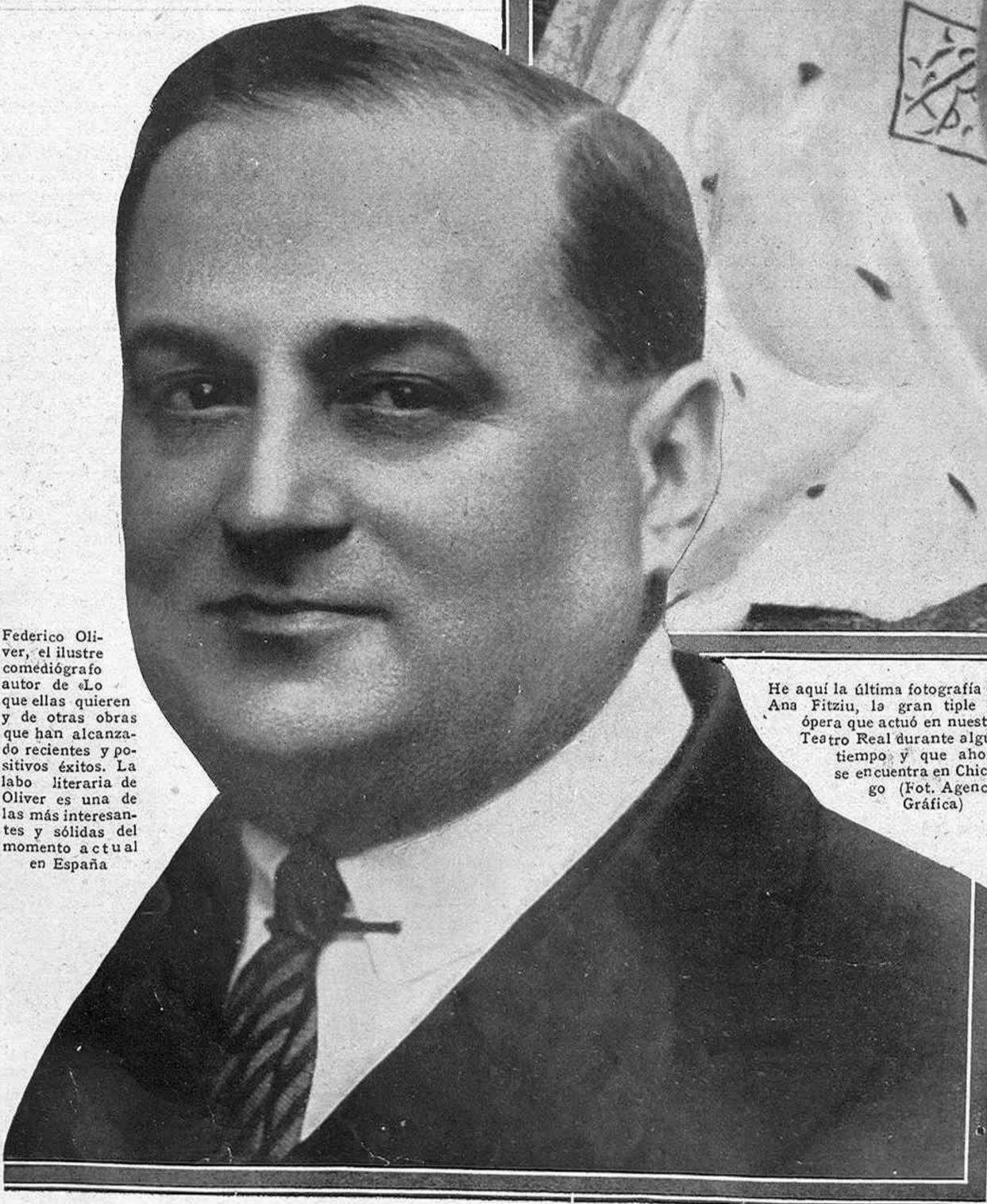
CÁMARA-FIO



## COMENTARIO ACTUAL

«PITARRA», LOS ASTRACANISTAS Y VALLE INCLÁN

A algunos de ustedes les parecerá una locura eso de barajar tres clases de autores de tan distinta condición y procedencia, y, sin embargo, es fácil explicar el capricho. Federico Soler «Pitarra», fundador



Federico Oliver, el ilustre comediógrafo autor de «Lo que ellas quieren» y de otras obras que han alcanzado recientes y positivos éxitos. La labor literaria de Oliver es una de las más interesantes y sólidas del momento actual en España

He aquí la última fotografía de Ana Fitziu, la gran tiple de ópera que actuó en nuestro Teatro Real durante algún tiempo y que ahora se encuentra en Chicago (Fot. Agencia Gráfica)

del teatro catalán, creó también un género bufo, bien patente en *El castillo de los tres dragones*, que hoy recuerdan los astracanistas, después de haberlo modernizado un poco.

Sí, señor Muñoz Seca: «Pitarra» fué el precursor de *La venganza de don Mendo* y de *Los extremeños se tocan*. Yo tampoco hubiera dado con el parecido si no hubiese sentido, no sé por qué, la tentación de hojear de nuevo los libros de Soler, y, singularmente, los festivos. No se escapan de aquella intención, más de deformar que de satirizar, nobles ni reyes, mujeres ni chicos. A veces, adoptaba «Pitarra» la postura de reírse de todo el mundo. Pero sin hacer daño, sin hundir la pluma; por divertirse y divertir al público. No es otra, indudablemente, la intención de los astracanistas.

Y en este estado las cosas, ha llegado al teatro—y digo que ha llegado, porque lo otro fué solamente una no-



La excepcional cantante Conchita Supervia, que se ha presentado en el Teatro de la Zarzuela cantando «El Barbero de Sevilla» y obteniendo un triunfo clamoroso, tanto por sus admirables dotes de voz y su maestría, como por su dominio pleno del arte de la escena

ble tentativa lírica—un gran humorista, que primero se entretuvo en forjar, con poemas, emociones dramáticas y novelas deliciosas, un estilo inimitable, y al sentirse grande y único y tener la notoriedad, no ya á sus pies, sino bien guardada entre sus ejecutorias de nobleza, dió en reirse de cuanto danzaba en esa imaginación suya, tan varia y selecta, y con bellezas cáusticas, diatribas geniales y gracias de la más original contextura, planeó asimismo un teatro que reflejase las ansias reformadoras de Antoine y de Copeau. Mas el humorismo así presentado llegaba sólo á los amigos del ilustre escritor. Decía éste que no le interesaba tener lo que se llama un público, y yo creo que en ello radica el fracaso económico de su empresa, porque si se empieza por hacer, aunque no sea más que mentalmente, caso omiso de un elemento tan esencial como el público, que paga y eleva, ó precipita al abismo con sus pronunciamientos, no es fácil popularizar nada. Al público hay que conquistarlo, ir á buscarlo á donde se encuentre, cueste lo que cueste, que es menor de edad, y cualquier influencia reiterada le perturba y le desorienta. El arte, en su más amplia expresión, vivirá á su lado, siempre y cuando le precedan la educación y el catequismo. Los amigos de Valle Inclán, los que renunciaríamos al mejor recreo por el inmenso placer espiritual de releer, sin elección previa, uno de sus libros, no constituimos, desgraciadamente, un ejército, ni muchísimo menos. A todos nos hace falta el público, y el público no vendrá como no sepamos apercibirle, en primer lugar, y después llamarle á tiempo y bien.

El teatro dramático que mejor ha entrado en el público español ha sido el romántico, con el discutido aditamento imitativo de Echegaray. La emoción, clara y vibrante; la sangre, en la arena; el peligro, sin rebozos; la gracia, que no obliga á meditar, que recorre agradablemente la pituitaria y hace brotar la risa, como un estornudo. He aquí el ideal de nuestros espectadores, colectivamente considerados.

Claro es que en lo dramático han estado de acuerdo con las grandes excelencias artísticas del teatro español; pero, al hallarse frente al género cómico, se han estancado por carencia de autores ó de ocasiones. El verdadero humorismo les fastidia. Les fastidiaba ya en la época de «Pitarra». Quieren reirse porque sí, y esta es la razón de que plante su tienda un humorista de tan firme contextura como Valle Inclán y diga el público que no le divierte.

Muñoz Seca, en sus parodias, es el «Pitarra» castellano. Y no le duela serlo, que el teatro catalán le debe mucho á aquel popularísimo autor, y todavía están crujendo, en su honor, las maderas de los viejos escenarios barceloneses.

Lo que yo pretendo es situar á los autores, evitar equívocos é injusticias. Lo que yo pretendo también es que, conociéndose el público á sí mismo, enterándose de sus malas costumbres, extreme la sensibilidad y se modifique. Muñoz Seca tiene, en el teatro español, un lugar indiscutible. Ténganlo los demás autores que signifiquen algo, y aficiónese el público á los manjares delicados, sin necesidad de renunciar á las magras con tomate ni al bacalao á la vizcaína.

ARTURO MORI

A Jorge Mañach.

EL doctor, hombre bondadoso é inteligente que á veces tenía que recordar la responsabilidad social de su función de médico de puerto para no sucumbir de lástima ante infortunios individuales, la vió casi al bajar al entrepuente: su cara, atónita, anhelosa de borrarse, contrastaba con el ímpetu de la multitud, ávida de resarcirse en tierra de los diez días de hacinaamiento y vaivén sufridos desde La Coruña á La Habana. Mientras él cumplía los requisitos de revisar las vacunas, de abatir tal cual párpado

sospechoso, en torno al buque pululaban remolcadores, lanchas, botes y cachuchos, en espera de que fuera arriada la bandera amarilla para acercarse. Centelleaba el mar, y los ribazos próximos á la Cabaña proyectaban contra la ciudad, apelonada tras de los muelles, el rigor tórrido del sol. Nombres vulgares gritados interrogativamente, y la monótona pregunta de si Juan López ó Pedro Pérez tenían ó no «carta presentada», chocaban contra las planchas del navío é iban á multiplicarse en ecos tenues hasta el fondo del puerto. En la cubierta de primera clase aleteaban las muselinas claras, y empezaban á iniciarse, entre impacencias, los incumplimientos de esos pactos de amistad eterna hechos en viaje, que se contagian de la inestabilidad de las olas. Ya tocaba á su término la inspección sanitaria de los emigrantes; sólo quedaban por examinar un hombre y la joven de ojos asustados. El médico de á bordo dijo, señalándosela á su compañero de tierra:

—Aquí tiene usted una galleguita valiente. Viene á trabajar sola, sin conocer á nadie. No, no se ocupe en mirarla. ¡Más fuerte que un roble!

—Pero ¿no tiene siquiera idea del país? ¿En qué va á trabajar?

La galleguita se decidió á hablar:

—De criada... Oyera mucho hablar de Cuba y nada más... Tengo los *meus* brazos muy sanos para trabajar por el rapaciño.

Había en su rostro una dulzura que la decisión de sus palabras no lograba mermar. Conmovido, el doctor preguntó:

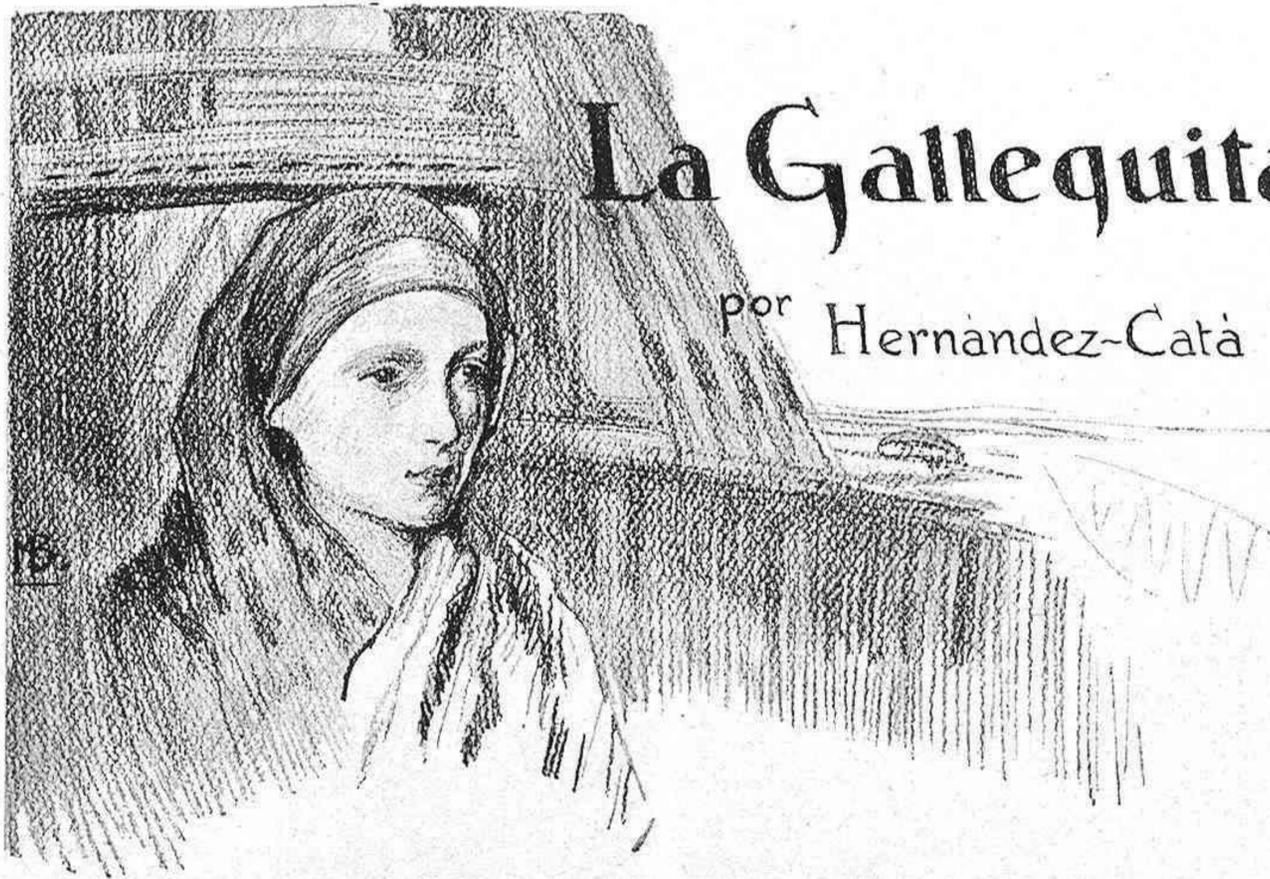
—¿Y tiene los treinta pesos que exige Emigración para desembarcar?

—Cuando subió en La Coruña ni un ochaño tenía; pero los ha ganado á bordo... Su voluntad de ganarlos ha podido más que la miseria de los otros emigrantes y que el mareo. Una heroína.

El doctor volvió á mirarla interesado: no tendrá más de veinticuatro años. Algo del verde de sus prados jugosos perduraba en sus pupilas, de mirar infantil. Era recia, enjuta... Recordó haber oído á su mujer quejarse de una de las criadas, y tomó repentina resolución:

—¿Quieres colocarte en mi casa? No sé lo que te darán; pero no será menos que en cualquier otra. Sólo somos mi mujer, mi cuñada y yo. No hay muchachos.

Aceptó entre los plácemes del médico de á bordo, que se esforzaba en encarecerle la suerte del hallazgo, y desembarcaron. Camino del Vedado, apenas si sus ojos movíanse hacia los panoramas de la ciudad nueva. Sin duda, una visión interior los absorbía. En la casa la recibieron bien, y la señora, bondado-



# La Galleguita

por Hernández-Catà

samente, le enseñó sus obligaciones: limpiar, ayudarla á vestir á ella y á su hermana soltera; atender al teléfono cuando saliesen; ayudar en algo en la cocina, si era menester. La galleguita asentía con la cabeza, en silencio. «El sueldo serían veinte pesos..., veinticinco si sabía cumplir.» «¿Veinte pesos? ¡Veinte duros!» «Sí, veinte duros; más, porque el peso valía más que el duro.» En los ojos tímidos se cuajaron dos lágrimas, y en los labios una sonrisa... «¡Ya lo creo que sabría cumplir... Cumplir y agradecer, ¿e logo? Ya verían los señores.»

Y vieron el milagro de dos brazos incansables y de un tesón para el cual no existían distracciones. Las losas del suelo espejeaban; ni una bruma de polvo turbó desde su llegada el brillo de los muebles; la cocinera descansaba en ella sin levantar una sola protesta, y como si las horas adquiriesen ante su actividad una dimensión inverosímil, pidió aún que no enviasen la ropa íntima á la lavandera, y lavó, repasó, planchó... La señora y su hermana estaban á la vez temerosas y alegres. ¿No sería aquello añagaza de los primeros tiempos? «¡Escobita nueva barre bien!» Mas no: los días tejían semanas, meses, y su ardor no cedía. Hasta los domingos se negaba á salir á la calle... «¿Pasear? No, ella no. ¿Para qué?» Y, á pesar de todo, no lograban tomarle cariño... Algo de tímido, de lejano, de misterioso, de silencioso la separaba de la efusividad locuaz de la casa. Puestos á buscar, al fin le hallaron el defecto: era avara, sórdida. Para que substituyera sus andrajos fué preciso regalarle ropas de deshecho. Antes que gastar un solo centavo, había hasta abdicado de aquel pudor que la hacía huir como del *diaño* del paisano apuesto que casi desde el primer día empezó á rondarla. Guardaba con prontitud de urraca, y una tarde, después de haber dado muchas vueltas en torno al señor, azogada de miedo, le dijo en una decisión súbita:

—Eh, mi señor... *Eu* quisiera que me mandase este dinero á España... A la Puebla de Trives... A nombre de Santiago Pazos... ¿Quiere?

Y volcó sobre la mesa los treinta duros ganados á bordo, los setenta y cinco pesos ganados en la casa, los dos mensuales que la cocinera le daba por cederle sus salidas, todo..., ¡todo!

Cual si este primer grano del apretado collar de su mutismo dejase, al desprenderse, libre el hilo de las confidencias, aquel mediodía, á favor del sopor de la siesta, se acercó á la hermana de la señora—¡á la señora no se había atrevido!—y le pidió que le leyese las cartas llegadas hasta entonces. Las lle-

vaba en el seno, en espera de que el sentido de las letras, para ella incomprensibles, se le trasfundiese por contacto, adivinando lo que le decían del rapaciño del nenito querido. La lectora se conmovió. ¡Cuán fácil era prejuzgar calumniosamente! La bestia de trabajo, la avara ahorradora, para quien ni las solicitudes de un buen mozo ni las diversiones tenían imán alguno, no ahorra por egoísmo, sino por generosidad, y acababa de darle la lección de abnegación... Las cartas, perentorias, exigentes, revelaban todo: la galleguita había sido expul-

sada de su lugar para pagar con el sudor, no sólo de su frente, sino de todo su cuerpo, y con las angustias de su pobre alma, el pecado fatal de la mujer indefensa y joven. Una tarde de Agosto, después de una lluvia que arrancó á la tierra relentes de locura que olían mitad á flores, mitad á podredumbre, cayó entre las mieses altas, impulsada por un hombre. Nueve meses después, un pedacito de carne gemebunda se desprendía de sus entrañas. Y otra vez el honor sirvió de careta á la codicia... La colérica autoridad del padre fulminó sobre ella, y no faltaron rudos castigos para lograr la sumisión. «En el pueblo no podía quedarse... La vergüenza, más que la vejez, iba á llamarlos á la huesa... ¡Tenía que marchar!... Si no por ella, por el *nenito*, que luego carecería hasta de un cuenco de caldo que llevarse á la boca... Aún que en las Habanas se ganaban buenos *patacos* de jornal. El se quedaría con el *pecado*, y ella, desde allá, mandaría.» Coitada, malpocada, ¿qué iba á hacer más que obedecer? ¡Si esa era su costumbre de siempre! ¡Si casi por obedecer había caído la tarde de lluvia entre los trigales! Si por obedecer calló, bajo las amenazas y los golpes, el nombre del mozo á quien no quería. La voz paterna ahogó el vagido, que no era voz aún, y embarcó en tercera, entre el pobre ganado humano, sucio y anhelante que el hambre y la ilusión pastorea. Camino del puerto, en el mar y ahora en la ciudad, en donde estaba deslumbrada, una idea única resumió su ser: «¡Era justo que ganara para su hijo!... Pero además no era castigo... Era la alegría de su vida... Se lo pedía su corazón.»

El secreto dió, al descubrirse, caracteres de abnegación á lo que antes era el único punto obscuro de la galleguita: su tacañería. Y su ahorro fué, á partir de entonces, casi el fondo común de la economía de la casa. Si sobraba una vuelta menuda de cualquier pago, si se obtenía cualquier rebaja, la frase «para la galleguita» surgía unánime. Las dadas llegaron á tal punto, que el doctor decidió un día dividir las en dos partes: una para atender al envío mensual; otra, para formar lentamente un fondo que permitiese á la madre, un poco más tarde, ir á recoger la criatura. Al saberlo, los ojos atónitos se nublaron un largo minuto en un esfuerzo de credulidad. «¿Ir ella?... ¿Ella?... ¡Era demasiado!» Luego se esmaltaron de un llanto que se los cubrió íntegros, dejando en el fondo dos inmensas llamas alegres, á modo de lluvia con sol. Redobló su gratitud y su actividad. Cual si quisiera borrar los días intermedios que la separaban del lejano en que podría ir á completar para siempre su ser,

hundióse en el trabajo, sin querer salir al portal más que para fregar las losas, sin hacer el menor caso del paisano incansable, que, con la humilde tenacidad de su raza, dirigiale desde la acera su aterciopelado mirar de morriña, blando y plañidero como su acento.

Y el tiempo, avalorado ya por la esperanza, empezó á marchar con esa marcha desigual que se burla de la regularidad de los calendarios y de los relojes: unas veces monótono, otras saltarín. A modo de jalones, traía el correo de España, cada mes, la misma carta llena de exigencias. Dijérase que el niño, al crecer, hubiese ensanchado, ensanchado, ensanchado; necesitaba al mismo tiempo la leche de una vaca y las medicinas de una botica enteras. El cuerpecillo, que, en una fotografía borrosa y tan estropeada, que ni siquiera el nombre del fotógrafo pudo leerse, debía tener una dimensión invisible para justificar tantas varas de tela como necesitaban sus vestidos. El sarampión fué para la galleguita una erupción de plata, y el primer diente fué, sin duda, de oro. ¿Qué le importaba á ella? ¡Mejor si eran precisos tantos extraordinarios! Para eso tenía tantas fuerzas y el Apóstol le había deparado la casa más buena del mundo! Y, confiada, metía su voluntad de trabar hasta rendirse en los días, lo mismo que la proa de una nave anhelosa de llegar antes. Sólo en vísperas de recibir carta—las cartas tirabuzón, según las llamaba la hermana de la señora—veíasela inquieta.

Mas, de pronto, su energía, que había resistido sin falta alguna cerca de tres años, tuvo un desfallecimiento. En la casa frontera cambiaron los vecinos, y los nuevos tenían un niño. Era rubio, pálido, de una fragilidad que hacía temer cualquier movimiento brusco. La galleguita se detenía á veces con la escoba ó con las bayetas en la mano, y se ponía á contemplarle en un sombrío ensimismamiento. El rondador, que al verla mirar á la calle tuvo la ilusión de haber triunfado con su larga asiduidad de la larga esquivéz, la perdió al punto, sin cejar por eso en su empeño. La señora, su hermana y el doctor se dieron cabal cuenta y celebraron consejo de familia. «Había que mandarla allá ó se enfermaba.» «¿No le era posible á él, con sus relaciones en el puerto, obtener un pasaje gratuito?» «Así los ahorros le servirían para llegar allá, para callar las bocas ávidas y poder rescatar su hijo y volver!» «Yo le voy á dar dos moneditas de oro que tengo guardadas», dijo la muchacha. «Yo he pensado, puesto que Dios no nos da hijos, en regalarle la onza que el padrino me dió para «el nieto». ¿te acuerdas?», dijo, con los ojos nublados, la señora. El doctor aprobó... Vió al cónsul y arregló el viaje... La antevíspera de salir el buque se lo dijeron de improviso á la galleguita, sonriendo, en son de quitarle importancia. Ella quedó rígida, sumida en un inmenso minuto de estupor la vida entera, y luego se dobló hasta desplomarse, para reaccionar en seguida en busca de pies y manos que besar.

Y dos días después fueron á despedirla igual que hubieran ido á despedir á una parienta. Por mediación del doctor la pasaron á segunda clase. El mar centelleaba, y los mil ruidos del tráfico repercutían semiapagados en el fondo del puerto. Cuando el buque enfiló el canal, dejaron de ver su pañuelo en la borda.

—¿Qué pronto se ha entrado!

—Es que ya no nos ve.

—Allí está, allí está—dijo el doctor, que miraba con gemelos.

Y la vieron en la misma proa, ya sin volver la cabeza para la ciudad, inclinada hacia adelante, cual si sus ojos percibieran entre la revuelta uni-

formidad de las olas el camino que iba á llevarla hasta su rapaciño.

Lo mismo que el buque puso entre su mole y el muelle un espacio que poco á poco se fué ensanchando hasta hacerse insensible, el tiempo puso entre el hoy y la despedida de la galleguita un lapso cada vez más vago. La recordaban con afecto, y su nombre salía de tiempo en tiempo en las conversaciones. «¿Volvería?» «No, se quedaría por allá; quizá estableciera con sus economías un comercio minúsculo.» Como no recibieron carta: «¿Quién le iba á escribir en la aldea? ¡La pobre!» Las memoranzas fueron amortiguándose, y á los tres meses pasaban ya dos y tres días seguidos sin nombrarla. Y una noche, inesperadamente, deshecha, rota, con las mismas ropas que partió hechas harapos, la vieron apoyada derrumbada casi sobre la cancela del jardín, sin atreverse á entrar. Al principio, en la penumbra del crepúsculo, creyeron que era una mendiga:

—Dios la socorra hoy, hermana.

—Dale un medio, mujer... Tome.

—¡Si es la galleguita!

—Pasa, pasa, ¡mujer!

Y tuvieron que ir á recoger, como una cosa inerte. Venía famélica, con una debilidad ya cercana á la muerte, y tardaron mucho en reanimarla. Miraba á todas partes



con lentitud, queriendo asirse con los ojos á aquel buen oasis de su vida. Pero á todas las preguntas openía un mutismo denegador, y su respuesta única era un llanto lento, difícil, como extraído por la bomba de los sollozos de lo más hondo de su ser.

—Vamos, cálmate... ¿Llegaste hoy?... ¿Por qué no avisaste? ¿Y tu hijo?

—No le preguntes más... Ni pienses en nada, galleguita... Bebe este jerez... Luego te llevaremos un caldo á la cama... Ahora lo que tú necesitas es dormir... Ya hablaremos... Anda.

Se dejó llevar, y durmió de un tirón ese sueño de piedra que sigue á los grandes dolores. Al despertar, la hermana de la señora, que estaba á su lado, recogió su confianza: «La habían engañado!» Hacía más de dos años y medio que su *neniño* podría bajo tierra... El condenado retrato que mandaron era de otro... ¡De otro!» Y volvió á caer en un sopor alternado de rencores y de mansedumbres... Sólo de tarde en tarde, pedazos de frases reveladoras desgarraban su jadeante silencio: «Al principio pensó matar ¡á su padre, á su padre!, sí. Como él había matado á su madre y quizá á su *neniño*... Luego quiso huir, y todo era negro, negro ante sus pasos. Una idea sola era clara en aquella negrura: «Quería verlos á ellos, que habían sido tan buenos, antes de morir. Embarcó igual que un bulto, no sabía cómo. En el fondo del mar había dos bracitos llamándola; pero el cura de á bordo lo adivinó, y cuando iba á inclinarse sobre la borda, para corresponder á aquel abrazo para siempre, la llevó á la capilla, la hizo jurar ante una imagen de San Yago... Y luego le habló de Dios..., de ellos, que en La Habana le ayudarían á hacer vida nueva... Además, su hijito estaba allí arriba, en el cielo, y si ella se tiraba al mar, iría á lo profundo y no podría ya verle nunca... ¡Por eso había venido!»

La cuidaron con amor el cuerpo y el alma, con esa hospitalidad suave que es el don de Cuba. El barrio entero siguió durante unos días su gravedad, su mejoría, su convalecencia. Luego, su complexión fuerte restituyó el vigor á su sangre y á sus músculos, y un día, por instinto, vióse camino del portal con la escoba y las bayetas en la mano.

—¿Vas á trabajar ya? Deja, mujer—le dijeron.

—Si me distraigo... ¡Si me gusta! Así no pienso, y es mejor.

Volvió á trabajar con aquel ardor juvenil de antes, á sonreír, á cantar las añosas cantigas melancólicas de su tierra; pero sin poner ya en ellas otra tristeza que la colectiva, de raza. Una tarde, al volver la señora y su hermana de paseo, la vieron, con inmensa sorpresa, hablando en la cancela con el rondador obstinado, á quien durante tres años enteros ni siquiera miró una vez. Y entraron, llenas de misteriosos espavientos, á referírselo al doctor.

—¡Ya está como si tal cosa! Y, después de todo, me alegro... Hablando con el gallego de los bigotes, sí...

—¿Quién lo iba á pensar!

—No sabe una nada del mundo... ¡Si á mí me lo hubiese dicho algaién! ¡Si parece imposible!

El doctor alzó del libro que leía su cara bondadosa é inteligente, y:

—No juzguéis de ligero—dijo—. Lo único que ha puesto la Naturaleza en esa alma buena y rudimentaria como la de una bestia buena, es la maternidad... Por la maternidad la hemos visto hacerse grande, admirable... ¡No es que ha cambiado, es que busca el camino del hijo, de otro hijo vivo á quien querer y por quien volver á sacrificarse. ¿No lo comprendéis?

(Dibujos de Benet)

## POR TIERRAS DE FLANDES

# Los cisnes de Brujas

**S**OBRE las rígidas aguas negras de los canales de Brujas produce el lento navegar de los cisnes una dulce emoción de silencio. Son la góndola ideal. El gran copo de espuma blanca. La abierta flor del loto quimérico. La nube errante del cielo azul caído al fondo de los canales desde la bóveda. Nube que camina entre los hoyos de los nenúfares, estrellas verdes del cubo sumergido.

Los cisnes despiertan á las aguas. Les in funden su propia vida. La suave proa de su pecho rasga la superficie. La hace vibrar. Rompe sus inmovilidades. Quiebra el espejo. A su paso, las imágenes de las paredes mo hosas clavadas en las aguas zigzaguean como si fuesen á derrumbarse. Los cisnes impiden la agonía del canal. He aquí la palpación inefable de Brujas. Blancos igual que los encajes, que son los cisnes de los callejones sin aguas. Mientras exista en Brujas un cisne y una encajera, no se podrá decir que ha muerto.

•••••

Y son las tocas monjiles de la ciudad profesa. Las tocas almidonadas y nítidas que se aventuran con una solemne lentitud por los laberínticos claustros de los canales. La encarnación de su silencio. La estampa de sus meditaciones. El largo cuello en graciosa curva y el pico abatido dan á los cisnes la actitud de la oración. Parece que están siempre arrodillados. Han hecho su libro de oraciones con los hoyos de los nenúfares. Un libro abierto sobre la superficie de los canales. Son las beguinas de las aguas. Igual que ellas, cantan al morir como clamando por una resurrección.

•••••

Lo mismo que toda la ciudad, tienen los cisnes de Brujas una historia dramática. En Brujas no hay historias ni leyendas de amor. La ausencia del romanticismo en las tradiciones es lo que da á Brujas su aspecto de monja. En Brujas no se ha amado jamás. En las consejas de Brujas no hay sino sangre y dolor. Abnegaciones de todos los martirios. Sus héroes no se han desmayado nunca de amor. No tuvieron otra amante que la misma ciudad. Para que por Felipe el Hermoso se volviese loca una princesa tuvo que cambiar Flandes por España. Y entonces apareció en un canal de Brujas el primer cisne.

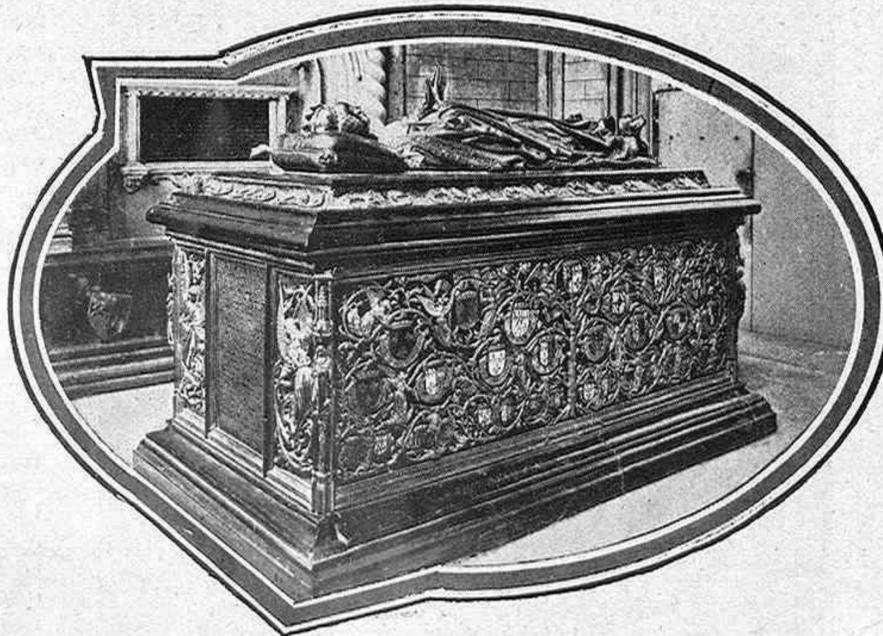
•••••

Pero los cisnes de Brujas nacieron de una traición, hecha al modo veneciano. Como si los canales influyesen en el espíritu de una ciudad, Venecia y Brujas tuvieron hace cinco siglos corazones idénticos. De la traición, madre de los cisnes, no queda en Brujas sino un recuerdo á medio borrar y el sepulcro de quien hubo de cometerla. Llamábase Pierre Lanchais. Por codicia ó por apasionamiento político entregó Brujas á los invasores. Llegaron del mar, que entonces besaba los pies de Brujas. Una noche Pierre Lanchais, puesto á devoción de los enemigos, dejó caer las cadenas que cerraban el puerto. Los galeones pudieron avanzar á través de la sombra. Brujas fué sorprendida y tomada en su reposo. Pero el nombre del traidor corrió de boca en boca por toda la ciudad. El pueblo, que no había podido defenderse, clamaba venganza. A Pierre Lanchais no le fué posible encontrar amparo ni defensa. Brujas cayó sobre él en la roja exaltación de sus indignaciones. El sin ventura cruzó las encrucijadas

perseguido por el odio de todo un pueblo. Corría con los ojos desorbitados, con la boca entreabierta, áspera la garganta, tembloroso el mentón, sediento, amarillo. Las gotas de sangre, de un sudor de muerte, eran los trágicos rubíes que se abrían como flores sobre la piel helada del traidor. Al final de su carrera loca esperábanle los abiertos brazos de la vida. Pero no los pudo alcanzar. Una puñada que le golpea como si le hubiese alcanzado el golpe de una piedra, le hizo tambalearse. Claváronse unos dedos en sus mejillas. Unos dedos que dilataron su boca y quizá rasgasen sus párpados. Una nube de sangre le ocultó el mundo. Mil furias cayeron sobre él. Fué abatido por mil muertes simultáneas. Los guñapos de sus ropas, junto con los de su carne, volvieron á recorrer, arrastrados, la ruta de su carrera, en cuyo final la vida, burlada, abatió la frente y huyó.

•••••

Hasta aquí llega la relación que en una tarde de color de violeta hube de oír entre el sepulcro de Pierre Lanchais y las tumbas de bronce de María de Borgña y de Carlos el Temerario, en el seno de una capilla de la iglesia de Nôtre Dame. Cuida del recinto una mujer joven, que parece que anda sobre las puntas de los pies. Su voz bisbisea, como si rezara siempre. A través de los ventanales policromados, la furia del sol pinta de mil colores las tumbas y las baldosas y medio rostro de aquella mujer, y sus manos, cruzadas sobre el vientre. Ella no sabe de la historia de Pierre Lanchais sino que, por su deslealtad, fué asesinado por el pueblo, y que después la justicia condenó á su vez a Brujas á sostener por penitencia unos cisnes en los canales hasta la consumación de los siglos. Así lo dice la lápida del sepulcro de Pierre Lanchais, y así se cumple. La guarda de las tumbas, al acabar su discurso, gira sobre sus talones, y va en silencio á sentarse, como una devota, en un reclinatorio ensombrecido. La luz del sol, policromada y viva, trepa por la pared, en cuyo seno duerme el traidor. Las palabras de la losa negra se tiñen de rojo, de verde, de azul, de amarillo. Bajo la vibración de una campana tiemblan los rayos de sol como sobre la superficie de los canales.



El sepulcro de Carlos el Temerario en la iglesia de Nôtre Dame. Al fondo, la lápida que recuerda á la posteridad la historia del origen de los cisnes de Brujas



El largo cuello, en graciosa curva...

Sobre las palabras de la sepulturera imagino yo el resto de la desventura de Pierre Lanchais. De seguro que los guñapos de su carne serían arrojados á un canal por la turba enfurecida bajo el cautiverio, cuyo látigo puso Lanchais al alcance del invasor. El cadáver flotó hasta el amanecer sobre las aguas. La muerte despertó así de su sueño. A la luz de la luna, la carne muerta de Pierre Lanchais fué dos veces blanca. He aquí el primer cisne y la primera góndola.

Después del castigo, la dispersión. Cada uno de los vengadores hundiría en su casa la inevitable inquietud del remordimiento. El cadáver de Pierre Lanchais navegó durante toda la noche á lo largo de su propio ataúd. Llegaría quizá á las riberas del lago como huyendo de las aguas. De seguro que allí le encontrarían los invasores. Fué extraído y piadosamente cubierto sobre el césped. La justicia, que no pudo inculpar á nadie de aquel crimen, quiso que la ciudad fuese castigada. La justicia no ha cambiado de conceptos, y entre heraldos, trompetas, tambores y guardias sentenció á toda Brujas solemnemente. En memoria de su crimen fué condenada a sostener á perpetuidad en los canales unos cisnes, viva evocación del hombre cuya sangre tiñó las aguas. Sus mutilados despojos fueron enterrados en una iglesia, junto á dos altos príncipes. Y los cisnes comenzaron á ser las sombras de un muerto.

•••••

A través de los vidrios verdosos de sus ventanas vieron, horrorizados, los hombros y las mujeres de Brujas cruzar ante sus ojos los primeros cisnes. Blancos, como la carne del traidor, bajo la luz de la luna. Mudos como la muerte. Abandonados al curso de las aguas como un cuerpo sin vida. Cuando cantan al morir, álzase sobre los canales un eco de los últimos gritos del traidor.

Pero la vida, eterna triunfadora de la muerte, ha cubierto con el olvido el recuerdo de la trágica noche. Sobre su dolor álzase la belleza de los cisnes blancos, bajo cuyos plumones resucitó el agua muerta. La sentencia de 1488 ha perpetuado la vida, en vez de perpetuar la muerte. De Pierre Lanchais ya no se acuerda nadie. Sólo las viejas, sentadas en los pretilos de los puentes, murmuran una cantata tradicional en torno á la olvidada historia. Los cisnes han dejado de ser una acusación ó un remordimiento para convertirse en el más suave perfume de Brujas, la monja. Su melancolía navega á lo largo de los canales, entre las blancas plumas de los cisnes, líricos, armónicos y ensimismados como la ciudad.

CEFERINO R. AVECILLA  
Brujas, 1927.



Cámara. J-4



«Retrato del conde de Berg», cuadro original de Van Dyck, que se conserva en el Museo del Prado

## CUENTO ANDALUZ

## EL CONJURO MILAGROSO

Se conserva aún en Andalucía, entre la gente del pueblo y heredadas de generación en generación, una serie de oraciones, ensalmos y conjuros para los males del cuerpo y del espíritu.

En las fachadas de algunas casas de los pueblos andaluces se lee esta cristiana inscripción:

«Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal.»

Y los que habitan tales viviendas se sienten protegidos por una mano sobrenatural y divina.

Estos que digo tienen fe en Dios y en una serie de supersticiones condenadas por la Iglesia, y lo mismo recitan la oración piadosa, impetrando el auxilio del Cielo, que el conjuro y la brujería, mezclando en curiosa y tradicional amalgama lo divino con lo humano.

Para esta gente astuta, de una fina sensibilidad, maestros de ladinos algunos, crédulos y sencillos los más, sobra todo, porque para alcanzar cuanto desean tienen el remedio en su mano: una oración, un ensalmo ó un conjuro. Ni de médicos necesitan, que éste es llamado solamente en el último trance, cuando han agotado su ciencia casera, cuando el enfermo está dando las boqueadas, y sólo para que dé *er visto bueno e defunción*. Tal pánico les causa el médico, que tiemblan cuando saben que la familia le ha mandado llamar; miedo que ha sido recogido y cantado en cantos populares. No hace mucho oí yo á un gitano que así cantaba, enternando los ojos y con trémolos de infinita amargura:

«Ya viene ahí er zeño dortó y su cirugía,  
y hasta la camita retemblaba  
de jindama que tenía.»

Y temblaba de verdad al cantar la copla, y ponía cara de espanto, como si estuviera viendo entrar al galeno de manos de la «pálida».

Y es que ellos tienen más fe en su ciencia que en todas las ciencias juntas. Como que poseen una oración infalible para cada enfermedad, y unas palabras maravillosas para cada necesidad, y unas hierbas salutíferas *pa toos* los dolores, y unos conjuros *pa toas* las *pesarumbres*; fórmulas, oraciones y ensalmos

que están avalorados con los *milenta mil* cascos que ellos han visto *por sus propios ojos*.

Yo también, por mis *propios ojos*, he presenciado, entre otros, éste curiosísimo:

La acción, en un barrio apartado de Granada. Principales personajes: un matrimonio de unos treinta y cinco años el marido; de diez menos la mujer. Nueve llevan de casados, y, según confesión de una de las partes, han sido, día por día, nueve años de infierno.

Y el caso es que el hombre ni es francamente malo ni físicamente repulsivo, y ella... ¡Ella es hermosa hasta dejárselo de sobra, porque lo reúne todo! Talla, más bien alta, fina de *cabos*, airoso, suelto y mayestático su andar, dejando ver cuando taconeaba la resistencia de su carne entera y marmórea, llena de vida, de ágiles movimientos y de graciosa bizarría.

Lleva el sencillo y artístico mantón de Manila recogido sobre los hombros, dibujando su busto estatuuario; en su cabeza se alborotan encrespados rizos negros y brillantes, aprisionando unas varitas de albahaca, y en el pecho, prominente y redondo, descansa un ramo de flores. ¡Vaya aire, vaya garbo, vaya salero y majestad, y... vaya con Dios mi comadre, la «niña de la Aunona»!

Cuando cruza la calle, los hombres se apartan á derecha é izquierda para dejarla el paso, y alargando el cuello y apretando las bocas muerden un «¡y olé!» en sus mismísimos oídos, y su brava apostura despierta livianos deseos, y su real persona deja una fragancia de jardín en primavera. Lo que me decía un curdón de mucho salero: «Compare e mi alma! Por esa mujé yo me quitaba de la bebia y me golvia hombre serio; por esa mujé me dejaba yo el bigote y la perilla.»

Pues ¿y para cuidar de su casa? Sin contar con más caudal que el reducido jornal del marido, tiene la vivienda como un sol de brillante y apañadita. Ella, para que su casa cruja de limpia y para ayudar á salir adelante y bien vestiditos, va á recoger madejas en bruto, para tras la ruda labor del torno de mano, devolverlas vestidas en pulidas mazorcas á la tienda; y así, siempre que ella ó su hombre están en un apuro, ó hay que renovar unos botillos ó un vestidillo, de esta

manera, convirtiendo la noche en día, agencia una peseta, que unida á la que tenga ahorrada los saca del apuro, y «¡hasta otra, Jesús mío!»

Pues esta mujer, ¡qué digo!, este *capullito e rosa*, esta maravilla de *ciatura*, esta almá-eiga de claveles, tenía el marido más charrán y más sinvergonzón y más sin entrañas que vieron ojos humanos.

Cuando ella lo conoció era un bravo mozo. Guapo, ágil, trabajador y más bueno que el pan de flor. Pero le dió por la bebida, ¡los amigos!, comenzó á irse de *acá p'allá*, y me lo *gorvieron der revés*.

El es bueno, y ni aun bebiendo vino es hombre capaz de una «mala» partida; pero, eso sí, incapaz de hacerle daño á nadie, le da por decir que es valiente, por meterse con todo el que pasa perdonándole la vida, y hubo una época, bien corta para su mal ó su bien, que enarboló bandera de bebedor y valiente entre los curdones de más fama y los primates de la valentía. Llevaba una descomunal faca, en cuya finísima hoja hizo grabar en una sola línea la siguiente inscripción:

*Pa gloria y honra de los hombres con circunstancias y cartel; no me saques si no es con provecho, ni me lleses un solo día á casa sin que me haya remojao en sangresita rica. ¡Viva mi dueño muchísimos años y yo que lo vea!*

En cuanto estaba bebiendo iba por la navaja y se la colocaba en la cintura, cruzándole el pecho como una banda de nobleza y clavándosele un extremo en la barbilla; y cuenta que un día en que un guardia fué á quitarle la terrible herramienta se puso enérgico y extrañado:

—No me la pueden quitar porque es la herramienta del oficio.

—¿Qué oficio tienes?

Y rechinando los dientes y poniendo los ojos en blanco, respondió:

—¡Matón!

Pero se descubrió su mansedumbre y su bondad, y no había guantada perdida que él no se encontrase, ni palo tirado al desgarré que no recogiesen sus costillas. Y como era incapaz de hacer daño á nadie, primero desafiaba provocativo, y después recibía con cristiana unción los estacazos del prójimo. Y era lo que él decía:

—*To* es hasta acostumbarse. La primera vez que me pegaron dije yo: «A ese lo mato», y estuve tres noches sin poder dormir; y ahora..., ahora no me puedo dormir como no me peguen.

La pobre mujer, hecha una mártir, pasaba noches en vela y tragos amargos, cuando si ella quisiera... Pero es buena, porque para buena la parió una estrella, y si alguna vez, pálida, ojerosa, se llena de desmayos, de deseos, aquella carne entera, plétórica de vida, y deja vagar su pensamiento por los ardientes y fáciles dinteles de la culpa, alza sus ojos á su Virgencica de las Angustias y ata las energías de la sangre y amarra los malos pensamientos con fortísimos dogales.

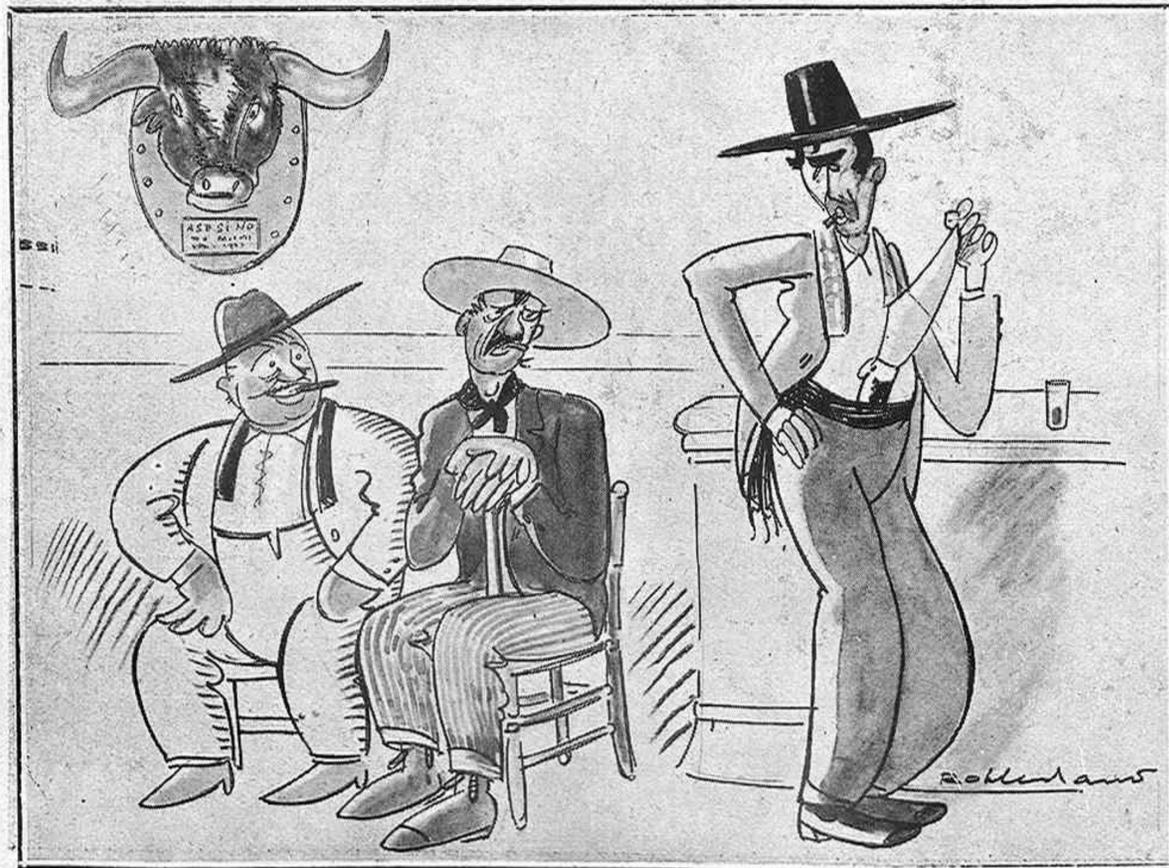
Hasta que un día, *desesperatta*, sin fuerzas ya para resistir las borracheras y escándalos de su hombre, tropezó con una vecina que después de oír sus lamentaciones, le «largó» sin más ni más lo siguiente:

—Pues pasas tó eso porque quieres, porque en cuantito á ti te dé la repotente gana y hagas lo que yo te diga, no güelvé á bebé tu marío ni zarzaparrilla tan siquiera.

—Pues ¿qué hace osté que no me dice ya lo que sea?

—Ten carma y escucha. Yo no te diré que le des los porvos esos que da arguna gente, porque á uno conozco yo que se quedó perlático; pero sí vas á hacer lo siguiente, que no falla:

Yo fui á la zahorí en consurta pa un cuñao mío que cuando no tenía dinero pa bebé y emborracharse, bebía agua y se mareaba



—No me la pueden quitar, porque es la herramienta del oficio.

dando güertas abrazao á la columna der patio; yo fui, como te digo, y la adivinaora me dió la siguiente receta, que es de mano santa.

—¡Hable usted pronto, por su salud!

—Verás. Lo primerito que hace farta es tené fe y creer en que lo vas á conseguí, y con esta creencia te acuestas esta noche pensando en lo que vas á hacé con firme voluntá y teniendo cuidao de no distraerte ni hablar con nadie, y si con arguien te encuentras tú, ni le hables ni le salúes siquiera. ¿Te enteras?

—Siga osté, que no pierdo ni er jálito.

—Te vas derecha á un zarzá, y frente á él, con er sombrero en arto de tu marío, te jincas e roillas y dices estas palabras:

«Dios te guarde, zarzamora;  
ven con Dios en esta hora.  
De tus hojas verdes quiero un vestío,  
y pa un enfermo salú,  
y pa que no beba más mi marío.  
Amén Jesús.»

Y vas y le cuergas á la zarza er sombrero con la mano derecha, y con la izquierda le arrancas tantas hojas como borracheras haiga cogío tu hombre.

—Pues entonces tengo que segar de raitos los vallaos.

—También está previsto. Pues entonces arrancas tantas hojas como años llevéis de casaos, y te alejas andando pa atrás y sin dar ar zarzá la esparda, y vas rezando un creó, y á ca creó tiras unas hojas ar suelo, y á los nueve días justos de hacer esto tu marío quea sano. ¡Y pobrecito der que pise las hojas que tú has tirao, porque ese se gorverá borracho, aunque no lo haiga catao en su vida!

—Pues si eso es así, mañana mismo empiezo yo á hacerlo.

—Entonces ya pues jurá que tu marío está der to curao.

—Pues quéese osté con Dios y que Dios le pague er bien que acaba de hacerme.

Y con un rayito de esperanza, como una gota de miel en el veneno de sus pesares, con el semblante menos ensombrecido y menos triste su mirada, echó á andar camino de su casa, con aquella gracia y flexibilidad, como si tuviera descoyuntado su cuerpo, mi comadre la «niña de la Aunona».

Que Dios le diera á la vecina que le enseñó el conjuro todo el bien que se merecía. Cinco días llevaba poniéndolo en práctica, y cuatro hacía que su marido estaba como en los primeros de casados. Ni probaba una gota de vino, ni salía de su casa, ni aun siquiera para ir al trabajo. Un poco triste y preocupado sí lo encontraba; pero eso sería el remordimiento del mal que había hecho, la contrición de culpás pasadas.

Y cuando llegó el que hacía cinco días y estaba de hinojos ante el zarzal recitando con toda su alma y á la buena de Dios aquello de «Dios te guarde, zarzamora... y de tus hojas verdes quiero un vestido», se encontró de pronto, y cuando menos lo esperaba, con un formidable estacazo en la cabeza que á poco le hace perder el sentido. Volvió el rostro, y allí, junto á ella, con el palo en alto,



—Y tú anda «pa» casa, que ya te ajustaré yo las cuentas galanas.

vió á su marido furioso y con una borrachera más grande aún que juntas todas las que había tomado en su vida.

—Conque un vestío, ¿eh? ¿Conque tú quieres un vestío y se lo pides á ése? ¿Aónde está? ¿Aónde está?—y buscaba á su supuesto rival entre las zarzas.

—¡Claro! ¡Se ha dío juyendo porque me teme, porque sabe quién soy yo y que lo mato! ¡Yo! ¡Yo, que soy er matón más grande der globo! ¡Sargasté, hombre, que aquí le espero! ¡S'ha dío!—Y cogiendo á su mujer por el pelo y zarandeándola horriblemente, le gritaba:—Y tú anda pa casa, que ya te ajustaré yo las cuentas galanas.

Ella lloraba llena de amargura, más que por los golpes (y era la primera vez en su vida que le ponía la mano encima), porque veía fallidas y rotas las esperanzas de ser feliz con aquel hombre, á quien, á pesar de todo, quería tanto cuanto más le hacía sufrir.

—Ven aquí, hombre, y ten carma; si yo no estaba con nadie; si es que...

—¿A mí qué me vas á contá tú? ¿No estabas con nadie? ¿Y er vestío que le estabas pidiendo? ¿Y ese sombrero que tienes en la mano, no es de él? ¡Mardita sea mi corazón! ¡Tira pa casa, e' aquí en mitá e la calle te doy junto de acebuche!

Y la pobre mujer marchó á su casa entre una letanía de maldiciones y un rosario de palos y un mar de lágrimas, renegando del conjuro y de la mala hora que le dió oídos. Pero ¿y los días que había estado sin beber? ¿Por qué fué aquello?

Lo que pasó fué que el marido no salió en aquel tiempo porque le andaba buscando un mozo terne y jacarero con el que se había propasado en su última borrachera, y prefirió esconderse, porque sabía que si el otro lo encontraba le daba «pomá pa er pelo». ¡Lo había jurado! Pero la madrugada de marras despertó, y extrañado al notar la ausencia de su mujer, salió desesperado en su busca, y ya en la calle y en los escondrijos que conocía, por desahogar el mal humor, copa va y copa viene, hasta que dió con su mujer, y ocurrió la escena que ya conocemos.

•••••

Cuando se hubieron serenado los ánimos y el hombre supo la verdad de todo, sintió tal vergüenza de sí mismo, que se fué para su mujer, la pidió perdón, y cogiéndola después por la cintura, apasionado, temblando en sus ojos las lágrimas, le dijo:

—¡Yo te juro, gloria y martirio de mi vida, que te miraré desde hoy como á la consagra y que no pruebo más ni una gota e vino!

Y cuentan que ha cumplido su palabra.

Y que le ha tomado rubia al tío que todas las tardes pregona en su puerta las zarzamoras. ¡Ah! Se me olvidaba. La vecina que dió el consejo va de puerta en puerta contando la nueva cura, que ella cree debida al conjuro milagroso, y dice, convencida y satisfecha:

—Yo, yo mismita se lo enseñé. ¡Si eso es cosa santa! ¡Si no falla!

JOSÉ MARÍA GRANADA

(Dibujos de Robledano)

## UN SUEÑO QUE PASA

*En el jardín sensual  
del mundo la hallé un día,  
y pasó por mi alma  
como una melodía.*

*Era una flor, un verso;  
lo efímero, lo fácil...  
El capricho habitaba  
su cabecita grácil.*

*Pálida, aristocrática,  
soñadora, era una  
princesa que tenía  
su palacio en la Luna.*

*Tenía un porte heráldico  
de la corte de Luis  
catorce; yo solía  
llamarla Flor de Lis.*

*Pasó por mi camino  
perfumada y ligera,  
como la Juventud,  
como la Primavera.*

*Dejó en mi corazón  
luz de sus ojos bellos,  
fragancia de sus labios  
y oro de sus cabellos.*

Por EMILIO CARRÉRE

*Su gracia, por virtud  
de raros avatares,  
encantaba el hastío  
de mis horas vulgares.*

*Fué algo frívolo y suave  
que pasó fugazmente,  
perfume ó melodía,  
madrigal de la fuente...*

*¡Pero me dió en la hora  
cruel de la despedida  
un beso tan intenso  
como toda una vida!*

XIMÉNEZ HERRÁIZ



BIENEO B  
BIBLIOTECA  
MADRID

«El montero», estampa de Ximénez Herráiz



## LA FOTOGRAFÍA DE ARTE

Pilar López, la gentilísima hermana de la Argentinita y admirada bailarina española, retratada por Apers, el gran fotógrafo parisiense

# Nuestros amigos

# los perros ☆ ☆ ☆



## Su inteligencia, su nobleza, su fidelidad

CONSTANTEMENTE oímos relatar sucedidos curiosos é interesantes que ponen de manifiesto la inteligencia de los animales llamados irracionales arbitrariamente. Estas historias nos hacen pensar en lo injustos que somos cuando martirizando á los seres que nos superan en sentimientos, comecemos con ellos crueldades que debían avergonzarnos.

Citaremos algunas de estas historias para corroborar nuestros anteriores asertos. Han sido divulgadas y publicadas por el célebre naturalista M. Garner, hombre que ha dedicado gran parte de sus trabajos al estudio y conocimiento de los animales. Este hombre de ciencia, dedicado casi desde su juventud á investigar el lenguaje de los monos, refiere anécdotas de su infancia muy unida á la de un noble perro que fué su amigo y compañero en los primeros años de su existencia. Dicho perro se llamaba *Dash*, y era de los llamados de aguas, raza inteligentísima si las hay, aunque en la actualidad hállase casi extinguida. Este perro pertenecía á los padres de M. Garner, y sentía tanto cariño al muchacho, que no se alejaba ni un momento de su lado. Siendo niño de pecho el futuro naturalista, pasábase los días enteros junto á la cuna del pequeñuelo, ora dormitando, ora contemplando á la madre del pequeño mientras ésta mecía á su hijo y entonaba alguna canción para adormecerle.

Cierto día, mientras el niño dormía, tuvo su madre necesidad de salir, dejando al perro junto á la cuna.

A los pocos momentos despertó el niño y rompió á llorar. Atraída por el llanto del pequeño, acudió presurosa la madre, hallán-

dose entonces con una escena divertidísima y á la par conmovedora.

El perro, con las patas delanteras apoyadas en el borde de la cuna, estaba meciendo á su pequeño amo, emitiendo al mismo tiempo suaves gruñidos, como si quisiera arrullarlo. Con aquello quería imitar el canto de la madre, y pretendía adormecer al niño.

Este mismo perro evitó que se incendiara la casa, muy comprometida por la imprudencia de un criado que tiró un fósforo sin apagar encima de un montón de paja. Testigo el perro de lo ocurrido, al ver brotar las primeras llamas prorrumpió en lastimeros y estruendosos aullidos, atrayendo á todos, que pudieron sofocar el fuego.

Desde aquel día no consintió el perro que nadie encendiera fósforos en su presencia. Si alguna persona lo hacía, á pesar de sus ladridos de protesta, lanzábase furioso sobre ella.

Muerto el fiel *Dash*, recogió M. Garner un perro de impura raza, al cual, á pesar de su bastardía, lo cuidó el naturalista con esmero excepcional. Este perro, cariñosísimo con todo el mundo, dió en la peregrina ocurrencia de no aceptar nada que no procediese de su amo, hasta el extremo de que cuando alguien le daba alguna golosina, en vez de comerla, se la llevaba á su dueño para que éste se la diera. Creía que el alimentarle era un privilegio único y exclusivo de su amo.

Los perros de caza son muy agudos. Lo mismo sucede con los llamados policías y con los de Terranova. Los de San Bernardo se distinguen por su bondad y su paciencia, pues á pesar de sus desmesuradas proporciones, se dejan martirizar sin protesta por el

primer niño que se le antoja hacerlo. Los que conocen la vida y las costumbres de los perros que viven al amparo de los cuarteles saben que estos animales comprenden casi desde el primer día los toques de corneta. No hay necesidad de que nadie los enseñe. Perros graciosos y golfos existen á millares. Los estudiantes alemanes tienen á gala poseer animales de estos, que les ayudan en sus picardías y diabluras. Camaradas fieles de los días difíciles, colaboran con ellos hasta en sus estudios. Conocen mejor que nadie á los acreedores á quienes hay que gruñir y á los amigos á quienes hay que festejar.

Antes de terminar este artículo citaremos el ejemplo del perro de la pobre reina María Antonieta. Desde que la augusta cautiva ingresó en su prisión, púsose á la puerta de la cárcel sin querer alejarse de ella. Conducida á la guillotina la desventurada, siguió á la carreta donde iba la pobre dueña. Pugnando por subirse al carricoche que llevaba á la infeliz, enterneció á todos con sus lastimeros ladridos. Murió al pie del patíbulo, á manos de un desalmado que le destrozó el cráneo. Así no sobrevivió á su ama, que tuvo la suerte de no presenciar aquella horrible venganza.

Pocos años ha, con motivo del hundimiento de una de las llamadas barquitas golondrinas en el puerto de Barcelona, un perro de un trasatlántico surto allí distinguióse en los trabajos de salvamento de naufragos, especialmente de los niños. Este perro llamábase ó se llama *Miseria*, si es que vive todavía y no ha sido sacrificado por alguno de los que creen que el progreso humano se mide por la cantidad de crueldades que se cometen con los animales, que suelen ser tan inteligentes, tan nobles y bondadosos...

JUAN LÓPEZ NUÑEZ

# ÉLOGIO DE UNA DANZARINA



¡Oh, serpiente vertical!  
¡Danzarina, sabiamente,  
confusamente sensual  
que ha sido espiral, y siente  
nostalgias por la espiral!

¡Que enredándose á sí misma  
—de sí misma enredadera—  
se devana, se deslíe y se ensimisma  
en las múltiples facetas de su cuerpo—humano prisma—,  
donde lucen con sus luces hechas rizos  
sus gestos de bayadera!

En la morena penumbra  
de tu carne marfileña  
duerme y sueña una serpiente  
Lo que sueña  
se vislumbra  
bajo tu carne cenceña.

Danzarina, ¿quieres decir lo que sueña?

Bajo tu piel transparente,  
con transparencias bronceas,  
se adivina una serpiente.  
¡Muda serpiente elocuente  
que dice con brujas líneas  
—esas palabras eternas  
calladas y universales—  
lo que siente,  
á los músculos flexibles, eruditos y orientales,  
de tu torso, de tus brazos y tus piernas!

¡Y tus músculos chacales  
se comban, como la frente,  
para pensar lo que sueña,  
lo que dice y lo que siente,  
bajo tu carne cenceña,  
bajo tu piel transparente,  
la serpiente!

¡Y tus músculos reptiles,  
alados, decorativos,  
se estremecen, pensativos,  
replegándose,  
retorciéndose,  
en las zingaras cavernas,  
en los morenos cubiles,  
de tu torso, de tus brazos y tus piernas!

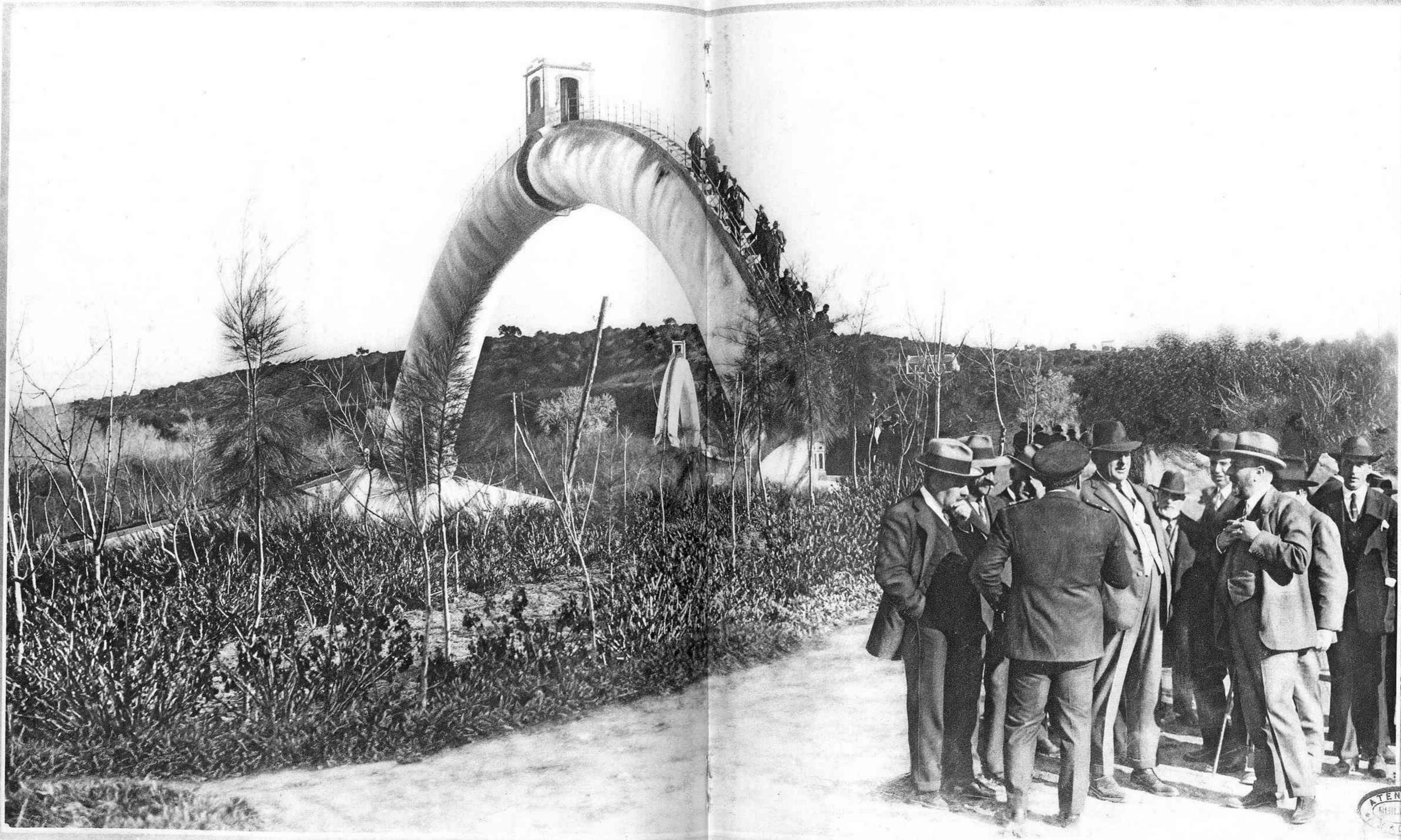
## ENVÍO

En las cuencas de tus ojos, calcinadas  
por el fuego que ellos vierten,  
dos serpientes enroscadas  
—tus fosfóricas pupilas—se han dormido.  
Di, descalza, para que no se despierten,  
lo que han soñado y sentido  
las serpientes,  
que en las cuencas tenebrosas de tus ojos se han dormido.

PEDRO VANCES



(Fot. Calvache)



*De la vida nacional*

El Presidente del Consejo, marqués de Estella, acompañado por el ministro de Fomento, conde de Guadalhorce, y otras distinguidas personalidades, visita el Pantano de Guadalcazín. En el centro del paisaje aparecen los arcos del Sifón de la Junta de los Ríos. Durante esta excursión, el marqués del Mérito expuso al Jefe del Gobierno los ensayos de cultivo que han sido llevados á cabo en los terrenos de regadío que el ilustre prócer andaluz posee en Casinas

Fot. Pan Elberto

ATENEUM  
BIBLIOTECA  
MADRID

ATENEUM  
BIBLIOTECA  
MADRID



Actrices españolas del teatro del silencio. Carmen Viance, la admirada intérprete del papel de protagonista en «La casa de la Troya» (Fot. Kaulak)

## CINEMATOGRAFÍA

### LAS PELÍCULAS DEL MOMENTO

No puede tener mejores comienzos el nuevo año cinematográfico. El público inmenso del *film* aumenta no sólo en cantidad, sino—lo que es más importante—en criterio artístico, en capacidad estética, en conciencia, en conocimiento de las figuras y las perfecciones cinematográficas. A esta creciente importancia del público saben responder—también con un esfuerzo creciente—las Empresas. Las cintas—las nacionales y las extranjeras—son cada vez mejores. Los loca-

les destinados al cinematógrafo aumentan. Hace poco se inauguraron en Madrid tres nuevos edificios de este género: el Palacio de la Música, el Cine del Callao y el Cinema Bilbao. Cuatro teatros cultivan ahora el arte mudo: Maravillas, la Princesa, Pavón y Chueca...

Las primeras semanas del año han sido fecundas en novedades escénicas para nuestro público. Se han estrenado, entre otras películas extranjeras de menor importancia, *El hombre mosca*, por Harold Lloyd; *Carmen*, por Raquel Meller; *La criada del coronel*, por Syd Chaplin; *El capitán Blood...* De cintas españolas se han estrenado *El pollo pera*, deliciosa sátira de tipos y ambientes de hoy; *La chica del gato*; *La Malcasada*, que une al

interés de su argumento el desfile de prestigiosas figuras españolas contemporáneas; *El pilluelo de Madrid...*

Próximamente se estrenarán *Mare Nostrum*, adaptación de la magnífica novela de Blasco Ibáñez, y *El circo*, por Charlot... Y entre las próximas películas españolas figuran *La loca de la casa*, según la novela del glorioso Pérez Galdós, y *El conde de Maravillas*, interesante reconstitución de una muy bella época..

### OTRO NOVELISTA EN LA PANTALLA

Nuestro arte cinematográfico, se ha dicho reiteradas veces, no encuentra argumentos que realmente tengan interés para ser llevados a la pantalla. Es exacto... Pero, por for-



Las «estrellas» americanas de la pantalla en la intimidad. Clara Bow, la deliciosa artista de espléndida belleza y de talento excepcional, sonríe á sus admiradores desde el jardín de su «casa de soltera», en Hollywood

tuna, esto, que era antes verdad, va olvidándose, va quedando atrás. Aquella fiebre, aquella paradoja de llevar al cine las zarzuelas, es sólo un recuerdo. Hoy, la inspiración de las casas cinematográficas va hacia las novelas que realmente puedan ser materia de film. No es preciso recordar, á este propósito, casos que están en la memoria de todos. De Alberto Insúa se acaban de filmar dos novelas: *Los vencedores de la muerte* y *El negro que tenía el alma blanca...* En esta última, los dos primeros papeles están interpretados por Conchita Piquer, la bellísima estrella, y por Raymond de Sarda, un actor egipcio...

Ahora, es Wenceslao Fernández-Florez, el gran humorista, el que va á dedicar su atención al cinematógrafo. Y no es que se trate de la adaptación de alguna de sus novelas. No. Wenceslao Fernández-Florez está escribiendo un argumento especialmente para la pantalla. En nuestro arte cinematográfico, la aportación del gran escritor es una inyección valiosísima, que seguramente ha de prestar nuevo interés á la producción española.

UN BURRO AYUDA Á IMPRESIONAR UNA ESCENA PARA «EL RÍO FORLORN»

No sea malicioso el lector: se trata de un inocente borriquillo que ayudó á llevar la cámara fotográfica y un poco de comer para que Jack Holt, el fotógrafo y el director de la Compañía que ha ido á las montañas de California á impresionar al aire libre *El río*

*Forlorn*, famosa obra de Zane Grey, pudiesen subir á la cúspide de una montaña para tomar allí una escena de esta película.

Tan escabroso era el camino, y tan escarpada la montaña, que no fué posible llevar ningún medio de locomoción para subir. Durante seis horas caminaron y caminaron los artistas. El borriquillo, buen conocedor del terreno que pisaba, lo tomó con calma y llegó á la cúspide sin cansarse.

Caracterizan papeles de importancia en esta obra, además de Jack Holt, la bella artista francesa Arlette Marchal, Edmund Bruns, Nola Luxford y Tom Sanstische. Raymond Hatton tiene en esta obra uno de los papeles de más importancia durante su carrera artística.

UNA BORRACHERA QUE DURA SIETE SEMANAS

«Ya es borrachera», dirá el lector. Una borrachera de siete semanas es una señora borrachera.

Sin embargo, André Beranger estuvo siete semanas consecutivas borracho. Pero su borrachera no era de vino; se trataba simplemente de impresionar una película.

Mr. Beranger es uno de los piratas que aparecen en la grandiosa producción de Frank Lloyd para la Paramount, *El Aquila del Mar*. En una de las escenas de dicha obra, el pirata aparece con una tremenda borrachera que le dura siete semanas. Desde luego que el artista no tuvo necesidad de beber vino para caracterizar tal papel. Además, de

acuerdo con sus declaraciones, debido á la prohibición en América, sería imposible encontrar licor para sostener á un hombre borracho durante todo ese tiempo.

LOS «ÁNGELES» QUE APARECEN EN «LAS TRISTEZAS DE SATÁN» PERTENECEN Á DISTINTAS CLASES SOCIALES

El director D. W. Griffith acaba de poner en la pantalla *Las tristezas de Satán*. En esta obra aparecen escenas que se supone representan el cielo y el infierno. Como es natural, en estas escenas deben aparecer ángeles. Los ángeles, aunque en el mundo hay muchas personas que pretenden serlo, no fueron muy fáciles de ser hallados por el director de repartos de la Paramount, quien tuvo que recorrer sus archivos en busca de las personas cuyas facciones fuesen apropiadas para tales caracteres. Como para un director de repartos nada es imposible, después de múltiples esfuerzos consiguió lo que el director le pedía: Unos angelitos flamantes con toda la cara de seres celestiales.

Estos ángeles fueron reclutados en las distintas esferas y condiciones sociales. Tenemos, por ejemplo, Joe Gluck, que es gerente del departamento de gimnasia de un colegio; Carl Morton, gran nadador y uno de los miembros más populares del Club Náutico de Detroit; Ramón Racomar, escultor; Ernest Daniels, pugilista de profesión; Tom Mallinca, agente de seguros de vida. Estos individuos, cada uno de los cuales podría



Pola Negri, la «super estrella» famosa, acaba de formar Compañía, y aparece aquí, entre sus actores, en el momento de impresionar una de las escenas de «Sublime y perversa», la nueva comedia cinematográfica de la Paramount

construir su propio cielo, deseando «probar suerte» en la carrera cinematográfica, solicitaron el papel de *ángeles*, habiendo sido escogidos por la perfección física de sus cuerpos.

El papel de arcángel San Miguel fué encomendado á Frances Maran, antiguo actor austriaco, mientras que el diablo fué caracterizado por H. Bosen, un madrileño de pura cepa. Es de notar que como ninguno de los dos sabe inglés, el desafío que lanza el arcángel al diablo fué pronunciado en austriaco, mientras que el «diablo» contestó en el idioma de Cervantes. En estos tiempos que corremos hasta es posible que un austriaco sea ángel y que un madrileño pueda aparecer como Satanás. Hay quien afirma que aún quedan maravillas más grandes para ver en el año actual.

LOS CAMERINOS DE LAS «ESTRELLAS» DE LA PARAMOUNT SON EXCEPCIONALES POR SU LUJO

Los artistas mejor alojados en los estudios de Estados Unidos son los de la Paramount. En la nueva casa que esta Empresa ha construido en Hollywood se ha hecho un pabellón aparte para que sirva de alojamiento á los artistas, el cual está subdividido en departamentos. Estos departamentos, compuestos cada uno de ellos de una sala, un tocador y una cocinilla, vienen á formar los camerinos de los artistas.

Desde luego, no todos los camerinos son iguales ni tienen las mismas comodidades. En esto, como en todas las fases de la vida, exis-

te el rango. El camerino de Pola Negri es mucho más espacioso y elegante que ningún otro. Algunos de ellos sirven para dos personas; otros, para cuatro. También hay grandes salas dispuestas para los *extras*. Con todo, podemos decir que en la actualidad no hay artistas en Estados Unidos que estén mejor alojados que los de la Paramount. Al construir el nuevo estudio se tuvo en consideración esta necesidad, sentida desde hace tiempo.

### ¿Es fácil llegar á ser «estrella» cinematográfica?

LO QUE SOBRE ESTO HA ESCRITO JACK HOLT, EL GRAN ARTISTA DE LA PANTALLA

**D**URANTE los últimos cuatro años he recibido innumerables cartas de personas que desean trabajar en la escena muda. La mayoría de estas personas creen que es tarea fácil llegar á ser una *estrella* de la pantalla. Es más: muchos creen que al llegar á Hollywood hay una multitud de productores ansiosos de recibirlos con los brazos abiertos para darles un papel de protagonista. Este es un gran error. Al parecer, la mayoría de estos que tienen aspiraciones elevadas no se fijan en la gran multitud de gentes que aparecen en distintas escenas formando «ambiente», haciendo el papel de «masa». Muchas de las personas que forman este «ambiente» son actores y actrices de talento que

no han tenido la ocasión de poder demostrar su valer; pero que, indiscutiblemente, tienen más derecho y más oportunidad de caracterizar primeros papeles que los que pudiera tener uno que jamás ha trabajado en un escenario. No obstante, año tras año siguen apareciendo en papeles insignificantes, cuando no entre la «masa» de millares de «extras», cuyo nombre no se menciona para nada al impresionar una obra. Antes de llegar á ser *estrella* se necesita haber pasado por múltiples pruebas; caracterizar papeles de insignificante trascendencia, pagados con salarios irrisorios, y haber aprendido en la escuela de la práctica los múltiples recursos que tiene que emplear un actor ó una actriz.

A los que aspiran á «entrar» al cinematógrafo yo les digo: «No se haga la ilusión de ser una *estrella*». Las *estrellas* están muy altas. Y, por encima de todo, no venga á Hollywood sin antes haber tenido un «entrenamiento» en cualquier estudio.

Antes de «entrar al cinematógrafo» son necesarias muchas cosas. Primero de todo, saber si sus facciones «fotografían bien». Esto no quiere decir que debe ser necesariamente hermosa ó hermoso. Lo principal es la proporción. Muchas personas, hombres y mujeres, han fracasado en el *cine*, á pesar de su belleza.

La pantalla requiere cierta proporción, cierta «individualidad», que no todos poseen. Si la posee usted, tiene la mitad de la batalla ganada. Antes de venir á Hollywood cerciórese de este hecho.»



Es una leyenda que tiene un aroma perverso y vago; fragancia del Oriente misterioso y lejano con sus sortilegios, sus hechicerías, su magia nefanda, sus vicios milenarios y sus venganzas refinadas y sutiles...

Ibrahim, hijo de fakir, había heredado de su padre la ciencia secreta de los conjuros, el misterio de las plantas que dan el amor y la muerte, la clave del lenguaje inefable de los astros que constelan las noches profundas de azul terciopelo y el ritmo de las músicas que adormecen y domestican á las fieras del desierto y á los reptiles venenosos que pueblan los bosques inmensos, en cuya sagrada quietud la Quimera engendra sus fabulosas tragedias de pesadilla.

Ibrahim, el joven, corría el mundo, yendo de ciudad en ciudad y de zoco en zoco con su enjambre de serpientes embrujadas, con sus cofrecillos en cuyo doble fondo se ocultaban las semillas turbadoras, los venenos poderosos de los hechizamientos y las fórmulas misteriosas de una alquimia perversa.

Ibrahim, al ronco son de su atambor, congregaba á los curiosos, y sobre una esterilla mostraba primero, como rígidos lingotes multicolor, su colección de ofidios.

Lentamente, al sonido del parche bronco, al conjuro de sus palabras cabalísticas, empezaba el encanto.

Trocábanse los lingotes en vivos espira-

les; se erguían en curva de interrogaciones estremecedoras; saltaban como muelles tensos; se curvaban en arcos inverosímiles y se enroscaban á las piernas, al torso, al cuello del encantador buscando sus labios finos con el triángulo de sus bocas aplastadas, en las que silbaba como un estilete la lengua cargada de ponzoña...

Ibrahim tenía una compañera, Fatma, comprada por él como esclava en el mercado de una gran ciudad... Fatma, sumisa, siempre silenciosa, aceptaba su cautiverio, sometida al par por el miedo al hombre misterioso, del que sabía que podía darle la muerte con cualquiera de las pócimas casi impalpables ocultas en los cofrecillos del encantador...

Fatma, la esclava, odiaba á su señor, á aquel oriental frío y despótico que jamás tuvo para ella una palabra de ternura, que la tenía tan sólo como á un instrumento para su regalo.

Durante varios años Fatma guardó su odio, con tenacidad de esperanzada, soñando en el día de su liberación.

Taimadamente fué sorprendiendo los secretos de aquella ciencia misteriosa de su

dueño, conociendo aquellas sutiles esencias, aquellas drogas casi impalpables que daban el amor y la muerte...

Y un día, en su tienda, bajo las palmeras del oasis, Ibrahim apareció muerto.

En su cuello, unas estrías amoratadas marcaban la presión de unos cíngulos estranguladores...

En torno del cadáver reposaban fuera de sus bolsas las serpientes asesinas...

Eso fué lo que vió la justicia... Los ofidios encantados habían sorprendido el sueño de su encantador y le habían dado la muerte...

Nadie vió en lo profundo de los ojos de Fatma un resplandor de alegría que era la dicha por su liberación.

Nadie vió tampoco que en el silencio de la noche última, el placer rindió al encantador en los brazos de la esclava, y que fué ella, con su propio velo de cautiva, la que echó el dogal al cuello de Ibrahim y apretó con todos sus bríos hasta que la muerte, piadosa, puso fin al dolor de la agonía...

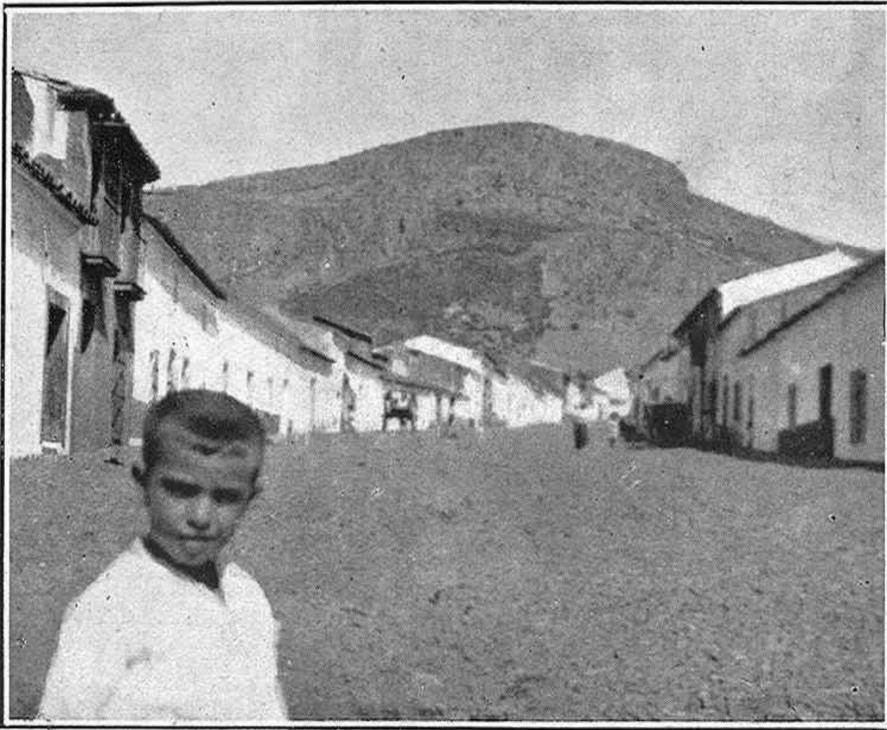
Y luego las serpientes libertadas, dóciles á la voz de Fatma, que había aprendido del encantador la canción encantadora, se enroscaron al cuello de Ibrahim y simulaban y disimularon el crimen...; el crimen de la esclava liberada, cuyos brazos perfumados fueron las blancas serpientes ejecutoras...

ALVARO REAL

(Dibujo de Escribá)

CÓMO DEBEMOS VER NUESTROS PUEBLOS LOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX

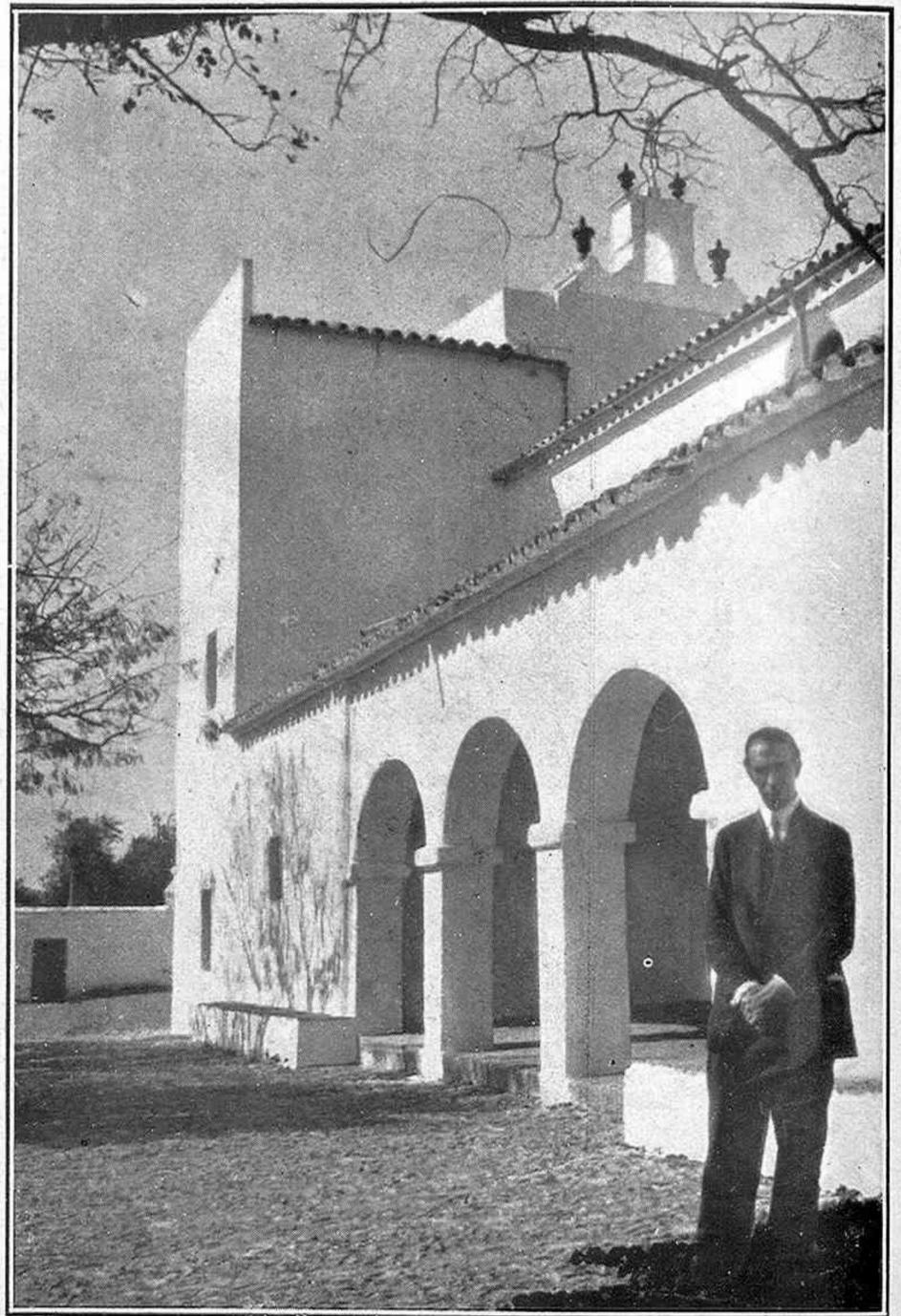
## HORNACHOS: UNA VILLA EXTREMEÑA



Una calle de Hornachos

CADA época elige del pasado lo que más la interesa. Nuestros pueblos, en su inmensa mayoría, son más pasado que presente. Cada época ha ido eligiendo en ellos una cosa distinta. Durante mucho tiempo, á la zaga de los viajeros románticos, casi todos franceses—aunque muchas veces de raigambre sentimental tedesca—, el viajero español que recorría España gustaba de ver castillos en ruinas, precipicios, tajos como el de Ronda. Esta lucha dramática del hombre con la Naturaleza y con el Tiempo, ofrece en España tantos y tan maravillosos espectáculos, que no es de extrañar la sugestión que ejerce sobre el turista, nacional ó extranjero. Siempre serán extraordinarios los despeñaderos, los picos, las altas cimas nevadas, y siempre tendrá su encanto la ruina de un desaforado torreón, enhiesto por milagro sobre los tejados de un pueblecillo.

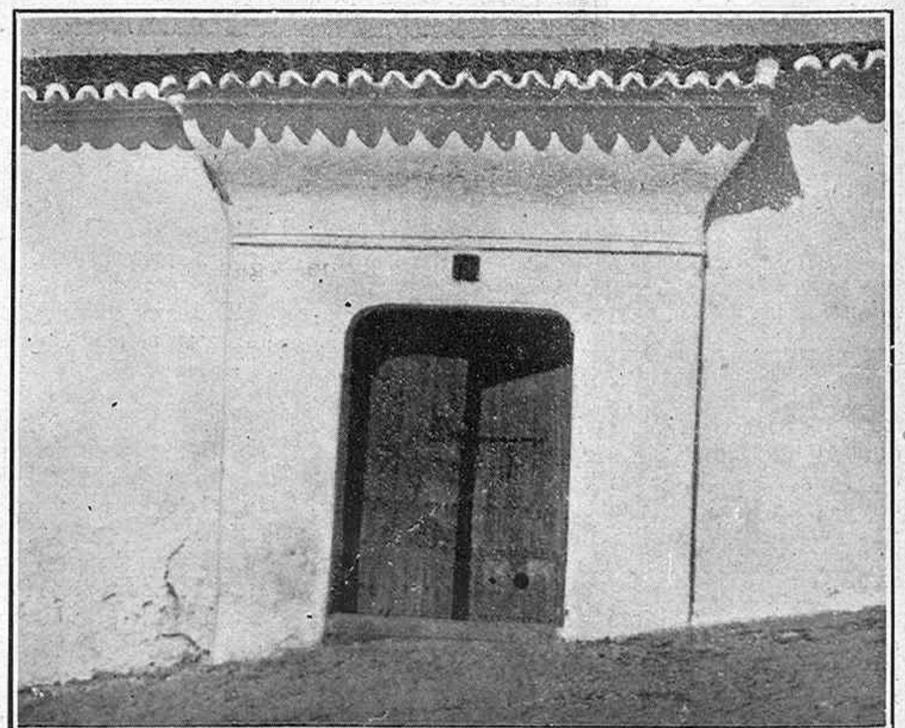
Al mismo tiempo que esos dos objetivos, el viajero iba buscando los monumentos: los magníficos recuerdos de edades pasadas, desde los pelasgos hasta el Renacimiento. Los últimos años nos trajeron el amor al barroco; y es más reciente aún—para el turista, no para el arqueólogo—la afición á visitar las cuevas del hombre prehistórico. No son todavía muchas las personas de buen gusto que hacen, por ejemplo, el viaje á Antequera para penetrar



Hornachos.—Ermita de Nuestra Señora de los Remedios



Una casa de Hornachos



Detalle de una casa de Hornachos

en la incomparable cueva de Menga, el mayor testimonio conocido del esfuerzo humano en la Edad de Piedra.

Pero todavía son menos los que van buscando en cada pueblo lo que hay en él digno de perdurar; es decir, lo que, dentro de su tradición, tiene valor actual. Las casas, no los monumentos; las construcciones del albañil del pueblo, no las que vinieron á hacer griegos, árabes ó romanos. Los muebles, los utensilios y trebejos; los usos y hasta las palabras, que no deben morir porque tienen acoplamiento fácil á nuestra vida contemporánea.

He recorrido en estos últimos días pueblos de Extremadura. Se les supone poco menos que hundidos en una media tinta borrosa; ni castellanos ni andaluces, ni antiguos ni modernos. ¡Cuántos errores! ¡Cuántos prejuicios padecemos y cómo ignoramos la realidad de nuestra España! Extremadura es una de las regiones más ricas de personalidad y de carácter propio. Sus pueblecitos han resuelto todos los pequeños problemas estéticos de la vida lugareña con originalidad. Lo que el pasado imprimió en ellos ha ido depurándose en la práctica, y las mejores obras que vemos en sus calles y plazas son las que están construídas por gente del mismo pueblo, sin arquitectos de la capital ni de Madrid. Empiezan á olvidar algunas cosas; pero todavía se sostienen en pie los hábitos más típicos y más interesantes.

Llegamos á la villa de Hornachos, cerca de Llerena; al pie del cerro del Casar y de unos picachos enriscados y tormentosos, románticos, como pudiera pedirlos la musa de Gustavo Doré. Si las guías hablaran de Hornachos, no dejarían de decirnos: «Visitad las ruinas del castillo: soberbia vista panorámica del pueblo y de la sierra de Hornachos desde los altos del Canijal.» Habría sus equívocas en estos consejos, porque la mejor vista panorámica está en el mismo castillo; pero las guías no dicen nada. Hornachos queda muy á trasmano. Hay que dejar el camino de Llerena á Castuera, más allá de Valencia de las Torres, y torcer por el de la Puebla del Prior á Ribera del Fresno y Villafranca de los Barros. ¿Quién va á meterse por ahí sólo para ver un castillo viejo, habiendo tantos castillos y tantas ruinas ilustres en España? ¿Qué monumento notable guarda Hornachos?



Hornachos.—Plaza Mayor

Esto es lo notable. La mayor parte de estos pueblos extremeños no necesitan guardar ningún monumento para ser interesantes. Si se hiciera la guía de España con sentido moderno, no dejaría de figurar en ella —sin embargo—, entre los monumentos de Hornachos, la iglesita de Nuestra Señora de los Remedios.

¿Qué tradición sigue? No es gótica ni del Renacimiento, ni apenas barroca, fuera de algún detalle. Un arquitecto joven y artista, que me acompaña en el viaje y que ha obtenido estas fotografías, sorprendido por la milagrosa aparición de un edificio como éste, blanco, inmaculado; blanco fulgente á los rayos del sol, tan espontáneo, tan sencillo, con sus líneas rectas y sus grandes pla-

nos, que obedecen libremente á la constitución interior, con una lógica llena al mismo tiempo de severidad y de gracia, me dice:

—No basque usted estilos. Esto es, simplemente, arquitectura extremeña.

Arquitectura extremeña, con el matiz de Hornachos, que no es lo mismo que el de Llerena, ni se puede confundir con el de Ribera del Fresno, la patria de Meléndez Valdés. Dentro, no ya de Extremadura, sino de la misma provincia de Badajoz, hay diversidad de tipos arquitectónicos y maneras distintas de dar una conformación popular á motivos ornamentales de origen más sabio. Hay aquí variantes de bóvedas casi planas, como variantes de refranes. ¿Qué son? ¿Bóvedas bizantinas? ¿Árabes? Han tomado ya caracteres locales, que sólo pueden verse aquí y que, por lo tanto, van caracterizando una arquitectura de radio bien determinado.

Como en las casas, puede apreciarse una singularidad de carácter en las vidas. Pero esto no se apreciará en una hora. Y esto es, sin embargo, lo que debemos ir buscando al pasar por nuestros pueblos para aprender á conocerlos y á estimarlos.

Hay aquí pueblos rotos, truncados por un azar de su historia; pero otros son en su textura íntima redondos y acabados como una estrofa. Ayudarles á descubrir su propia perfección; ver, cuando sea preciso, en dónde está la quiebra de su carácter, esta será una labor útil. Y además tiene el encanto de la enorme variedad de detalles y de motivos; porque España—¡bien lo sabe el que empieza á recorrerla por cualquiera de sus regiones!—es inagotable.

Desde la plaza grande de Hornachos, con la pequeña ermita de Santiago en lo alto; con el grupo de casas que rodean al ayuntamiento y las dos callejas que descienden hasta la carretera, vemos ya toda la tierra de Extremadura á una luz nueva. Hay allí una casa señorial, sin ostentación, lisa y armónica, reducido todo su ornato á un balconcillo de doble arco, coronado por una graciosa fantasía barroca, que vale más que el mejor monumento. Ni el castillo en ruinas ni los riscos tienen tanto interés como esa plaza para un viajero español del siglo xx.



Hornachos.—Ermita de Santiago

Luis BELLO

## INTIMIDADES MONACALES

## EL RINCON ROMANTICO

EL monasterio ofrécese con toda su esplendidez al curioso visitante: el maravilloso claustro mudéjar con su singular templete, el interesante claustro gótico de la botica, la sacristía, museo espléndido del gran Zúbarán, la iglesia, el coro, los patios, el archivo, el relicario, las sorprendentes ropas, el bello camarín, todo...; pero en algunas puertas vemos una sencilla cartela que dice «clausura».

¡Es tan intrigante esta advertencia!

¡Es tan atractivo, tan tentador para el ser humano todo cuanto se nos prohíbe, todo aquello que nos es imposible!

La curiosidad nos incita á traspasar estas puertas, en cuyos cartelitos no debíamos habernos fijado.

¿Guardará el rico monasterio más encantos en esta parte reservada para la vida y la devoción de los suyos?

¿Será como todo él pródigo en bellezas, ó, por el contrario, habrán escogido los frailes sus lugares más sencillos y humildes, si es que los tiene este regio palacio, para su vivienda y sus oraciones?

¿Cómo será el retiro de los franciscanos?

La «borrachera» de arte nos domina, nos ciega; realmente no hemos leído nada, y pasamos dentro.

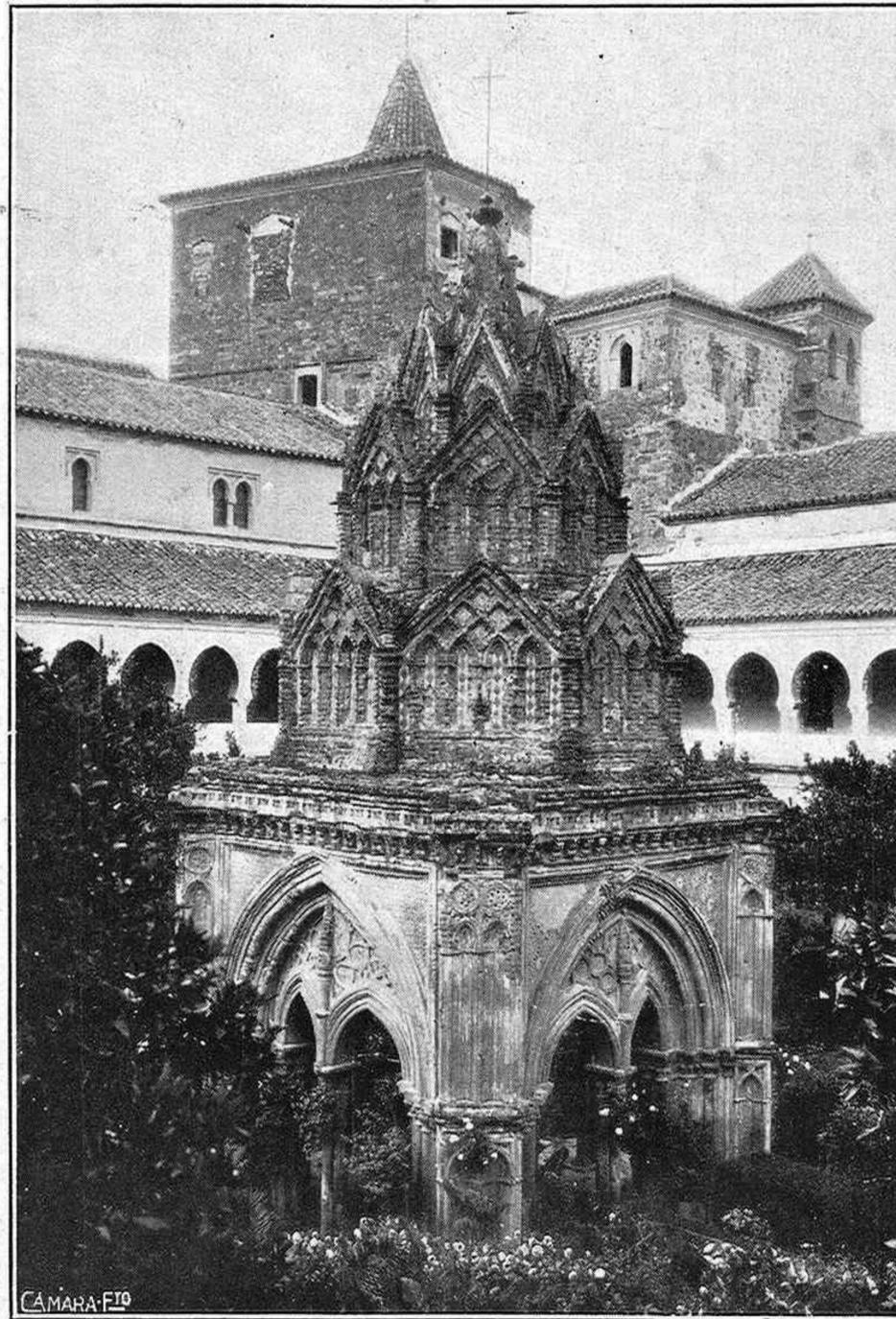
Para el arte no hay, no debe haber clausura; el arte no quebranta reglas, el arte es algo superior á nosotros mismos.

El arte es obra de Dios y debemos disfrutarla todos.

Dominados por estas manifestaciones, bajo la fuerte impresión de las horas que vivimos Guadalupe, recorreremos las intimidades del convento sin ver nada, sin importarnos nada más que lo gótico, lo mudéjar, lo plateresco.

Con razón dudamos, cuando la avidez de lo desconocido nos empujaba hacia dentro, si habría lugares humildes y sencillos en esta parte reservada á la comunidad.

El monasterio fué completo, y más ó me-



La magnificencia y originalidad del templete central

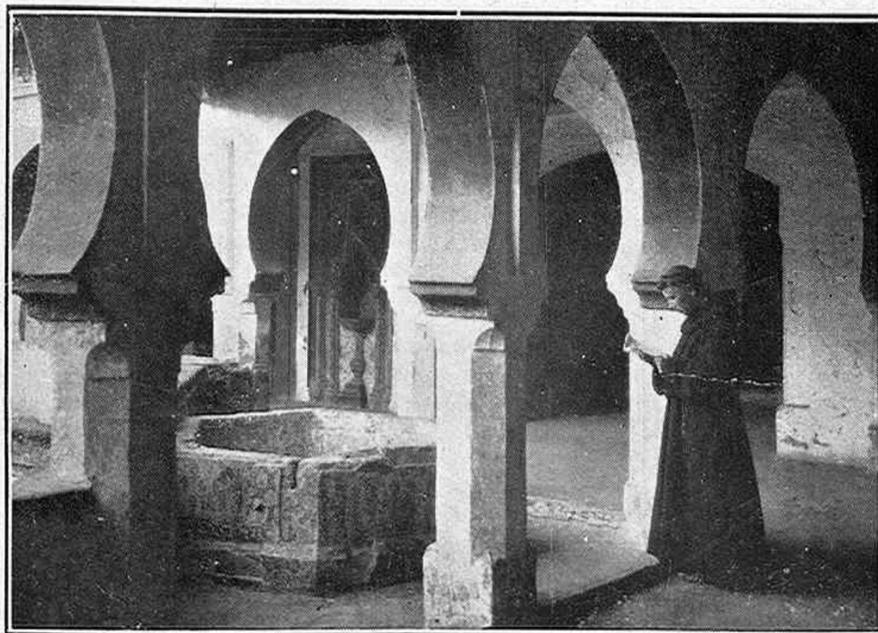
nos destrozado, todo tiene interés, en todo se revela la belleza exquisita y majestuosa que fué y sigue siendo la característica de este monumento, uno de los más ricos y de los más hermosos del mundo.

Doblemente intrigados, caminamos por

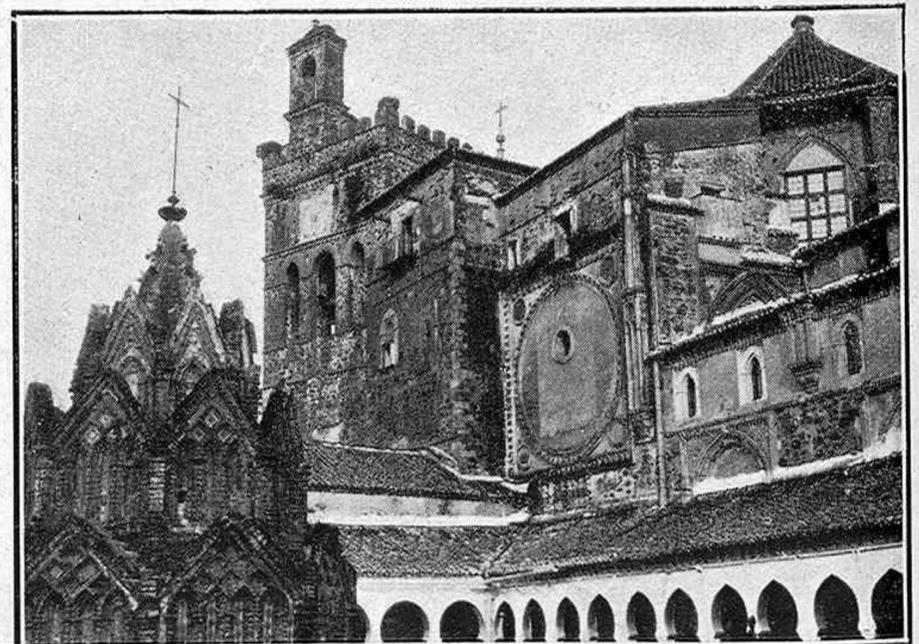
sublime mansión, son estas admirables y santas vidas, entregadas por completo á los más divinos y nobles amores: su Dios y su monasterio.

SANTIAGO CAMARASA

Toledo, 1927.



En sublime éxtasis ante la fuente del Consuelo



Arriba, el Cruceiro, la torre de las campanas sin campanas y la de San Gregorio

estos grandes aposentos de los frailes, que tienen sobre su propia belleza el misticismo, la religiosidad de los que los disfrutaban.

Vamos de asombro en asombro; por todas partes hay cosas bonitas, atractivas: puertas, ventanas, rejas, azulejos, maderas.

Recorremos más salas, una hermosísima donde proyectan instalar su museo excepcional, y salimos al claustro alto del antiguo colegio de Infantes, al claustro mudéjar, único en el mundo.

Sigilosamente vamos de ventanal en ventanal, observando perspectivas: Abajo, la magnificencia y originalidad del templete central, de las flores, de las fuentes, de la atractiva frondosidad del jardín; arriba, la grandiosa atracción del cruceiro, de la torre de las campanas y de la de San Gregorio, en cuyas alturas anidan las cigüeñas, que vuelan á su alrededor con algarabía, ruidosamente, en rudo contraste con la calma del monasterio.

De pronto, uno de los ángulos del claustro nos ofrece la mayor sorpresa: ante el ruinoso pilón de una fuente, de la fuente del Consuelo, que conserva soberbios azulejos—ejemplares singularísimos de cerámica del siglo xv, toledana, talaverana y de bellos reflejos metálicos sevillanos—, un fraile, de rostro inteligente y simpático, hace oración: medita y lee; vive sus más felices momentos románticos.

No nos ha visto, y sigue abstraído.

¿Por qué se llama la fuente del Consuelo?

¿Cuál es su historia?

Mas no nos importa: del consuelo, del más grato y encantador consuelo, es toda esta

sublime mansión, son estas admirables y santas vidas, entregadas por completo á los más divinos y nobles amores: su Dios y su monasterio.

SANTIAGO CAMARASA

Toledo, 1927.

## En el primer aniversario de la muerte del maestro Arregui

No fué un apóstol, como Pablo Iglesias, el glorioso «abuelo», cierto; ni tampoco una de las figuras más sonoras del tinglado político, como D. Antonio Maura, cierto también. Pero la llama es fuego aunque no provenga de una hoguera divisada á larga distancia á través de innumerables muchedumbres. Y siempre es una luz.

¡Destino sempiterno de nuestros campeones del espíritu, y, entre éstos, de los músicos muy principalmente! ¡Tantas veces se ha dicho que el nacer francés era nacer con el camino ya medio andado! ¡Habrá que añadir que el nacer español es venir al mundo con una barrera infranqueable en el horizonte? Hay Pirineos harto más altos y abruptos que los idealmente arrasados por el rey Sol: los de la indiferencia, del tedio y la pereza de comprensión. Y á veces su mole abrumba hasta aplastar.

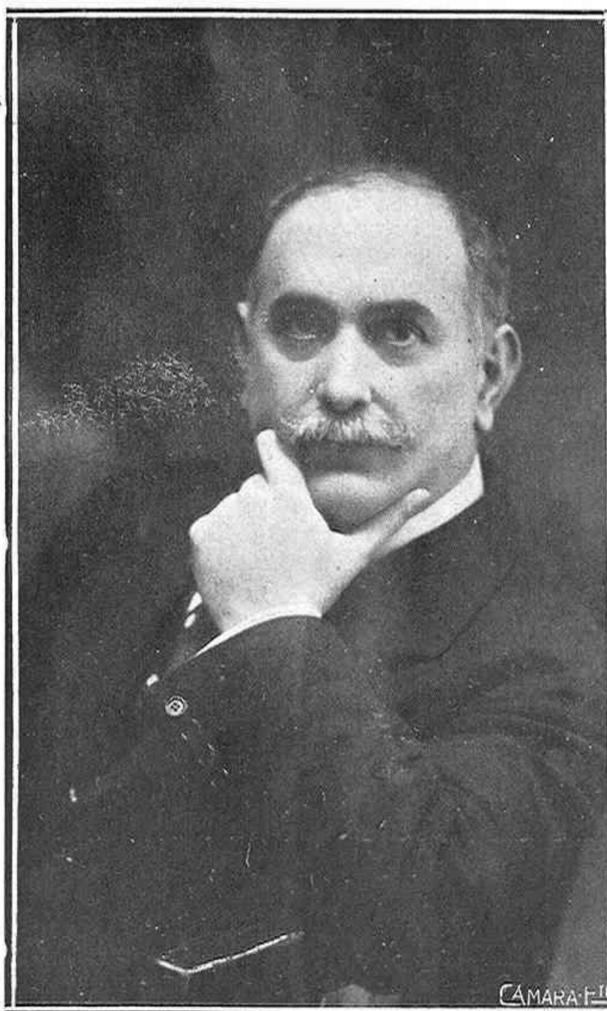
Arregui, francés, no hubiera habido periódico del mundo civilizado que no hubiese publicado reverente su panegírico, ni institución francesa en el extranjero que no hubiera celebrado devota sesión necrológica. En cuanto á la Prensa patria...

No, no protestéis, entre sonrisa irónica y gesto despectivo, contra el *réclame*. Ese *réclame* á bombo y platillo, que ensalza cuidadosa todo lo nacional susceptible de ser ensalzado, podrá á veces resultar pueril y á veces, también, excesivamente falto de pudor. Pero más vale así. Más vale, que no la muralla de hielo, el encogimiento de hombros, la ignorancia y frialdad colectivas. Ya es bastante, ya es demasiado ese tenerse que resignar á ser los perpetuos inéditos, condena irredimible de nuestros músicos; siquiera, el respeto ante la altivez de consagrar la vida al culto de un templo desierto.

Porque no vale engañarse. Ese público de los conciertos; ese público que invade las salas en que se celebra lo que Camille Maclair, en un libro que es todo emoción y generosidad, hubo de llamar un día «la religión de la música», ese público que parece enardecerse hasta la locura cuando ovaciona á un Arbós ó á un Pérez Casas, ese público es insensible. O es ingrato. ¿Cómo, si no, ha acompañado en masa la última andanza por este Madrid que le aclamó, del autor de *La Historia de una madre*?

Sin duda, no se acordó.

Albéniz, Manuel de Falla: glorias nuestras que nos devuelve el extranjero para que las reconozcamos. Y los que aquí quedaron tienen todos, por muy panteísta que sea su ar-



VICENTE ARREGUI

te, hecho el triple voto franciscano. Pero el artista puede resignarse á ser pobre, porque no hay riqueza que iguale la que él mismo se crea, y puede querer renunciar á todos los goces exteriores, ya que ninguno ha de igualarse al de su arte; mas la humildad en él es una injusticia. El sacerdote que se conformase con llevar oculto el símbolo más solemne de su religión, demostraría no creer en el Dominio Absoluto de ésta; la madre que no lleva muy alto en sus brazos al fruto de su amor, ni es madre ni fué amante; el artista necesita imponer su obra y manifestarla en todas las jornadas de su peregrinación.

En esto Arregui fué culpable. No debió resignarse. Ese *Barba Azul*, por él tan que-

rido, debió pasearlo por el mundo, para que el mundo algún día nos lo tornara jugoso de gloria y alcanzásemos á disfrutarlo. ¿Hastío? ¿Desprecio? ¿Cansancio de la lucha constante é inútil? Sin duda. En este caso la responsabilidad es de todos, de todos los que en los conciertos se embriagan de música y se contentan con aplaudir en el Real *Los Hugonotes*. Que si cierto es que cada pueblo tiene el Gobierno que se merece, no lo es menos que cada público tiene los espectáculos que le cumple tener. Y tanto peor para los que miran demasiado alto. O tropiezan y dan de bruces en el fango, ó se quedan para toda la vida con la mirada perdida en las estrellas.

Vicente Arregui no supo ver la tierra.

¿Recordáis el estreno, en Price, de la *Historia de una madre*? Toda la sala se estremeció con el dolor de la heroína de Andersen. ¿Música sabia? ¿Música llana é ingenua? No lo sé, ni quise saberlo. Durante unos momentos, todos, los del alma sencilla y los del espíritu complicado, sentimos pasar entre los árboles negros y altísimos del bosque norteño la angustia de la madre en busca del corazón de su hijo. Fué como si por unos minutos el músico hubiese realizado el milagro de quitarnos nuestras inquietudes, nuestras fatigas y nuestras desesperaciones, y nos hubiese puesto en su lugar el corazón diminuto de un niño. Todas las infancias de todos flotaban por la inmensa sala. Y un anhelo desesperado por recoger, por guardar algo de esta infancia perdida. Todos acompañábamos á la madre enlutada en su correría á través del bosque cerrado.

Tras ese imperceptible silencio, que es el aplauso inmediato á las obras que nos penetran, la ovación estalló grandiosa, unánime. Vicente Arregui, en pie, en el palco del Círculo de Bellas Artes, se inclinaba, á su vez emocionado, ante la muchedumbre que le agradecía su emoción. La celebridad. ¡Si siquiera no hubiera sido de su tierra!

Pero la llama sigue alumbrando, muy blanca, muy pura. No es fuego de plaza pública, hoguera de San Juan que han de rodear juegos y cantos. Es luz de intimidad. No puede apagarse; las llamas del corazón—como las que despide el corazoncito de niño enterrado por Andersen en su selva embrujada—son inextinguibles. Esta llama pura de la obra de Vicente Arregui en muchos corazones no se apagará jamás.

MARGARITA NELKEN

## EL PASADO

*El Pasado, alharagüento,  
viene á mí. Pero yo eludo  
su plática, que es tormento.  
Estoy triste. Estoy desnudo.*

*A mi vera ondula el mar,  
espejo de mi inquietud.  
«El mar—pienso—es un azar  
digno de la juventud.»*

*Pero este viejo—antropoide  
de rostro enjuto y xiloide,  
que es el Pasado—se obstina.*

*(Un diminuto asteroide  
fulge en su frente cetrina.)*

*—No trabajaste tus músculos  
—me dice—: tu voluntad.  
En ti medran los corpúsculos  
de la sensibilidad.  
Te conmueven los crepúsculos*

*y te acucia la verdad.  
Son tus designios minúsculos  
segmentos de eternidad.  
Pero te faltan los músculos  
tensos de la voluntad.*

*—Tú eres—le digo—un lamento  
ecoico, sin existencia.  
El torpe remordimiento,  
la escoria de la conciencia.  
Eres lo que ya no siento.  
El grito de una demencia  
pasada.*

*Y hoy ya me asiento  
sobre una roca de ciencia  
que en mí formó el sedimento  
de una continua experiencia.*

*El Pasado, á su espelunca  
se parte. Pero al partir  
me grita:*

*—Te engañas. Nunca*

*podrás de nuevo vivir.  
Cuando una vida se trunca,  
nunca ya se vuelve á erguir.*

*Camina. En su espalda adunca  
se quiebra mi porvenir.*

*... Silencio. El sol, que descende,  
lleva agonía. Al pasar  
junto á su lumbre, se prende  
un cirrus crepuscular.*

*La vista, lenta, se extiende  
en un perdido mirar.  
Detona un grito, que hiende  
mi amargura y mi pesar.*

*Sobre las rocas se tiende  
el verde clamor del mar...*

JUAN JOSÉ DOMENCHINA

## LOS BELLOS LIBROS

## «ROSTROS DE ESPAÑOLES»



ROSARIO PINO

producía cerca de treinta cuadros culminantes de nuestra Pinacoteca Nacional, en láminas sueltas derotograbado y acompañada cada una por una poesía descriptiva ó apologética. Este *impresionario lírico*, como lo subtítulo Juárez de Ugena, acentuaba el buen gusto, la sensible capacidad artística que ya señalaba la previa selección de obras pictóricas.

«Es el reflejo—advierte el prólogo—de las emociones fuertes, hondas y á veces delicadas que la contemplación de un cuadro me produjera. Yo no soy un crítico. Soy—ó, por lo menos, tal quisiera ser—un puro hombre de espíritu á quien las emociones del arte producen un placer á veces enfermizo...»

«... mi egoísmo. El ha presidido la elección de estos cuadros. No he elegido ni los más amados por el público sencillo ni los más admirados por los verdaderos artistas. He querido ser libre, y, al efecto, busqué los que más directamente me hablaban al alma—tal vez un poco ingenua y otro poco ignorante—, ya con la caricia de una risa, ya con el roce de un dolor.»

Y de aquí se deduce la sensibilidad artística del poeta, puesto que en el bello libro se encuentran *La Anunciación*, de Fra Angélico; *el Autorretrato*, de Durero; *El caballero de la mano en el pecho*, del Greco; *El Tránsito de la Virgen*, de Mantegna; *La Virgen y el Niño*, de Morales; *El retrato de Van Dyck* y de *Sir Endymion Porter*; *La Adoración de los Reyes*, de Rubens; *Venus recreándose con la Música*, de Tiziano; *Los fusilamientos*, de Goya; *El cardenal*, de Rafael. En cuanto á las estrofas, henchidas de fervorosa juvenilia, tienen siempre algo que las hace amables y sugeridoras, como producto de un espíritu tan ávido de la buena



ANTONIO MACHADO

LA Editorial *Publicaciones Artísticas* ha dado su segundo volumen.

Fué el primero la obra inicial de un joven escritor muy notable y destinado á triunfar: Juárez de Ugena, cuyo libro de novelas *Lili* está pleno de interés y de pasión. Se titulaba *En el Museo del Prado*, y re-

producía cerca de treinta cuadros culminantes de nuestra Pinacoteca Nacional, en láminas sueltas derotograbado y acompañada cada una por una poesía descriptiva ó apologética. Este *impresionario lírico*, como lo subtítulo Juárez de Ugena, acentuaba el buen gusto, la sensible capacidad artística que ya señalaba la previa selección de obras pictóricas.

«Es el reflejo—advierte el prólogo—de las emociones fuertes, hondas y á veces delicadas que la contemplación de un cuadro me produjera. Yo no soy un crítico. Soy—ó, por lo menos, tal quisiera ser—un puro hombre de espíritu á quien las emociones del arte producen un placer á veces enfermizo...»

«... mi egoísmo. El ha presidido la elección de estos cuadros. No he elegido ni los más amados por el público sencillo ni los más admirados por los verdaderos artistas. He querido ser libre, y, al efecto, busqué los que más directamente me hablaban al alma—tal vez un poco ingenua y otro poco ignorante—, ya con la caricia de una risa, ya con el roce de un dolor.»

Y de aquí se deduce la sensibilidad artística del poeta, puesto que en el bello libro se encuentran *La Anunciación*, de Fra Angélico; *el Autorretrato*, de Durero; *El caballero de la mano en el pecho*, del Greco; *El Tránsito de la Virgen*, de Mantegna; *La Virgen y el Niño*, de Morales; *El retrato de Van Dyck* y de *Sir Endymion Porter*; *La Adoración de los Reyes*, de Rubens; *Venus recreándose con la Música*, de Tiziano; *Los fusilamientos*, de Goya; *El cardenal*, de Rafael. En cuanto á las estrofas, henchidas de fervorosa juvenilia, tienen siempre algo que las hace amables y sugeridoras, como producto de un espíritu tan ávido de la buena

belleza como revela aquella previa selección y el propósito inicial del libro.

La segunda de estas *Publicaciones Artísticas* acaba de aparecer. Se titula *Rostros de españoles*, título familiar á los lectores de LA ESFERA, donde casi todas las fisonomías de escritores y artistas ahora reunidas

en el volumen fueron asomándose á nuestra primera plana.

Bernardino de Pantorba es el autor de tales dibujos, donde un sagaz, y no exento de humorismo, psicólogo, encuentra la alianza del hábil retratista. Muchos de ellos son verdaderamente admirables de exactitud facial, de carácter desvelado por la certeza concreta de los rasgos que fueron trazados ágilmente, seguramente con graciosa y espontánea facilidad; pero en condiciones no siempre propicias al buen resultado, según declara el autor en el ingenioso prólogo.

¡Donosas páginas estas en que Bernardino de Pantorba muestra su condición satírica que ya en anteriores escritos manifestara! Tal prólogo se lee con deleite, y durante su lectura no se nos cambia la sonrisa de los labios, suscitada por el franco donaire que lo hace vivaz y burlón.

«Varios de estos retratos—dice, por ejemplo—, permitidme la inmodestia de creer que no todos, desagradarán seguramente, y yo mentiría si dijera que me satisfacen; pero deseo suplicar á los contempladores que no me echen toda la culpa; sea la mitad de ésta para la torpeza de mi mano; la otra mitad para la señora Madre Naturaleza, que, como es sabido, no gusta de hacer las cosas completas y, en mil ocasiones, cuando concede el talento, niega la hermosura. En efecto, cualquiera puede ver que aquí no faltan caras inexpresivas y vulgares, vale decir, en términos de pintor, «ingratas» y «comprometidas».

«Ahora, los hombres que, ilustres ó no, pasan por serlo y cobran por tales, suelen descuidarse la cabeza por dentro y por fuera; no se la «componen» al antiguo modo; van desterrando los elementos decorativos: melena, mostacho, barba, chapeo, chalina, pipa. La higiene, la comodidad y la rapidez, indudablemente, ganan; pero los pobres retratistas nos estamos quedando sin lucimiento.»

Más adelante añade que estos retratos están hechos con «honradez y sin receta», al margen de los *ismos*, extravagancias y piruetas de los seudoinnovadores, con el respeto á las normas clásicas y al natural.

«Así, pues—advierte—, los mocitos que diariamente nos hacen el divertido favor de obsequiarnos con una nueva *originalidad*, pueden lanzar la pavorosa palabra: *anticuado*, que el autor la recoge con grande satisfacción, ya que ella viene de antiguo, y él prefiere ir en la sana compañía de aquellos antiguos, antes que del brace de estos recién nacidos, pimpollos de vanidad y de impaciencia, que quieren, por lo visto, convertir la aristocracia de la belleza en el comunismo de la fealdad.»

En este tono desenfadado é ingenioso continúa también en las glosas literarias de cada retrato. No todas son favorables ni apologéticas. El escritor no cede en afán de veracidad al dibujante. Y de aquí el doble encanto de las semblanzas que muestran el alma á través del retrato y la obra propia.

Claro es que no todos los retratados agradarán, como dice el autor, por igual á los modelos, cuyos nombres tienen ecos propicios. Nadie se ve bien á sí mismo, ni á sí mismo suele juzgarse. Ante el doble retrato gráfico y crítico de Bernardino de Pantorba fruncirá el ceño ó hará un mohín de disgusto.

Pero ya, de antemano, el autor se consuela: «Puede que también me traigan un poco de elogio: el de algunos escritores para mis dibujos...; el de algunos dibujantes para mis escritos... Pequeñas ventajas de los que trabajamos por partida doble».

El interesante álbum *Rostros de españoles* contiene los siguientes, dichos en el orden alfabético que el autor tuvo buen cuidado de conservar—para que algunos no unieran á la molestia de descubrir más feos ó más interesantes de lo que creían ser, la picazón en

la vanidad de suponerse en lugar inferior á su categoría—, son: Ana Adamuz, Rafael Altamira, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Carlos Arniches, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Mariano Benlliure, Félix Boix, Enrique Borrás, Roberto Castrovi-

do, José Clara, Antonio Fernández Bordás, Wenceslao Fernández Flórez, José Francés, Pastora Imperio, Ricardo León, Manuel Linares Rivas, José María López Mezquita, Antonio y Manuel Machado, Joaquín Mir, Pedro Muñoz Seca, Armando Palacio Valdés, Rosario Pino, Angel Pulido, Manuel Quiroga, Emiliano Ramírez Angel, Santiago Ramón y Cajal, José Rodríguez Carracido, Francisco Rodríguez Marín, José María Salaverría, Leonardo Torres Quevedo, Antonio Zozaya é Ignacio Zuloaga.

No olvidando su condición de artista, Bernardino de Pantorba ha querido simultáneamente la exposición con la publicación del libro. Al tiempo de exhibirse éste en los escaparates de la librería han podido verse en el Salón Nancy los originales. (También aquí el dualismo, pues veíamos allí á los dibujos originales y á los originales de los dibujos que acudían para verse y hacerse ver.)

Pero además encontrábamos gustosamente el tercer aspecto de Pantorba, y acaso el no menos importante de todos: al paisajista. Porque completaban la exposición catorce paisajes de Mallorca, notas de un brío, de un luminismo y de una belleza admirables.

Pantorba viene demostrando hace tiempo este profundo y cada día más seguro valor de paisajista desde su primera exposición en el Salón antiguo del Ateneo, hace seis ó siete años, hasta los lienzos *Plaza de las Salesas* y *Sol en el Pardo*, que figuraron en la última Nacional, y que—¡naturalmente!!—el arbitrario fallo del Jurado aparentó no ver.

Es una larga, sutil, profunda, exquisita depuración técnica y sentimental, un ahincado ejercicio de la voluntad y de la mirada para más íntima identificación con la Naturaleza, que ya puede y debe serles satisfactorios al artista.

Sus recientes paisajes mallorquines están colmados de justeza visual y de nobleza fatural. Acaso con los lienzos de Bernareggi, de Cittadini, de Riccio, son de lo más puro que en interpretación pictórica de la Isla Maravillosa hemos visto últimamente.



JOSE FRANCES



W. FERNANDEZ FLOREZ

SILVIO LAGO

# MONCHO Y LA MAMÁ DE MONCHO

TE aburres, Moncho?

—No, mamá.

—¿Te cansas, corazón?

—No, mamá.

Mentía sin atreverse á mirarla.

Porque cada día, de aquellos tan henchidos del júbilo de las vacaciones, le fatigaba y le aburría y le entristecía más.

No era una sola tristeza la que le hacía ir silencioso, melancólico, delante de mamá, sintiendo pasar sobre su cabeza desnuda las miradas cínicas de los hombres ó las hostiles femeninas que fingían despreciar á ella, mientras procuraban aprender cómo iba vestida.

Eran muchas tristezas juntas, brotadas de vagos impulsos de ira, de rencor, de deseo de ocultarse, de nostalgia por el refugio escolar, y que formaban la vergüenza de adivinar cosas ya difíciles de no saber para su niñez despierta.

Los paseos matinales, las meriendas de cada tarde, las salas de los teatros estaban colmados de siluetas femeninas semejantes en casi todo á su mamá. Eran como mujercitas fabricadas en serie, figurines vivos de una moda igualatoria en el descoco y la impertinencia. Tenían de su mamá la cabecita menuda con el cabello corto, los ojos orlados de azul, erizadas las púas peguntosas de las pestañas, la boca vermellón y la voz ronca. De mamá también, la costumbre de agitar los brazos desnudos para mostrar las axilas depiladas, y el pintarse los labios y arreglarse el pelo y tirarse hacia abajo del escote y hacia arriba de la falda, sin disimulo. Como mamá, llevaban encasquetado el sombrero *chemineau*, y el abrigo de piel rubia listada de negro, ó el jersey muy ceñido, revelador de una androginia palpitante.

Pero mamá—tan bonita, tan frágil y tan seria—estaba siempre sola con él en medio de la muchedumbre homogénea de mujercitas iguales á ella, de chiquillos idénticos á él. Incluso se encontraron alguna vez con amigos antiguos—don Paco—ó recientes—Emilio—, y al ir hacia ellos, mamá le contuvo y fingió no verles, mientras ellos, un poco azorados, prestaban súbita atención á sus acompañantes.

—¡Quieto, Moncho!

—Pero si es don Paco, mamá...

—No importa. Haz que no le ves.

Pero le miraba de reojo. Don Paco, encendido el rostro, se inclinaba hacia la señora metida dentro de su abrigo de *petit-gris*; daba un leve empujón á otro niño que iba asido de su mano, como él en otras tardes, por las cercanías solitarias del hotelito de mamá.

Emilio iba con tres muchachas tan pintadas, tan perfumadas, tan esbeltas y elegantes como mamá, y se puso muy pálido y calló de pronto, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Y mamá dijo, como la otra vez, sujetándole:

—¡Quieto, Moncho!

Pero la temblaba la voz y la mano. Y al levantar el niño su mirada hacia ella, la vió también muy pálida. Apretaba los labios; habría querido cerrar los ojos al cruzar con el grupo de las tres muchachas y oírlas comentar, admirativas, su vestido, su sombrero, sus zapatos...

Otro día no le contuvo. Le apresuró.

—¡Más de prisa, Moncho!

—Pero si es Carmelita...

—Sí. Por eso. Que no nos pare...

Casi corrieron para no ser alcanzados por la oronda, la jamonil Carmelita, con sus *toilettes* atrevidas y retrasadas, con sus risas chulonas y sus brillantes de excesiva fulguración. Aquella Carmelita que dentro del comedor de mamá tanto hacía reír á don Paco y se enternece con los rollos de pianola evocadores de zarzuelas antiguas.

Después de alguno de estos encuentros, mamá volvía de mal humor á casa. Se qui-

taba de un tirón el sombrero; tiraba el bolso contra una silla; se restregaba con fuerza la cara con las manos, y suspiraba ante el espejo. Luego se volvía hacia el hijo inmóvil, triste, enguantado y correcto, con el alma llena de sombras y de dudas.

—¿Te has aburrido, Moncho?

—No, mamá.

—¿Te cansaste, corazón?

—No, mamá.

—Yo, sí. Estoy harta de ser tonta, rendida de ser buena; quisiera morirme, Moncho, si no fuera por ti...

Y le cubría de besos y de ofertas felices, pintándole de negros húmedos las mejillas con sus pestañas desteñidas por las lágrimas.

Pero bruscamente lo rechazaba para mirarse al espejo y reparar con el *batón rouge* y el *batón noir* y el *batón bleu* los estragos del llanto, y gritaba:

—¡Mery! ¡Mery! ¡Pronto! ¡La comida! Tenemos un hambre de lobo. ¿Tienes hambre, verdad, corazón?

—No, mamá.

—¡Oh! Siempre no, siempre no. Quisiera oírte decir que querías algo.

Moncho sonreía tristemente. Iba aprendiendo á callar ó á mentir. Sabía ya que á don Paco no debería hablarle de Emilio, y entre don Paco y él había el secreto de una noche en que les sorprendió sin que mamá se diera cuenta en un teatro. Fué don Paco el que le rogó que no dijese nada á mamá: «Es mejor, hijito; es mejor. Yo la quiero mucho, y esto me obligaría á no volver más por vuestra casa si me diese por enterado. Tú esto no lo puedes comprender todavía; eres demasiado niño aún; pero cállate.»

Y, no obstante, al otro día le oyó decir á Carmelita en voz baja á mamá, mientras él colocaba un rollo de *La Verbena de la Paloma*:

—Moncho ya no es un niño, mujer. Debes pensar en que no te conviene sacarlo del colegio y tenerlo contigo...

—¡Bah!—contestó mamá—. No importa que me haga vieja

—Si no es por eso; es que...

Y Carmelita bajó tanto la voz, ó sonaba tanto la pianola, que no pudo oír más.

Sólo á una pregunta respondía afirmativo.

—¿Tienes sueño, Moncho?

—Sí, mamá

Sueño á todas horas, en todos los instantes de aquellas vacaciones ansiadas en niño y vividas en hombrecito. Sueño de soledad y de silencio para que le acostaran en la *chaise-longue* bajo el *plaid*, que olía al perfume de mamá y á los habanos de don Paco, ó en su camita, ya un poco exigua para sus piernas largas. Sueño de no dormirse, sino de quedarse quieto y con el alma libre pensando en el internado donde no tenía que mentir y donde no se avergonzaba de mamá.



De cuando en cuando la risa ó los sollozos de mamá al otro lado de la puerta. Voces conocidas ó desconocidas de hombres y mujeres; rasgueos de guitarras; canciones.

Y en la penumbra, sin medida de los largos desvelos infantiles, los pasos menudados de mamá, su olor de carne joven y fuertemente esenciada, el rumor de sus pulseras y la interrogación suave como una caricia tímida.

—¿Duermes, Moncho?

Y él callaba, apretaba los ojos, alentaba un poco más fuerte. Mamá se iba de puntillas. Como él quisiera irse de la casa hacia el colegio, de la vida hacia el gran misterio donde la edad se interrumpe y los niños muertos no crecen más ni serán ya hombres...

José FRANCES

(Ilustración de Laura Albéniz)

# EL RESURGIMIENTO DE LÉRIDA



DON FRANCISCO DE A. BORDALBA  
Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento  
de Lérida hasta el pasado mes de Diciembre

LÉRIDA vive hoy unas horas de pleno resurgimiento económico, de franca reconstitución administrativa. Y al decir Lérida, nos referimos por igual á la capital y á la provincia entera.

Ha tenido Lérida la suerte envidiable de que las circunstancias actuales hayan puesto sus principales organismos representativos en manos de unos hombres inteligentes, honrados y trabajadores, que sienten hondamente el amor á su tierra, y cuya actuación está presidida desde el primer momento por el anhelo de verla alcanzar el alto grado de florecimiento que, por sus grandes riquezas naturales, por su historia y por su cultura, la corresponde.

El primer ejemplo de esta obra de restauración y de progreso lo hallamos en el Ayuntamiento de Lérida, que en poco más de un año de gestión ha realizado una labor tan intensa, tan persistente y sanamente orientada como habrá pocos en España.

No hay hipérbole en esta afirmación; no hay tampoco un elogio formulista y vago; hay, sencillamente, una verdad rotunda, proclamada con la elocuencia insuperable de los hechos.

El actual Municipio leridano está llevando á cabo una obra verdaderamente regeneradora. Sus miembros se han trazado un camino recto, y lo siguen con firmeza consciente, pese á resistencias y obstáculos, habiendo logrado ya, en año y medio de gestión, copiosos frutos, prometedores de otros más espléndidos.

Así, por ejemplo, en el aspecto económico—nervio de la vida municipal—, al enfrentarse con el primer presupuesto, consigue liquidarlo con este sencillo resultado:

1.º Recaudando—con sólo los recursos normales—mayor cantidad que ninguno de sus predecesores.

2.º Haciendo pagos por mayor cantidad que aquéllos.

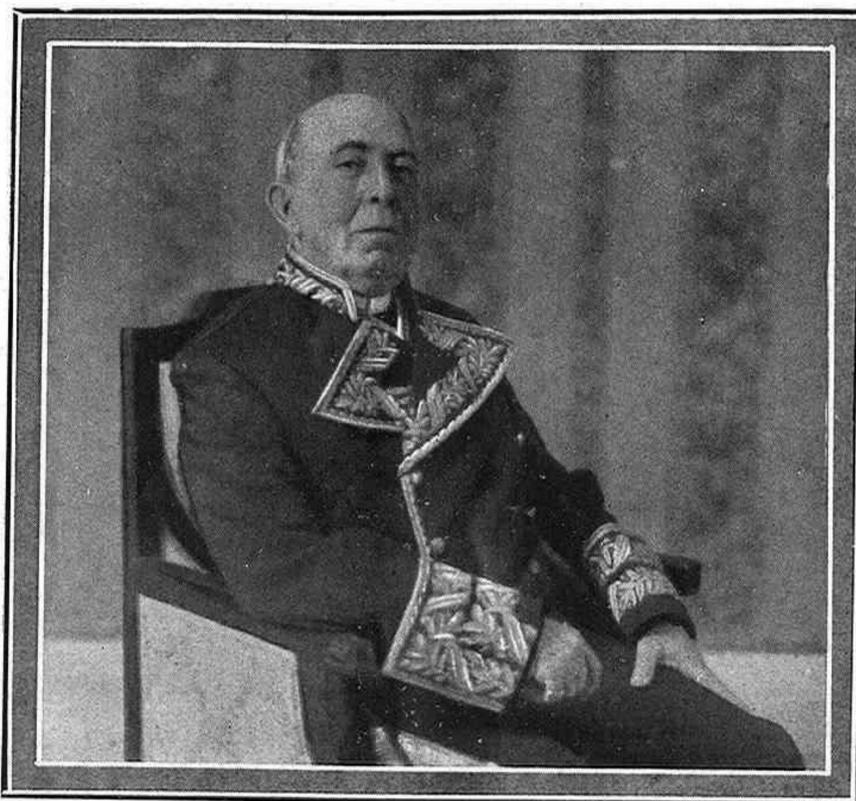
3.º Dejando la menor suma de créditos á cobrar; y

4.º Sufriendo menos deudas y anulando menos ingresos que ninguno.

Esta realidad incontrastable es la mejor ejecutoria que una Corporación puede exhibir, y tiene como consecuencia laudable el haber liquidado el presupuesto con un superávit de 250.537 pesetas; cifra respetable por sí sola, pero cuya importancia crece, si se tiene presente que el volumen presupuestario asciende á poco más de millón y medio.

Este superávit ha servido para la formación de un presupuesto extraordinario, destinado á obras de pavimentación, saneamiento y urbanización, que mejorarán notablemente el aspecto de la ciudad.

Pero la obra grande, la obra definitiva que la Corporación municipal leridana se propone realizar, ahora que tiene los mimbres, y si el tiempo no la falta, está condensada en



EXCMO. SR. D. ENRIQUE ROMA Y FIGUERAS  
Gobernador civil de Lérida

un interesante proyecto, tan minucioso y acertado, que prueba bien á las claras la viva preocupación que por el porvenir de la ciudad siente su Concejo.

Como problemas de resolución perentoria están: la construcción de nuevos Grupos Escolares, de suma necesidad, dada la población escolar; la construcción de un Mercado de Abastos; la continuación del muro de defensa en el Segre, ampliando la calle de Cabrinety; nueva red de alcantarillado; nuevo edificio para Casa Consistorial; clasificación y depuración de las aguas de abastecimiento público, y mejora de las cañerías de distribución; terminación de la reforma del pavimento urbano, etc., etc. Algunas de estas obras están ya en periodo de realización.

Proyectos de un altísimo interés son también el de la municipalización del servicio de alumbrado eléctrico y tranvías de circunvalación; construcción de casas baratas, cuarteles y Palacio de Justicia; municipalización del seguro contra incendios y reorganización del servicio; creación de una Escuela Municipal de Música; establecimiento de una estación para los automóviles de línea, tan numerosos en la capital; construcción de un Teatro de Invierno y una nueva Casa de Socorro; reforma del Matadero y del Servicio de Limpieza; nuevo emplazamiento del ferial de ganado, con pabellones *ad hoc*; fundación de una Escuela Agropecuaria, y otros que no mencionamos, por no extender demasiado esta enumeración, que hacemos así, á la ligera, lacónicamente, por no poder detenernos en los mil detalles que cada uno de estos proyectos contiene, y que revelan el profundo estudio que de las necesidades y aspiraciones de la población han hecho los hombres encargados de su gobierno municipal, para suerte de la histórica Lleida, que está ya viendo florecer en bellas realidades el dormido tesoro de su potencialidad.

Si brillante á tal punto es la obra realizada y en proyecto del Ayuntamiento de Lérida, ¿cómo calificar la que corresponde, por su parte, á la Diputación de la provincia? Aquí sí que cabe la perplejidad. Porque, para dar una sensación adecuada á la magnitud de la labor, necesitaríamos varias páginas de LA ESFERA.

Pero en la simple referencia de hechos, en la escueta reproducción de cifras y datos, puede envolverse á veces un supremo elogio. Y éste es uno de esos casos.



DON ANGEL TRAVAL  
Presidente de la Excmo. Diputación Provincial  
de Lérida

¿Qué ha hecho la Diputación leridana actual?

Hablen por nosotros el Hospital de Santa María, en completa reforma, que equivale á hacerlo de nuevo, dotado de todos los ele-

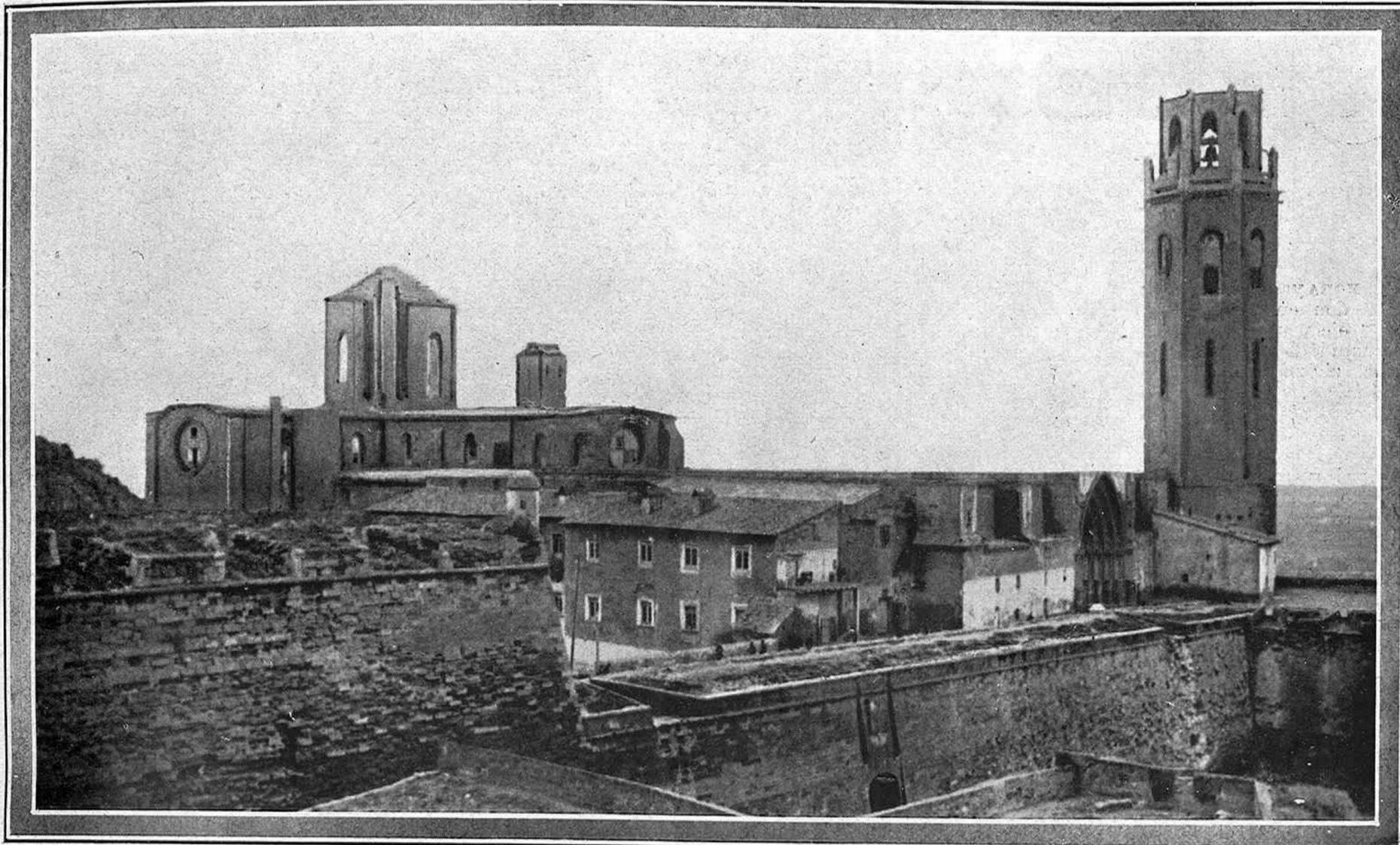
mentos modernos, instalaciones y material que corresponde á los establecimientos de esta índole, y destinado á servir, aparte su fin benéfico, como Centro de enseñanza para los profesionales de la Medicina; la hermosa Casa de Misericordia (donde se albergan 350 niños, ancianos é inválidos, con sus escuelas de sordomudos y ciegos; su graduada de tres maestros; sus clases especiales de música, dibujo, etc.; sus talleres de imprenta, carpintería, metalurgia, zapatería, sastrería, albañilería, pintura, panadería, etc., que constituyen una verdadera Escuela de Artes y Oficios), en la que han llevado á cabo grandes obras de reforma, construyendo un hermoso campo de deportes, con su piscina de natación, y se han reorganizado las escuelas, dotándoselas de menaje moderno y elementos de toda clase; la llamada Inclusa (nombre que aquí no se empareja con el horror que tenemos á las *inclusas* españolas, pues se trata de un Centro modelo de organización é instalación, con escuelas sistema Montessori, brigada sanitaria, sistema de lactancia natural con nodrizas internas, y alojamiento de parturientas pobres, etc., gracias á cuyo régimen se ha logrado que esta Inclusa sea la que tiene menor mortalidad de todas las de España: no llega al 9 por 100), á la que dedica tan preferente atención; la construcción de un nuevo pabellón para Instituto Provincial de Higiene...

Hablen por nosotros la espléndida instalación de las oficinas provinciales—las mejores de la capital, sin duda alguna—; la Estación de arboricultura y fruticultura, y la Granja agropecuaria, que ha conseguido del Estado, y para las cuales cedió los terrenos precisos; la gran cantidad de costoso material para atenciones sanitarias y de vías y obras, que ha adquirido (pues la disuelta Mancomunidad catalana no dejó nada aquí); la buena conservación de los 405 kilómetros de carreteras provinciales, y los 133 kilómetros que hay en activa construcción...

Este trabajo admirable ha culminado en la confección de un plan de caminos provinciales, que con una extensión de 1.200 kilómetros pone en comunicación á más de 250 núcleos de población que carecían de ella.

A este esfuerzo que hace la Diputación para acabar con la incomunicación en que se hallaban la mayor parte de los pueblos de la provincia de Lérida, han respondido cumplidamente los pueblos interesados, que han acudido al oportuno concurso con ofrecimientos que oscilan entre el 25 y el 75 por 100 del valor de su construcción.

Está, pues, la provincia de Lérida en un momento de febril actividad. Las obras del



Vista general de la magnífica Catedral de Lérida, construida en los siglos XIII y XIV, y que ha sido declarada monumento nacional

famoso túnel de Viella, que ha de acabar con la secular incomunicación del Valle de Arán; la continuación del ferrocarril del Noguera-Pallaresa; la construcción de la nueva Estación del Norte en la capital, y otras obras de próxima realización, ponen de actualidad á esta rica y gloriosa tierra, henchida de posibilidades.

Naturalmente, no hay obra sin hombre. Y aunque para una tan intensa y tan amplia han sido necesarios muchos, y se han tenido valiosas y entusiastas colaboraciones, de justicia es destacar los nombres del presidente de la Diputación, el ilustre notario D. Angel Traval; del cultísimo doctor Bordalba, alcalde de la ciudad hasta hace pocos días, que dimitió por exigencias de sus ocupaciones particulares, con gran sentimiento de la Corporación, y del gobernador civil de la provincia, D. Enrique Romá y Figueras, prestigiosa personalidad, cuya austera y acertada gestión, de impecable ejemplaridad, le ha granjeado el cariño y la gratitud de los leridanos, que nunca olvidarán el interés filial y el entusiasmo que demuestra por la hermosa provincia.—F.

## DÍAS DE LÉRIDA

### La ciudad

**L**ÉRIDA! Otra vieja ciudad que ha borrado los interrogantes que la encerraban en la imaginación del peregrino. Sus calles encuestadas y grises, sus amplias ramblas, sus plazoletas, sus paseos, han entregado su secreto al viajero.

La interesantísima Catedral, la vieja Seo, florón de la arquitectura gótico-bizantina, está de enhorabuena. Su antiguo dueño y señor—el fuero de Guerra—acaba de cederla al patrimonio artístico nacional, y, en consecuencia de ello, dejará de ser cuartel, para ser sólo lo que siempre fuera: monumento glorioso, joya del arte incomparable.

Pero, ¿será verdad tanta belleza? Dudamos con el ejemplo: Monumento nacional es

también el maravilloso convento de San Marcos, de León, magnífico ejemplar plateesco, y, á pesar de su *título oficial*, continúa siendo aún algo peor que cuartel: cuadra de caballos del Ejército. ¡Ojalá en la Seo leridana no ocurra algo semejante!

¡Días de Lérida! Hondas impresiones de admiración. Santa María de los Templarios. La Catedral.

Grata sorpresa. El Museo, los Campos Elíseos, la espléndida piscina del campo de deportes. Tres bellos exponentes. Cultura. Cultura. Cultura.

Y todo sin gran atuendo, discretamente. Como el leve rumor del agua, tras el cual no se dejan adivinar los caudales oceánicos del Segre.

### La provincia y sus problemas

Pocas, muy pocas provincias españolas habrá que, como la de Lérida, reúnan al mismo tiempo las circunstancias de poseer incalculables riquezas naturales y de hallarse en mayor estado de abandono.

Y no es que aquí la gente no se haya dado cuenta de lo que tiene y de lo que necesita. Pueblos hay en nuestro mapa que ni siquiera han sabido plantearse sus propios problemas. Lérida, sí. Lérida los conoce, los siente, los grita, y gracias á eso va consiguiendo alguna atención y alguna ayuda.

Sus problemas son más del campo que del burgo. Son los problemas de la comunicación, de la sed de la tierra, del hambre de cultura.

La provincia leridana es acaso la que tiene menor número de carreteras y caminos, proporcionalmente á su extensión, de toda España. Y en ella se da el triste caso, harto conocido, de la incomunicación absoluta en que ese Valle de Arán se encuentra con el resto de la Península buena parte del año, mientras la nieve corona el Pirineo abrupto.

Lérida, país de grandes ríos, de grandes saltos de agua, sufre una sed secular que no bastan á mitigar las obras hidráulicas ya realizadas

Su falta de escuelas es otro imperativo de apremio inaplazable.

Recientemente, con ocasión de un viaje ministerial á la antigua Lleida, acudieron Comisiones de toda la comarca con sus demandas ante los gbernantes.

Y las peticiones eran casi sólo éstas: ¡Agua! ¡Caminos! ¡Escuelas!

Los pueblos repetían su instancia con la plañidera monotonía del mendicante. ¡Aguas para riegos!, pedían Alfés, Almatret, Aspá, Fondarella, Grañena, Llardecans, Mayals, Montoliú, Roselló, Sarroca, Torrebases, Suné, Tárrega y Algéri... ¡Agua para beber! clamaban otros. Siempre agua. Problemas de Hidragogía, de Hidrometría, de Hidrotecnia, de Hidrostática, de Hidroscopia. ¡Siempre el Hidro! Esto es lo más impresionante. Los pueblos de Lérida ven correr el agua por su lado y—nuevos tántalos—no la pueden tocar.

En la demanda de caminos se observa reiteradamente esta otra nota desoladora: «Este pueblo carece por completo de vías de comunicación». «Este pueblo está incomunicado totalmente».

Las peticiones no tienen esa forma inconcreta y vaga de las necesidades no estudiadas. Se ha trabajado sobre ellas; existen proyectos claros y precisos, como los de los riegos de las Garrigas, el pantano de Barasona, el subcanal de Urgel, etc.

Algo va consiguiendo Lérida, decimos al principio, con su insistente clamoreo. Actualmente, las obras del túnel de Viella son una esperanza de que, en cosa de pocos años, los sufridos araneses tendrán una comunicación segura y permanente que al fin les brinda la Patria como un brazo abierto en maternal ademán. El ferrocarril del Noguera-Pallaresa, construido en parte, es otra halagüeña promesa. El gran concurso de caminos vecinales, celebrado en fecha cercana por la Diputación Provincial, y la demás labor de este organismo, auguran una grata perspectiva.

FERNANDO BLANCO



# Elegancias

AHORA se pueden en París ejecutar con comodidad los sabios zig-zags del *chárleston*, ó del nuevo *black-bottom*.

Sí; ahora ya hay sitio en París. Las americanas han vuelto á su país. Las argentinas y las brasileñas han tomado el vapor de vuelta, y en las casas de los modistos, las vendedoras os esperan sin hacer nada.

Había una clase de extranjeros que, desde que no han podido tomar por un dólar una magnífica comida con champagne ó adquirir un palco en el teatro y una mujer llena de pulseiras, se creían explotados, robados, y se han decidido á tomar el camino de sus minas ó de sus estancias.

Pero ahora, si todos esos extranjeros que nos eran familiares se van, habrá que volver á crear una elegancia nacional, porque toda esa elegancia exótica la va á echar de menos París. ¡Qué trabajo!

¿Quién va á devolvernos el encanto indio, el encanto español, el encanto escandinavo? ¿Nos habíamos acostumbrado tanto á ello!

La guerra nos había hecho perder ya el encanto eslavo.

¿Os acordáis de aquel famoso encanto eslavo de los años 1910? Una Vera con ojos velados, ó una linda Sonia. Hace un momento me torcía de risa, y ahora quisiera morir... encanto eslavo. Natacha nos juraba un amor eterno, y sin transición nos trataba después como á un perro: era el encanto eslavo.

Maira nos prometía encontrarse á las cinco en tal sitio. Durante veinte minutos la esperábamos temblando de esperanza; luego, de tristeza; después, de frío; luego, de rabia..., y por la noche decía, melodiosamente: «No vine porque me marché á pasear al Bosque»: encanto eslavo.

Todo esto ha cambiado desde los *Soviets*. Duquesa ó princesa, se dedican al comercio (no importa cual) y son maniqués ó vendedoras. Los coroneles son *bar-men*; los generales, jefes de bodegas; algunos grandes duques, viven de expendientes; sus recursos, incluso los más vergonzosos, se vuelven respetables por la amplitud de ellos y su regularidad. Otros, suntuosamente mantenidos por costureras célebres, hambrientas de ducados, y luego abandonados por ellas, se ven



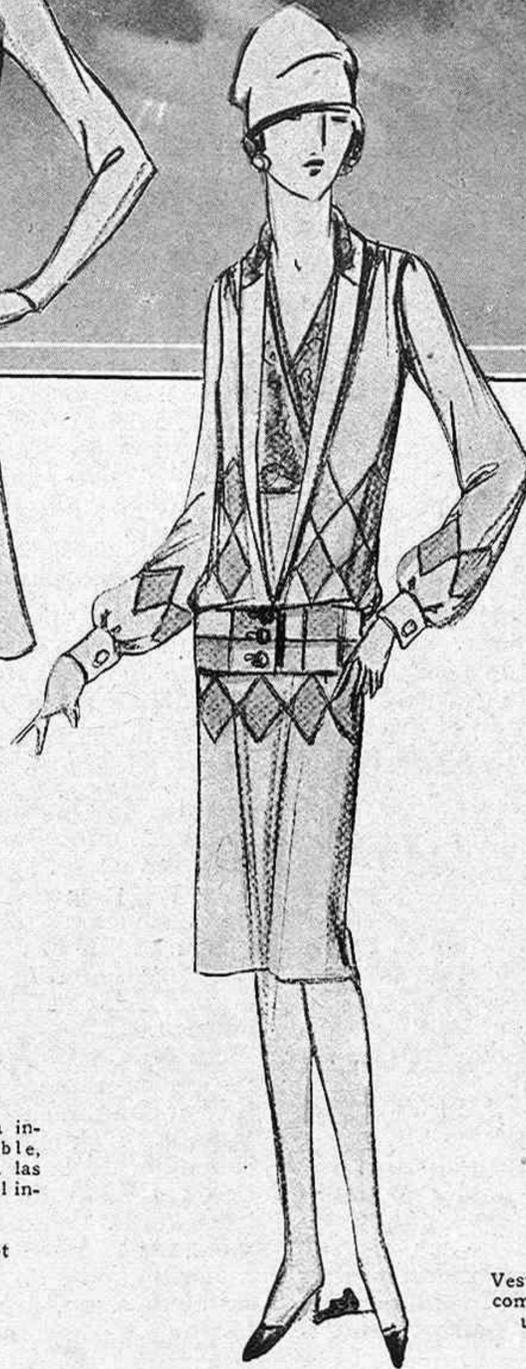
Vestido de popelín azul marino, con cinturón y caídas de cuero negro charolado

Modelo Janin



Vestido de lanilla inglesa muy flexible, muy propio para las mañanas tibias del invierno

Modelo Vionnet



Vestido de «crêpe marocain» en azul, combinado con «crêpe» negro, formando un lindo dibujo á grandes cuadros

Modelo Rolande



Sombrero de fieltro color ciruela, con adorno en color «beige» claro

Modelo Marthe Regnier

reducidos á vender champán en los *cabarets*, para acabar trágicamente. Se casan. El encanto eslavo ahora está enfermo. Pero tenemos el encanto inglés.

Es indispensable conocerle, si se pretende ser atendido en los grandes establecimientos de costura, los *dancings* ó los *restaurantes*. Pero hay que hablar inglés, naturalmente, con el mejor acento posible. Sonriendo, con frescura é ingenuidad y sin levantar la voz cada diez palabras.

En cuanto al encanto francés, no se sabe fijamente en qué consiste. Pero desde que el franco sube habrá que dedicarse á él. Habrá que empezar á educarse.

•••••

Lo primero que hay que hacer, caballeros, es descubrirse cuando entráis en los *restaurantes*.

No hay nada más grosero que la manera como se conducen (sobre doce hombres, diez) cuando entran en los *cabarets*, con frecuencia llenos de mujeres. Como quieren aparentar

desenvoltura y costumbre de visitarlos, en un sitio donde al entrar uno se siente más ó menos observado, lo mejor que encuentran como solución es mantener el sombrero en la cabeza. ¡Ah! ¡Tener la cabeza cubierta, qué desenvoltura! ¡Qué importa que haya mujeres!

Si se descubrieran les parecería que los tomaban por subalternos, nuevos ricos tímidos ó provincianos retrógrados.

Vamos; descubranse, señores, al entrar en los *restaurantes*. La cortesía lo exige, y en eso quizás comenzará á consistir el «encanto francés», de que antes os hablaba.

•••••

No quiero terminar esta crónica sin señalar á mis lectoras una novedad que un Costurero ha imaginado muy artísticamente. Consiste en presentar juntos dos maniqués vistiendo exactamente la misma

*toilette*, una en blanco y otra en negro. Así se puede juzgar mejor el efecto. ¿No es cierto?

Una cronista de modas, después de comentar esta innovación, dice en una revista: «Es una iniciativa, en efecto, bonita y práctica; pero se podría hacer aún más, y me permito lanzar la idea á un Chanel, Callot, Lanvin, Vionet; hoy, que las madres parecen tan jóvenes como las hijas, ¿por qué no se combinan *toilettes en doble* que se armonizaran, que se completaran y que fueran la réplica una de la otra?»

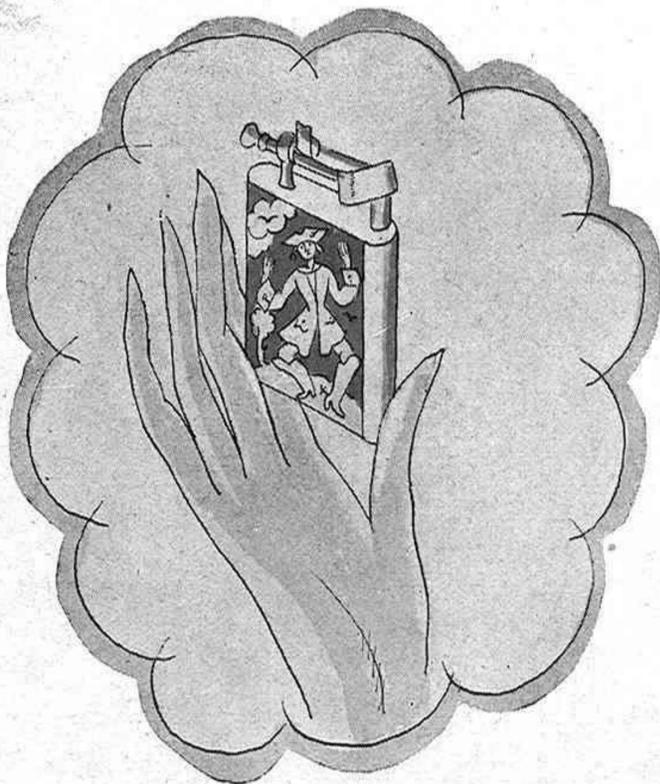
Se podría ensayar la idea, y por eso la recojo y hago pública, para conocimiento de las grandes casas españolas, por si la consideran digna de recogerse...

•••••

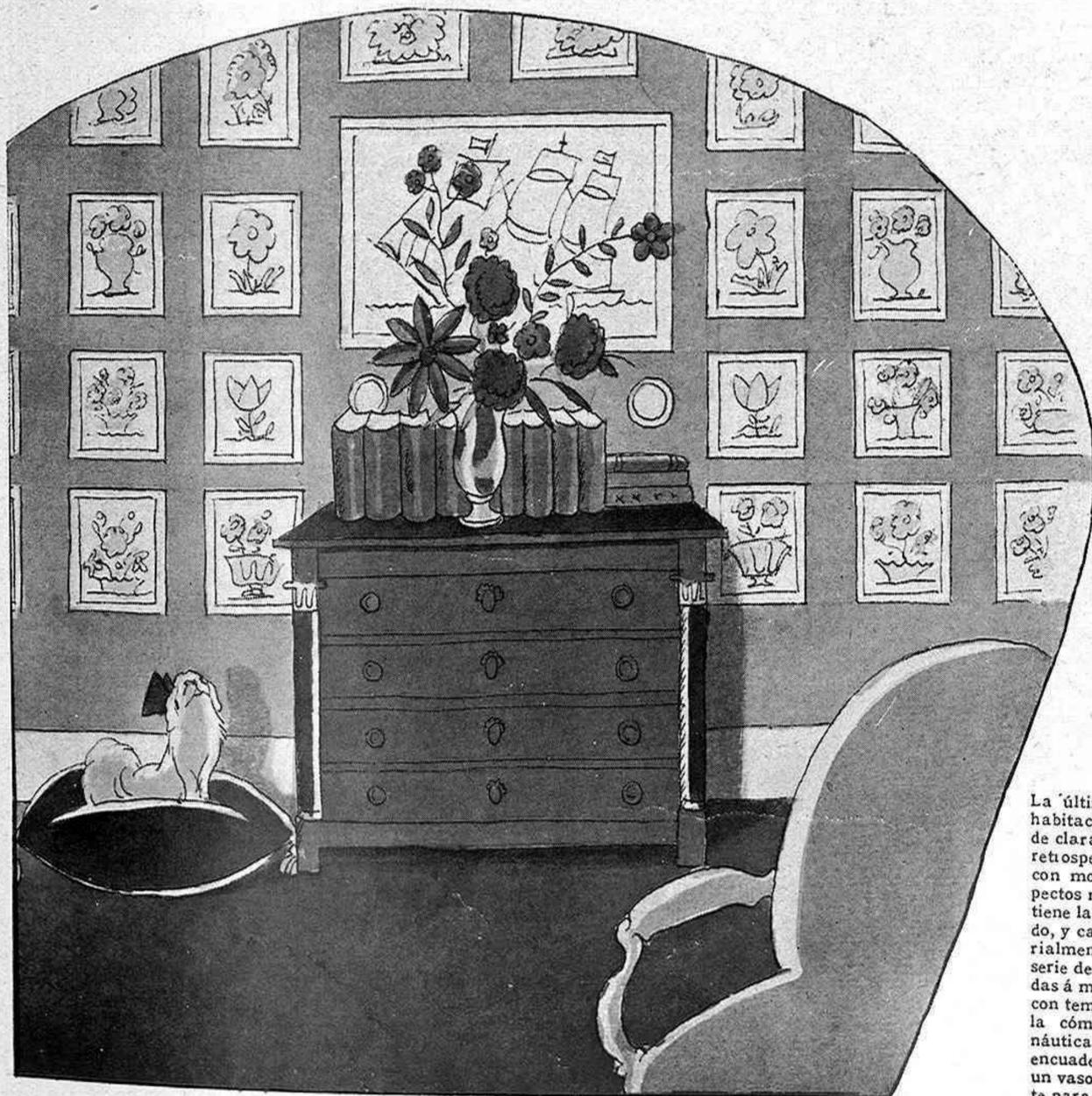
Son incontables los métodos de rejuvenecimiento y de conservación de la salud aconsejados en estos últimos tiempos. Recientemente, en París, un conocido doctor explicó los procedimientos quirúrgicos de que se sirve para reparar y atenuar el mal de los años. Y entre las muchas personas que han ido dirigiéndose á él, figuran, sobre todo, políticos de todas las nacionalidades, que desean suprimir sus arrugas y su gordura. Entre los consejos de este cirujano á las damas, figura este, originalísimo:

«... Como última recomendación, sed siempre buenas. Tened miedo de hacer el mal y de dejarlo hacer á los otros. Una bella mujer no ha hecho nunca daño á nadie. Una mujer fea ha hecho daño á todo el mundo.»

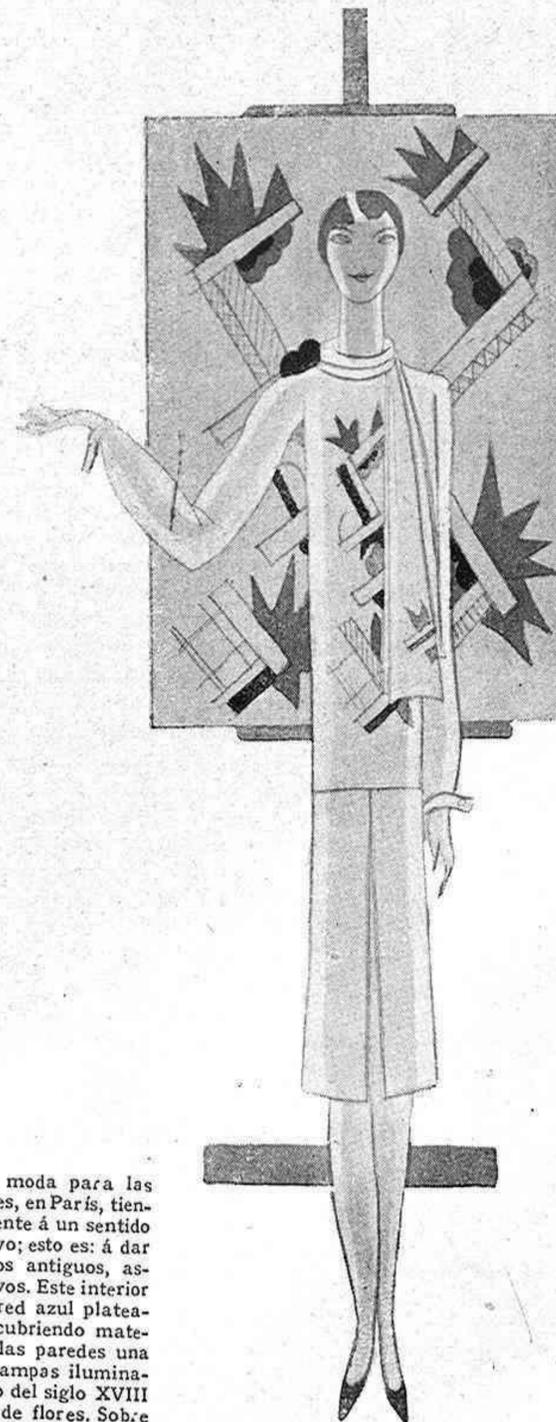
L. M



Encendedor de señora para cigarrillos, última creación de Dunhill



La última moda para las habitaciones, en París, tiende claramente á un sentido retrospectivo; esto es: á dar con motivos antiguos, aspectos nuevos. Este interior tiene la pared azul plateado, y casi cubriendo materialmente las paredes una serie de estampas iluminadas á mano del siglo XVIII con temas de flores. Sobre la cómoda, una estampa náutica, algunos libros de encuadernación antigua y un vaso de vidrio azul fuerte para dar una nota viva



Vestido de «crêpe marocain» blanco, con adornos en incrustación en los colores «beige» y marrón



**H**ORAS de música y de afectuosa conversación entre buenas y jóvenes amigas que se reúnen al anochecer en unas habitaciones cómodas y elegantemente alhajadas.

Las donosas concurrentes se ocupan en algo mejor que en criticar. No demuestran tampoco excesiva prisa. Disponen de ciento veinte minutos, y ello resulta milagroso en esta época de constante precipitación... hasta para pasarlo bien.

Si las que se reúnen son amigas desde la niñez, ó compañeras de colegio, y, por añadidura, aficionadas á la música, y consagran á ésta un rato siquiera, no hay más que pedir, ya que tales alicientes perfeccionan la reunión. Además, sería caso excepcional que algunas de ellas no hallaran en esas mismas melodías algún recuerdo que quizá creyesen enterrado, y que las notas del piano se encarguen de resucitar. Esto es siempre muy interesante.

A veces, no son siempre los más notables acordes los que mejor responden á ese despertar, á ese revivir. Basta para ello alguna sencilla y antigua canción, una expresiva copla popular... Cuando, transcurrido algún tiempo, se escuchan de nuevo tales sonidos, llegan éstos acompañados de una fuerza de ternura tanto más seductora cuanto más vieja es la canción.

Las jóvenes á que nos venimos refiriendo se han vuelto á encontrar en casa de una de ellas, Carolina, recién casada y, por consiguiente, bastante ufana de hacer á sus amigas los honores de su flamante salón.

No es pianista extraordinaria, pero toca

## HORAS SENCILLAS Y AGRADABLES

muy bien. Aquéllas le ruegan que les haga oír *Arabesques*, de Debussy.

—Pero Carolina les lleva la contraria, y, entre bromas y donaires, elige la *Marcha nupcial*, de Mendelssohn, exclamando deliciosamente:

—Se me figura que la estoy escuchando aún... ¡Dulces recuerdos!...

—Piensa que eso es un poco cruel para las que estamos suspirando porque nos acompañe esa *Marcha*...—exclama donosamente una solterita encantadora.

Cuando Carolina terminó, rogamos á Fanny que luciese su bonita voz, que, por cierto, no prodiga.

Y ella entonces, con expresivo y triste acento, entonó amorosa: *Ah! que le jour en dure!* Letra de J. J. Rousseau.

—En aquel tiempo todo era amor y melancolía—observó, cortésmente burlona, la traviesa Luisita, que, reemplazando á Fanny, se puso á cantar: «¿Saben ustedes bailar el *fox-trot?*»

Todas se echaron á reír, y sintieron deseos de danzar.

—Esta Luisa, siempre la misma—dijo,

sonriente, Carolina—. Ya verás cómo varías cuando te cases.

—Si supiera que iba á ser otra, renunciaría al matrimonio.

—Eso dices ahora.

Luisa, sin perder su jovialidad, replicó:

—Señoras, señoritas: mientras no me sepulto en el matrimonio, os propongo un buen *jazz-band*. ¿Das permiso, Carolina? Si no te opones, vengan un almirez, un cucharón y tres cacerolas. No hace falta más.

—¡Loca! Pero, ¿dónde están los bailarines? No hay ninguno. Además, mi batería de cocina es completamente nueva. ¿Te enteras?

—Me hago cargo, y declaro que, efectivamente, el matrimonio resulta tristón si no puede permitirse un *jazz-band*, por no estropear los utensilios «cocineros». Recurriré entonces á *El Relicario* ó á *Dardanella*. Tengo también mis clásicos. Es preciso que prestéis atención.

Y Luisa entonces, adoptando una actitud de niña traviesa, se puso, fingiendo gravedad, á tocar el minué de Boccherini.

—¿Te acuerdas, Carolina—preguntó Enriqueta—, de cuando lo bailábamos vestidas de marquesas «dieciochescas»?

—Ya lo creo que me acuerdo. ¡Época feliz!

—¿La echas de menos?

—Soy muy dichosa. Pero, aun así, los días más venturosos son los que se pasan en el colegio. Después, la realidad no llega nunca á nuestros ensueños, á nuestros entusiasmos.

—Y tú estás en completa realidad. Nosotras, en cambio, vivimos todavía en completa quimera—murmuró Enriqueta—. El

tiempo vuela, y las ilusiones acabarán, ya se sabe, por ser dolorosamente engañosas.

—Por Dios, Enriqueta, no empieces á filosofar. No nos estropees la tarde. Estos momentos musicales tocan á su fin. Conste, ya que lo queréis así, que también yo sé ponerme melancólica; y aun cuando prefiero los *fox-trots* y los tangos, he aprendido asimismo á tocar, para brindároslo, un pasaje del *Tombeau de Couperin*, de Mauricio Ravel. Música cubista, que diría mi abuela.

Y Luisa, la alocada Luisa, interpretó, lo mejor que pudo, el pensamiento del autor. Sus amigas aplaudieron.

—Ahora le corresponde á Enriqueta—dice aquella—. Aún no nos has dejado admirar tus habilidades.

Accedió Enriqueta y tocó *Reverie*, de Schumann. Cuando terminó, díjole Luisa:

—Veo que te dura la pasión por Schumann.

—Es el autor que más me conmueve; pero le hago algunas infidelidades con Beethoven y con Chopin.

—¡Chopin! Ello no me sorprende, tratándose de una romántica como tú. ¿Y con quién más le eres infiel?

—Con Gretchaninoff.

—¿Quién? ¿Qué?

—Un músico ruso. De él sé tocar una *Berceuse*. La oí cantar á un artista notable, Koubitzky; quise aprenderla, y la vais á oír. Cuento, desde luego, con que seréis indulgentes. ¡Tengo tan poca voz!

—¡Pero tanta alma!

—¿Te burlas, Luisa?

—Ni por asomo. Ya me conoces. Hablo siempre en broma, pero sin mala intención. Obséquianos con esa *Berceuse*, y si acaso me duermo, que me despierten.

Luisa no se durmió. La canción era linda; Enriqueta puso en ella gran ternura. Cuando terminó, exclamó la otra:

—Lamento no ser un bebé para que me acunaran con esa música: «Duerme, niña, duerme...» ¡Lejos quedan aquellos días! ¡Se han borrado!

—Efectivamente, son lindísimas esas notas. Las aprenderé para cantárselas á mis hijos... cuando vengan—murmuró Carolina.

—¿Hay esperanzas?

—Hay amor á los niños. Pido á Dios una dilatada prole.

—¡Bravo, Carolina! Es admirable que una mujer moderna hable así, como hablaban nuestras madres, nuestras abuelas...

—Luisa siempre tan bromista.

—No lo creas. Me inspira tanto respeto la tradición, que voy á daros una prueba más de ello regalando vuestros oídos con la *Plegaria á una Virgen*. A menos que preferáis *El último pensamiento*, de Wéber, ó *Sueños de Margarita*.

—Quiere decir—observó otra—que esta pícara Luisa no es lo que parece, y ahí la tenéis expresándose con verdadero sentimiento. No os fiéis de las personas bromistas; suelen ser las que, antes de engañar á los demás, se engañan á sí mismas. Es una pizpireta muy atractiva.

General aprobación.

—¿Te acuerdas, Carolina—preguntó Enriqueta—, de aquellos corros infantiles, sobre todo de uno que con afán nos enseñó la institutriz, aquel que empezaba: *Des petits oiseaux bien sages?*

—No te enternescas tanto, Enriqueta—suplicó Luisa—. Consulta tu primoroso reloj-pulsera, y piensa que ya llevamos aquí dos horas, y que debemos entonar una muy triste canción: la de despedirnos.

—Y bien puedes decirlo seriamente. Hasta las personas menos sensibles saben lamentar que terminen momentos así, como los que acabamos de disfrutar, sanamente agradables. Porque la dueña de esta casa logra lo que muy pocas criaturas alcanzan: dejar honda nostalgia en las almas.

Se había hecho tarde, y todas tuvieron que irse presurosas, como se van las horas gratas.

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE



Vestido de noche en «crêpe georgette» blanco y oro. Modelo Drecol  
(Fots. Manuel Frères)



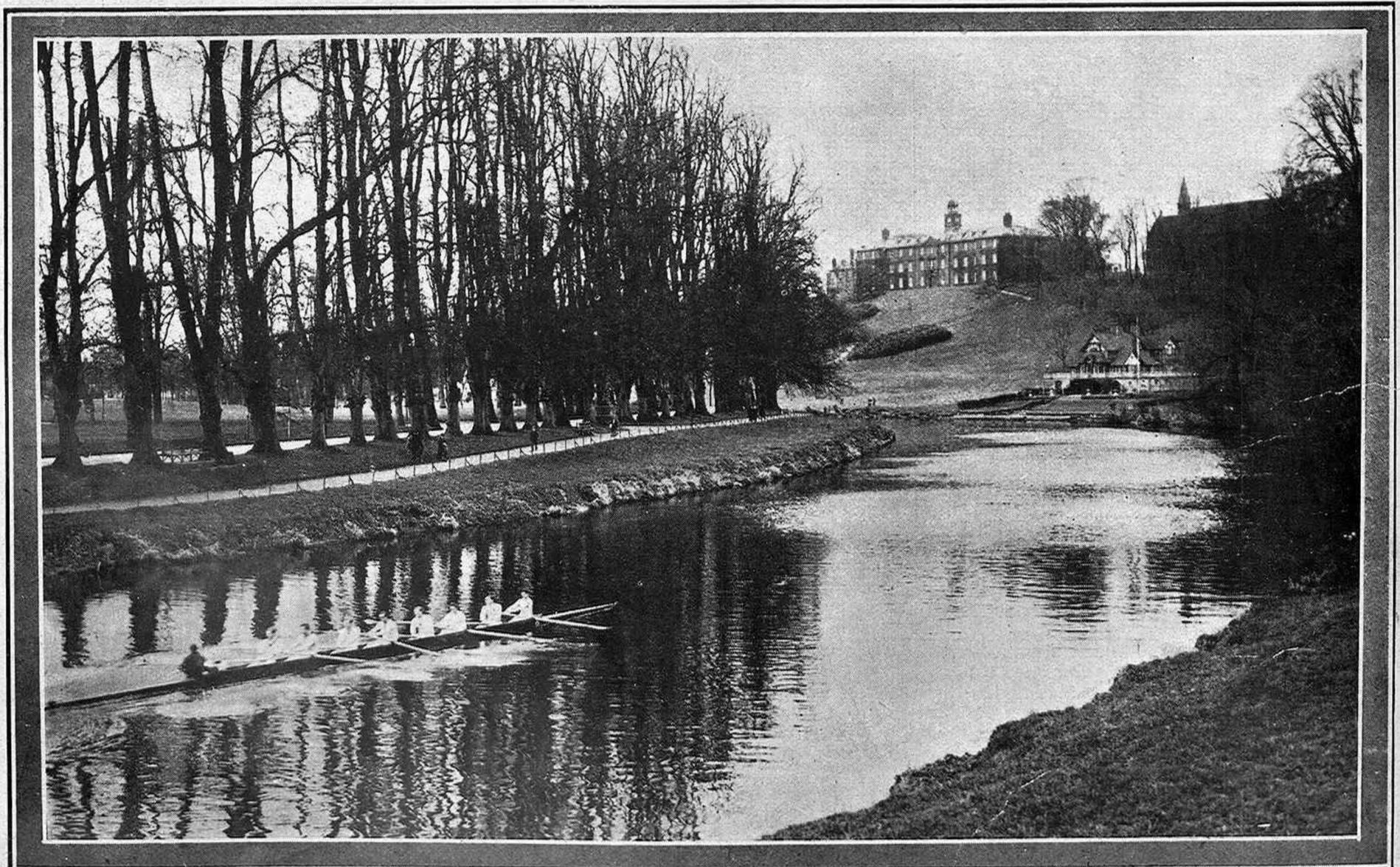
La poética escena al alba.—Los cazadores dan suelta á los perros á la salida de la aldea, y los canes, inquietos, asustan en sus primeras carreras á los pacíficos patos, que corren al tranquilo lago para huir de los alborotadores enemigos

## LOS DEPORTES

### CRÓNICA UNIVERSAL DEL «SPORT»

ANTE LA REGATA ANUAL

CON los primeros entrenamientos vuelve á estar en el primer plano de la actualidad el duelo anual más reñido que batan los estudiantes de Oxford y Cambridge.



Próxima la tradicional regata entre los equipos estudiantiles de Oxford y Cambridge, aquéllos han iniciado sus entrenamientos diarios coincidiendo con la inauguración del chalet de Shrewsbury, que puede verse en la fotografía en el ángulo que forma el río. En primer término, uno de los equipos de á ocho á las órdenes del preparador, bogando por el Támesis

(Fots. Agencia Gráfica)

No hay paralelismo con los restantes esfuerzos deportivos á que en todos los aspectos se entregan los colegiales con ahinco, aprovechando siempre días de asueto y ratos de ociosidad. Para unos millares de partidarios que puedan seguirles en fútbol, en atletismo ó en *rugby*, toda Inglaterra está pendiente de sus movimientos el día de la gran regata.

Pero la jornada definitiva tiene largo plazo preparatorio, durante el que se educan y seleccionan los muchachos atendiendo las indicaciones de preparadores y masajistas, plazo que ya empezó. Durante este tiempo, además de los entrenamientos propios, se vigilan cuidadosamente los movimientos ajenos. Mejorar un tiempo, batir el *record* de una de las secciones que marcan el clásico recorrido de Sutney á Morlake, equivale á una promesa de triunfo que estimula á los universitarios, que prejuzga la carrera. Si algún equipo llega á batir la marca durante el entrenamiento, toda Albión inclinará su opinión y su dinero del lado de los estudiantes que lograron superar la proeza..., aunque más tarde los triunfadores sean los rivales, que supieron aprovecharse me-



El campeón español de los pesos medios Ricardo Alís, artista del «noble arte», pero batallador mediocre, vencido recientemente en la ciudad condal por Molinat, el titular francés

Del campeonato de los profesionales ingleses.—Una escena decisiva del partido entre los delanteros del Birmingham y los defensores del Huddersfield, en la que el guardameta de éste salva la situación alejando la pelota de un certero puñetazo (Fots. Agencia Gráfica y Sport)

jor de las condiciones del río en el momento culminante...

Un año más la actualidad deportiva es la preparación de los eternos rivales, hasta que llegue ese día esperadísimo en que las riberas del Támesis se poblarán de una muchedumbre alegre y optimista que se juega cuanto puede, y se divierte, como en una gran romería española, cantando, riendo y ovacionando con prolongados hurras á los remeros vencedores.

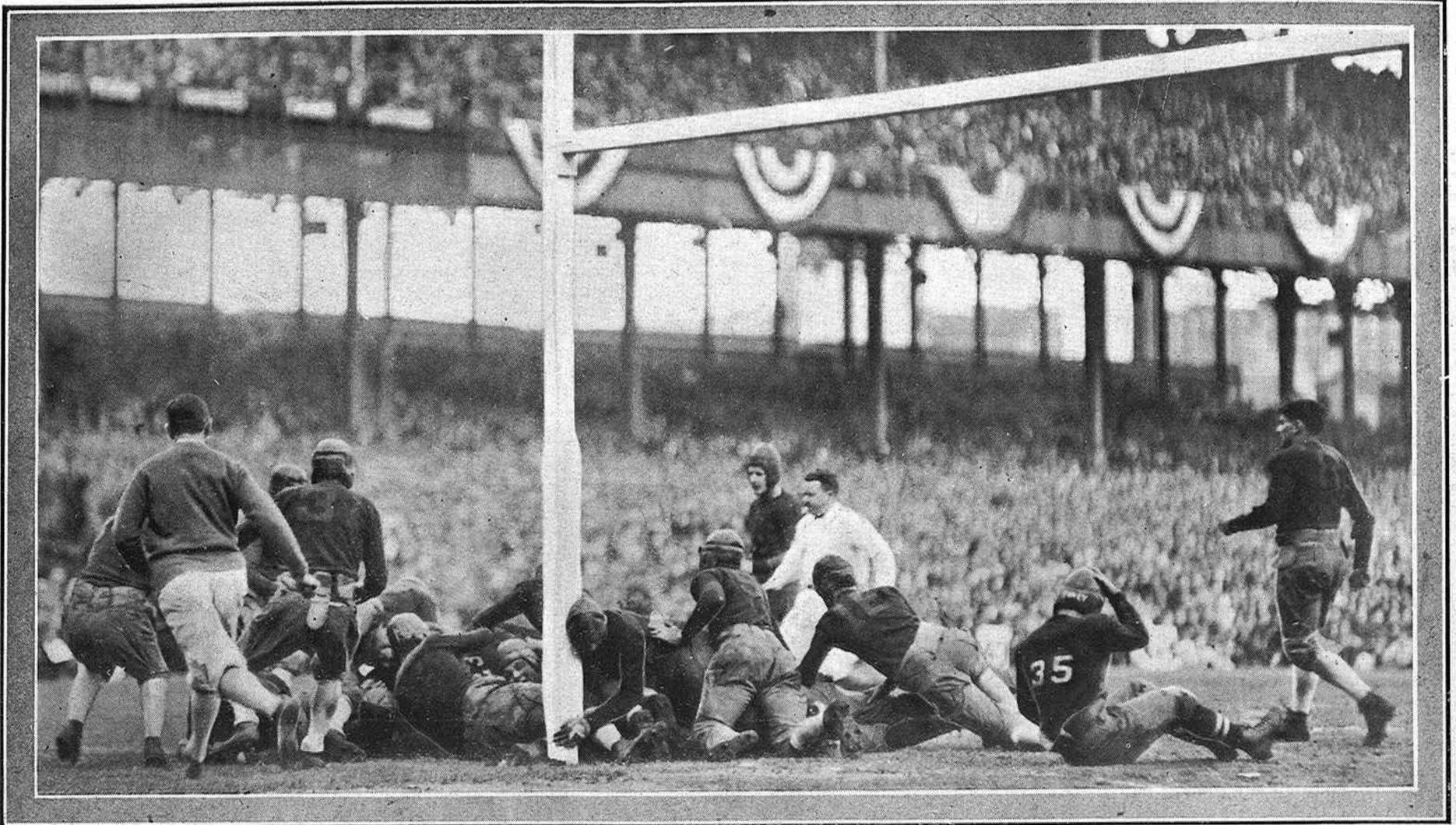
#### LOS PUGILISTAS ESPAÑOLES

Hay que guardar cierta mesura ante los triunfos rotundos de Paulino.

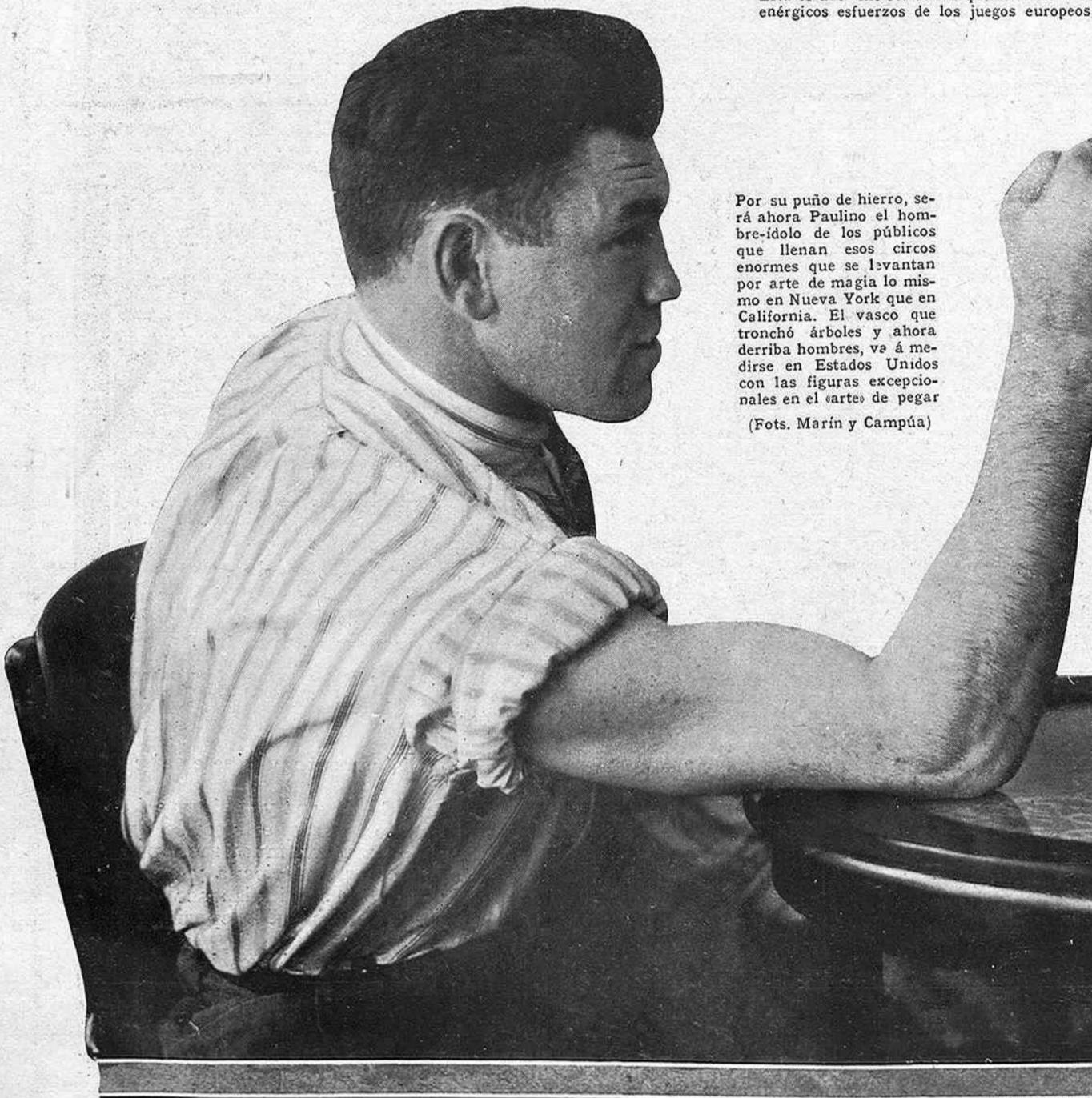
Venció decisivamente porque estaba obligado á ello.

El campeón de Europa y aspirante á campeón del mundo tenía que hacer lo que ha hecho Paulino para continuar monopolizando la atención norteamericana y conservar los prestigios que le son indispensables para hacer valer sus derechos á la oposición definitiva

No es que menospreciemos levemente la importancia de los éxitos, sino que, por el contrario, juzgándolos de una importancia notoria, le valdrán mucho más cuanto los presente como más fácilmente adquiridos. Y en realidad, á juzgar por las noticias reci-



Esta es una «melée» de las que autoriza el fútbol americano, y cuyas violencias, sin comparación con los enérgicos esfuerzos de los juegos europeos, son el más poderoso aliciente de los concursos nacionales estadounidenses



Por su puño de hierro, será ahora Paulino el hombre-idolo de los públicos que llenan esos circos enormes que se levantan por arte de magia lo mismo en Nueva York que en California. El vasco que tronchó árboles y ahora derriba hombres, va a medirse en Estados Unidos con las figuras excepcionales en el «arte» de pegar

(Fots. Marín y Campúa)

bidas, no le costaron demasiado esfuerzo.

Para el audaz golpeador de Regil, esos combates significan la prodigiosa llave de oro que abre los rings de los Estados Unidos..., mientras se deje llevar de la mano de Tex Rickard, el organizador más atrevido del mundo entero por su adaptación á lo *kolosal*.

Pero en ellos no encontrará más hombres de la calidad de O'Grady y de Fierro, aunque, por razón asimismo de los mayores méritos, tampoco le serán exigibles ya los k. o. en cuarenta segundos.

Empieza definitivamente el plazo de su doctorado pugilista. El propio Rickard le coloca en la lista de los posibles rivales de Tunney, y le dará combates para que pueda llegar hasta él. El organizador quiere hacer una verdadera eliminatoria para que no exista duda acerca de la contundencia de los puños del ciudadano que llegue á la meta.

Prepara sus peones; organizará los combates por todos los Estados donde el boxeo está permitido, y desde ahora hasta Julio, entre Sharkey, Maloney, Berlenbach, Paulino, Dempsey y algún otro designará el candidato que en Septiembre subirá al tablado contra Tunney (para repartirse los tres en un solo día la bonita suma de seis ú ocho millones de dólares), decidiendo la suerte del título mundial de todas las categorías.

¿Será Uzcudun el afortunado? Tiene, sin duda, las mayores probabilidades con que contó jamás ningún europeo. La empresa es dura, pero él es terco.

Debe vencer.

JUAN DEPORTISTA



<b>MAJESTIC PALACE</b> En CIMIEZ Gran Parque		<b>NEGRESO PALACE</b> En la Promenade des Anglais Abierto todo el año		<b>HOTEL RUHL PALACE</b> En la Promenade des Anglais Abierto todo el año	
<b>HOTEL D'ANGLETERRE &amp; DE GRANDE BRETAGNE</b> Jardines Alberto I		<b>ATLANTIC HOTEL DE CONSTRUCCION RECIENTE</b> Abierto todo el año. Teleg.: Atlantic-Nice		<b>HOTEL CONTINENTAL</b> Rue Rossini Gran Parque	
<b>HOTEL PLAZZA &amp; DE FRANCE</b> En los Jardines de Alberto I		<b>ROYAL HOTEL</b> En la Promenade des Anglais		<b>MIRAMAR PALACE</b> Mont - Boron	
<b>REGINA</b> En Cimiez Abierto todo el año Gran Parque		<b>SAVOY PALACE</b> Promenade des Anglais		<b>HOTEL ALEXANDRA</b> Boulevard Dubouchage Jardín Abierto todo el año	
<b>ALHAMBRA HOTEL</b> En Cimiez Abierto todo el año Gran Parque		<b>ASTORIA HOTEL</b> Avenue des Fleurs Jardines		<b>HOTEL BEAURIVAGE</b> Quai des Etats-Unis Precios moderados. Abierto todo el año	
<b>GRAND HOTEL DE CIMIEZ</b> En Cimiez Gran Parque		<b>GRAND HOTEL</b> Avenue Félix Faure Precios moderados Jardín		<b>HOTEL DES EMPEREURS</b> Boulevard Dubouchage Abierto todo el año Gran Parque	
<b>GALLIA</b> Av. Georges Clemenceau Abierto todo el año		<b>HOTEL DU LOUVRE</b> Bd. Víctor Hugo Abierto todo el año		<b>HOTEL DU LUXEMBOURG</b> Promenade des Anglais Abierto todo el año	
<b>HOTEL METROPOLE</b> Bd. Víctor Hugo Abierto todo el año		<b>GRAND HOTEL du MONT-BORON</b> Rue du Congrès Abierto todo el año Jardín		<b>HOTEL DE LA PAIX</b> Av. Félix Faure	
<b>HOTEL DES PALMIERS</b> Bd. Víctor Hugo Abierto todo el año Jardín		<b>HOTEL PETROGRAD</b> Promenade des Anglais Jardín		<b>QUEEN'S HOTEL</b> Bd. Víctor Hugo Abierto todo el año	
<b>HOTEL SUISSE</b> Quai des Etats-Unis Abierto todo el año		<b>HOTEL TERMINUS</b> Place de la Gare Abierto todo el año		<b>WESTMINSTER HOTEL</b> Promenade des Anglais	
<b>VILLA GEORGES</b> Bd. Dubouchage Abierto todo el año Jardín		<b>HOTEL D'ALBION</b> Boulevard Dubouchage		<b>HOTEL BRICE</b> Rue du Maréchal Joffre	
<b>HOTEL CHATHAM</b> Bd. Víctor Hugo Abierto todo el año		<b>COSMOPOLITAIN HOTEL &amp; DE SUEDE</b> Avenue Maréchal Foch		<b>EDWARD'S HOTEL</b> Rue du Maréchal Joffre Abierto todo el año	
<b>HOTEL GEMALDI</b> Place Grimaldi Abierto todo el año Jardín		<b>LA COLLINE</b> Chemin de St. Antoine Casa de régimen y de descanso		<b>HOTEL DE LISBONNE</b> Boulevard Víctor Hugo	
<b>NICEA</b> Avenue de la Victoire Abierto todo el año		<b>GRAND HOTEL DE PARIS</b> Bd. Carabacel Abierto todo el año Jardines		<b>HOTEL RICHMOND</b> Cerca de la Estación Abierto todo el año	
<b>HOTEL VILLA MARINA</b> Promenade des Anglais Abierto todo el año Jardín		<b>BRISTOL HOTEL ET BEAUSOLEIL</b> Bd. Carabacel Abierto todo el año		<b>BEDFORD HOTEL ET COTTA</b> Rue Maréchal Joffre	
<b>HOTEL D'EUROPE</b> Cerca de la Plaza de Masséna. Avenue de la Victoire		<b>HELVETIQUE (ex-Prayet)</b> Rue de l'Hôtel des Postes Abierto todo el año		<b>HOTEL GOUNOD</b> Rue Gounod Abierto todo el año	
<b>HOTEL DE NOAILLES</b> Avenue de la Victoire Abierto todo el año		<b>BRITISH PENSION</b> Cimiez Jardín		<b>HOTEL DES NATIONS</b> Cerca de la Estación Abierto todo el año	

Cada Hotel facilitará precios y detalles complementarios  
 Pueden solicitarse asimismo del **SYNDICAT DES HOTELIERS**

## CURIOSIDADES

### HALLAZGO DE UNA OBRA DE ALCAMENES

**N**UMEROSAS son las obras atribuidas á Alcámenes, el gran artista griego, discípulo predilecto y rival de Fidias, que hacia el siglo V antes de Jesucristo dotó á Atenas de verdaderas maravillas, entre las que se citan el Zeus Olímpico y una estatua colosal de Atenea. Pero la verdad es que sólo había llegado hasta nosotros como testimonio indiscutible de su genio el *Hermes Propileo* de Pergamón. Ese tan escaso legado auténtico de Alcámenes parece que ha venido á aumentarse ahora con un feliz hallazgo arqueológico del que dan cuenta los periódicos de Roma. Según cuentan éstos, practicando excavaciones el profesor Paribeni, direc-

según todas las probabilidades, labrado por el más ilustre de sus discípulos. «Si se compara —escribe Halbherr— este magnífico fragmento escultórico con el *Hermes* de Alcámenes, cualquier duda queda descartada. Es particularmente digno de atención que el mármol romano presenta á Dionisios en su tipo más severo, ó sea con poblada y rizosa barba, según la moda oriental, en vez del Dionisios imberbe y juvenil concebido casi de un modo general por los escultores antiguos á partir del siglo IV antes de Jesucristo. La serenidad y la expresión melancólica del rostro son iguales en ambas obras, diferenciándose tan sólo este *Dionisios* del *Hermes*



tor del Museo de dicha ciudad, en las ruinas de Villa Quintillii, emplazada en la Vía Appia, hubo de encontrar hace pocas semanas una cabeza de mármol prodigiosamente conservada, cuyo estilo hubo de ser juzgado desde el primer momento en un todo análogo al que caracterizaba á Alcámenes, y que se muestra de un modo pleno en el *Hermes Propileo*. Ocupándose del importante descubrimiento, el profesor Halbherr confirma la hipótesis de su colega Paribeni, y asegura que se trata de una cabeza de *Dionisios* (el Baco griego), indudable reproducción, por algún gran artista romano, de un original helénico procedente de la escuela de Fidias, y,

*Propileo* en el tratamiento del cabello, ondulado en el primero y en bucles en el segundo. La tradición asegura que la obra cumbre de Alcámenes fué la estatua gigantesca de Dionisios en su templo titular de Atenas, de la que no se poseen sino algunas representaciones en monedas atenienses y de otros lugares de Grecia. Ahora bien; en todas esas monedas puede verse el mismo rostro barbado y de austera expresión que se advierte en el *Hermes* y el *Dionisios* ahora descubierto. Todo induce, pues, á creer que nos hallamos ante una hermosa copia de obra original de Alcámenes, por lo que este hallazgo tiene excepcional importancia artística y arqueológica.»

# WALKEN

Estudio de arte fotográfico

16, SEVILLA, 16

## PUBLICITAS

ADMINISTRACIÓN  
DE LA PUBLICIDAD  
DE  
PRENSA GRÁFICA

Avenida del Conde de Peñalver, 13  
Apartado 911. Teléf. 16.375. — MADRID

## Casa Ramos

Peluquería



Especialidad en artísticos postizos para señora y bisoñés para caballero, premiados en varias Exposiciones

ONDULACIÓN MARCEL

Manicura  
Aplicación de tinturas  
Perfumería

Huertas, 7 duplicado. Teléfono 870. — MADRID

## TAPAS

para la encuadernación de

# La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al 1.º y 2.º semestres de 1926

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0.45 para franqueo y certificado